# El juego del poder






Jayne Castle

¡Chantaje! Talia no podía creer lo desesperada que estaba. Pero algo la conducía hacia Kane: cualquier cosa con tal de obtener la información que él poseía. Ella creía que conocía ese tipo de hombres: un industrial arrogante al que el éxito lo acompaña, el hombre que había arruinado ya una vez su carrera profesional y su reputación… ¡y que volvería a hacerlo nuevamente!

No había contado con que Kane se haría con el control de la situación… y de ella. Proporcionando a Talia una clara visión de la dimensión del peligro al que se enfrentaba, y al irrisible deseo hacia un hombre en quien no podía confiar. Un hombre que la descontrolaba por completo y que podía hundirla en la pasión y la venganza.




Jayne Castle

# El juego del poder

**Bianca - 286**

**ePub r1.0**

**LDS** 13.03.17

Título original: *Power Play*
Jayne Castle, 1982
Traductor: Carmen Borderu
Publicado originalmente: Candlelight Ecstacy Romance (CER) - 79
Protagonistas: Kane Sebastian y Talia Haywood
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



# Capítulo 1

Mientras entraba en la oficina, Talia Haywood respondió de forma convencional a la sonrisa de bienvenida que le dirigió Kane Sebastian. Pero no se dejaba engañar por aquella amabilidad. Había aprendido hacía tiempo que las sonrisas y las palabras sinceras provenientes de hombres como aquél no valían ni un céntimo. La fría observación de aquellos ojos verdes le transmitió todo lo que ella necesitaba saber.

—Gracias por recibirme, señor Sebastian —comenzó a decir Talia al tiempo que se sentaba en una silla.

Dentro de las oficinas de Sistemas de Energía Interfacial Inc, reinaba una total serenidad. Talia había preparado aquella entrevista con sumo cuidado.

—Me complace tenerla aquí, señorita Haywood, pero no estoy seguro de poder serle de mucha utilidad. Nuestro departamento de Personal ya le ha dado la única respuesta posible.

La sonrisa de Talia se amplió con una total falta de calidez y sus ojos brillaron por un instante mientras observaban aquel hombre.

—No es necesario que finja, señor Sebastian. Soy consciente de que me ha recibido solamente porque le he estado acosando sin cesar durante todo este mes. Su pobre secretaria no tuvo más remedio que concertar esta cita.

Kane Sebastian enarcó una ceja, pero no se molestó en negar la veracidad del comentario.

—Ahora que se encuentra aquí —respondió con calma—, tal vez me diga qué es exactamente lo que desea saber.

Talia asintió con la cabeza y se dispuso a hablarle. No iba a ser fácil obtener información de ese hombre. Le había analizado desde un primer momento y sabía que se mostraría reacio a cooperar. Respiró profundamente y se dijo que, dadas las circunstancias, no podía estar mejor preparada. Se había equipado con todas las armas necesarias antes de regresar al cruel y competitivo mundo de los negocios que la había derrotado tres años atrás.

Su oponente era, pensó, un ejemplo típico de un hombre de negocios tenaz que había luchado para alcanzar el ansiado éxito. En cierto modo, había tenido que ser más despiadado que la mayoría, ya que había empezado sin titulación universitaria.

Talia no conocía mucho acerca de Kane Sebastian, pero lo poco que había logrado averiguar antes de esa entrevista era más que suficiente para saber manejar la situación.

Había surgido de la nada, siete años atrás, para levantar Sistemas de Energía Interfacial Inc., una compañía floreciente que abastecía de productos de perforación y minería a las enormes corporaciones que buscaban petróleo, gas y carbón en todo el mundo.

De acuerdo con los rumores que corrían con respecto a las actividades previas a la fundación de su compañía, había trabajado en algunos yacimientos petrolíferos en diversos lugares del mundo. Sin embargo, Talia no había encontrado documentación que confirmara esos datos.

Cualesquiera que fuesen sus antecedentes, no podía negarse el actual éxito de Kane Sebastian. Se reflejaba en el liviano traje de hilo italiano que cubría las anchas espaldas y se ajustaba perfectamente a la cintura, las estrechas caderas y los fuertes muslos. Una fuerza magnética parecía irradiar de su cuerpo. Aunque ella no debía preocuparse por el aspecto físico, pensó Talia, sino por la agudeza de una mente acostumbrada a ganar las luchas diarias que caracterizaban al mundo de los negocios.

Bajo la débil luz del tubo fluorescente, el pelo castaño rojizo de Kane Sebastian brillaba con intensidad. Algunas finas hebras grises eran visibles a la altura de las sienes. Las bien definidas facciones revelaban experiencia. Talia supuso que tendría un poco más de treinta y cinco años. ¿Treinta y siete? ¿Quizá treinta y ocho?

No era muy atractivo, pero en un hombre era mucho menos importante la apariencia física que la habilidad de proyectar una

sensación de poder personal. Y Sebastian poseía esa cualidad. La nariz agresiva y el firme mentón realzaban la rigidez del rostro. Líneas de experiencia apuntaban la severidad de la boca y marcaban el ángulo de los ojos. Los ojos de un hechicero, pensó Talia. Calculó que mediría alrededor de un metro ochenta.

¿Qué pensaría él que ella estaría dispuesta a hacer para obtener su propósito?, se preguntó con silencioso sarcasmo. Si soñaba con recurrir al viejo truco de tratar de prostituirla a cambio de la información que ella necesitaba, se llevaría una gran sorpresa.

Tal vez ella le interesara lo suficiente como para emplear esa táctica. Aunque Talia no creía ser el tipo de mujer que atrajera a Kane Sebastian. Un hombre como él preferiría las rubias llamativas y de ojos azules que se volvían locas por una cena en un restaurante lujoso o una joya de diamantes.

Talia no era rubia. Era castaña y llevaba el pelo recogido. Los grandes y rasgados ojos de color ámbar descubrían una inteligencia sutil y una subyacente vulnerabilidad.

Talia no se consideraba llamativa. Sabía que la nariz recta, la frente alta y la boca de labios gruesos configuraban un rostro razonablemente interesante, pero era consciente de que la combinación carecía de encanto. En su lugar, se adivinaba una ternura semioculta. Esa ternura, por desgracia reflejaba una característica interna de sí misma que Talia despreciaba porque la volvía vulnerable, incapaz de enfrentarse a las encarnizadas batallas que se libraban en el mundo de los negocios.

Esa debilidad interior estaba allí, al descubierto, en su delgada figura. Los pechos firmes y erguidos y las redondeadas caderas no poseían esa cualidad cimbreña que le habría dado un aire más sofisticado y convertido en el equivalente femenino de Kane Sebastian. Talia tenía treinta años y hubiera querido poseer algo de ese poder.

Al menos el traje sastre, con la chaqueta ceñida y la falda plisada, estaba a la altura del costoso atuendo que llevaba Sebastian, pensó.

—¿El gerente de Personal le ha dicho lo que deseo, señor Sebastian? —dijo sin rodeos.

—Tengo entendido que ha requerido información acerca de un ex empleado nuestro —murmuró Kane con precaución—. Comprenderá que la empresa no tiene por costumbre brindar información de ese tipo. Y además, con las nuevas leyes que protegen la vida privada de

las personas…

—Me conformaría con que el departamento de Personal se pusiera en contacto con ese individuo y le transmitieran mi deseo de comunicarme con él —interrumpió Talia. Ya había escuchado todas esas excusas de boca del gerente de Personal—. Eso no significa violar… la… ética de su compañía, ¿verdad?

—¿Debo asumir por el tono de su voz que piensa que mi compañía deja mucho que desear en cuanto a ética? Sus cejas se alzaron nuevamente, esa vez con actitud desafiante.

Talia abrió la boca para expresar su opinión sobre la falta total de ética en las empresas modernas, pero luego se mordió la lengua. No había necesidad de crear un clima de antipatía entre ellos. Todavía podía obtener lo que buscaba con un poco de persuasión.

—Supongo que su firma debe operar dentro del marco de ciertas leyes —aventuró—. No le estoy pidiendo que las viole. Si no puede proporcionarme el domicilio actual de Justin Gage Westbrook, al menos podría notificarle que le estoy buscando.

—Es usted muy persistente —acosó Kane, incorporándose y acercándose a una de las ventanas. Pareció concentrarse en la cúpula del edificio del Capitolio, que estaba a unas pocas manzanas de distancias. ¿Le importaría mucho explicarme por qué le resulta tan imprescindible encontrar a ese hombre? Usted misma aclaró a nuestro departamento de Personal que no se trata de un asunto de vida o muerte y, según me dijo el gerente, no le une ninguna relación familiar.

—Podría decirse que sí —susurró Talia con la mirada en la cabeza de Sebastian, vuelta hacia el paisaje de Sacramento. Intentó adelantarse en la mente masculina. ¿Acaso se debatía entre la duda de ayudarla o no, o estudiaba la situación una y otra vez en busca de algún posible beneficio personal? Lo segundo se le antojaba más probable. Debía ser instintivo en él. No obstante, podría decidirse a colaborar si ella actuaba con astucia.

—¿A qué se refiere? —preguntó, dándose la vuelta con brusquedad.

—Mi padre y el señor Westbrook eran muy buenos amigos.

—Pero es usted y no su padre quien pide información…

—Mi padre está muerto, señor Sebastian —afirmó con dureza—. Murió en un accidente automovilístico hace ya cinco años.

—Comprendo. Lo siento —su breve disculpa fue fría y severa. Sebastian la observaba con recelo. Una tragedia ocurrida hacia cinco años no haría en él ninguna mella sentimental, pensó Talia con cinismo—. Entonces, ¿cree que podría justificar su urgente necesidad de dar con Westbrook? Le advierto que no sé si podré ayudarla. De acuerdo con nuestros archivos, Westbrook trabajó para nosotros hace años, durante un periodo muy breve.

—Lo sé —dijo Talia con una media sonrisa.

—Parece que ha llevado a cabo un trabajo de investigación muy bueno —acotó Kane.

—Ha sido mi pasatiempo durante años.

—¡Años! —repitió con estupor.

Talia rió.

—Un pasatiempo, señor Sebastian. Algunas personas coleccionan sellos o coches antiguos. Yo colecciono información acerca de Justin Gage Westbrook —por un momento le brillaron los ojos. Kane la miraba con interés.

—Bastante inusual… —comentó.

—Ha sido un desafío, lo admito. Pero, a través de los años, he juntado mucha correspondencia relacionada con Westbrook. Es increíble el tipo de información que puede obtenerse de fuentes legítimas si uno es paciente.

La voz femenina dejó traslucir una íntima satisfacción. Había seguido el rastro de Justin Gage Westbrook hasta la compañía de Sebastian, nunca había estado tan cerca de encontrar a ese hombre escurridizo. No podía detenerse ante ningún obstáculo que la compañía pretendiera interponerle.

—¿Por qué se ha tomado tanto trabajo?

Talia sonrió mientras Kane volvía a tomar asiento.

—Tal como le dije al gerente de Personal, no es una cuestión de vida o muerte. Pero existió una larga amistad entre el señor Westbrook y mi padre y cuando yo era niña, él solía visitar nuestra casa. Ocasionalmente, traía algunos regalos…

—¿Regalos para usted?

—Sí. Pequeños y extraños juguetes de tierras lejanas —murmuró y los ojos delataron la ensoñación exótica que aquellos juguetes habían despertado en una hija única que se deleitaba con historias románticas y de misterio.

—De modo que Westbrook era un viejo amigo de la familia —resumió Kane, interrumpiendo deliberadamente el clima de intriga que flotaba en el ambiente.

Talia asintió con agrado. Tal vez Kane entendía…

—En ese caso señorita Haywood —continuó—, pienso que Westbrook habría intentado ponerse en contacto con su padre o con usted. El hecho de que no haya sido así, indica que no desea mantener la amistad o que posiblemente esté muerto. Según figura en nuestros archivos, hoy debe de tener alrededor de sesenta años.

Las tajantes palabras lo decían todo. Kane no estaba dispuesto a cooperar. Talia suspiró para sus adentros y optó por cambiar de táctica.

—Es posible que haya muerto. De hecho, conforme al último informe oficial, murió en algún lugar de África mientras trabajaba para una agencia internacional. Un año después de haber trabajado para usted.

—En ese caso… —Kane la miró con expresión inquisitivo.

—Me gustaría corroborarlo. El cuerpo no fue encontrado y existen algunos factores desconcertantes. Bien, no importa. Lo único que quiero es confirmar su muerte.

—¿Para dar por terminado un pasatiempo? —preguntó con escepticismo, inclinándose al tiempo que apoyaba los codos sobre el escritorio y escudriñaba a Talia con intensidad.

—En cierto modo…

—No creo que ésa sea una razón valedera para que nuestra firma se vea relacionada con un asunto personal de estas características —las palabras de Kane parecían aguardar a que ella reiniciara la ofensiva.

Por un instante, algo se resquebrajó entre ellos y Talia sintió que una profunda inquietud se apoderaba de su cuerpo. Una curiosa sensación de alarma sobrecogió sus sentidos. Reprimió la necesidad de ponerse de pie y caminar de un lado a otro de la habitación. Delataría su nerviosismo, decidió con desaliento.

Conocía la causa de esa intranquilidad. Había un brillo familiar y burlón en aquellos ojos color esmeralda, un bello destello masculino y primitivo que había advertido en otros hombres como Sebastian, triunfadores que alcanzaban todo lo que se proponían y cuyos sentimientos superficiales les permitían gozar nada más que de

aquellas situaciones de acosamiento.

Esa habilidad para analizar una situación, decidir la mejor manera de llevar ventaja y lanzarse directamente al objetivo era instintiva. Un instinto compartido por hombres y mujeres que lograban el éxito, un instinto que Talia Haywood no poseía. Su carrera se había arruinado a causa de esa cualidad tan peculiar.

Pero había llegado demasiado lejos en su búsqueda de Justin Gage Westbrook y le había costado un gran esfuerzo regresar a Sacramento, el escenario de su desastre personal hacía tres años. No iba a darse por vencida sólo porque aquel hombre la contemplaba con mirada inquisidora.

—¿Está diciendo que no me va a ayudar, señor Sebastian?

Mantuvo el tono de voz distante y sereno.

—Estoy diciendo que no creo que podamos ayudarla, y aunque pudiéramos, sus motivos no son lo suficientemente importantes para justificar la pérdida de tiempo y energía de mis empleados. Si tuviera un motivo más preciso, tal vez podría hacer que se enviara una nota al último domicilio que tenemos registrado como correspondiente a Westbrook…

Dejó la frase en suspense indicando que no creía posible que ella pudiera alegar algo más que mera curiosidad femenina.

—¿Qué, exactamente, constituiría un motivo preciso? —preguntó ella con aspereza.

En vez de responder, Kane descansó el mentón sobre la palma de su mano. Se hizo una larga pausa.

—¿Por qué su nombre me resulta familiar? —dijo por fin—. Sé que nunca nos habíamos visto antes. Jamás olvidaría esa barbilla altiva o esos desafiantes ojos. ¿Por qué mi mente se empeña en identificarla?

Talia se sobresaltó, un suave tinte rojizo coloreó sus mejillas. No fue solo el comentario personal sobre sus facciones lo que la irritó, sino el hecho molesto de que él recordara algo sobre el pasado de ella. ¿Qué otras personas de la ciudad de Sacramento la recordarían también? ¡Por Dios! Tenía que conseguir la información que necesitaba y marcharse cuanto antes de la ciudad.

—Es cierto, nunca nos habíamos visto antes —replicó con brusquedad—. Quizá haya conocido a alguien con un nombre parecido al mío.

—No lo creo. Jamás conocí a una mujer llamada Talia. No es un

nombre común —sonrió con expresión idéntica a la de un lobo—. Me temo que no puedo ayudar a su memoria —respondió Talia con rapidez y frialdad—. Ahora, con respecto a mi petición, lo único que solicito es el último domicilio de Westbrook o que alguien le envíe una nota. Admito que existe la posibilidad de que el correo la devuelva pero he seguido pistas más débiles y he descubierto datos insospechados.

—¿Qué espera encontrar? Si ha recibido un informe oficial sobre la muerte de Westbrook, cualquier indicio que obtenga del último domicilio la conducirá probablemente al punto de la desaparición, del que usted ya está enterada.

—Ése es problema mío, señor Sebastian. He aprendido que uno nunca sabe con qué se puede topar.

—¿Ha pensado en todas las posibilidades?

—Todas las que se me han ocurrido. Tal como dije, he acumulado mucha correspondencia útil.

—Admiro su perseverancia —afirmó Kane—. Ahora, ¿por qué me obsesiona su nombre? —agregó, demostrando que él también podía ser perseverante.

—¡No tengo la menor idea! —Talia frunció el ceño. Tenía que cambiar el rumbo de la conversación.

La sonrisa de lobo se amplió.

—Quizá debamos hacer un trato.

—¿Un trato?

—Usted sacia mi curiosidad y yo intentaré saciar la suya.

—¡Pero es imposible! —exclamó ella, mintiendo—. ¿Cómo puedo adivinar por qué mi nombre le suena familiar?

—Inténtelo —sugirió él con amabilidad.

—¿Por qué lo hace todo tan difícil, señor Sebastian? Lo único que le pido es que levante el auricular del teléfono y pida a uno de sus empleados que averigüe el último domicilio de Westbrook…

—Veamos —la interrumpió sin prestar atención a la reiterada petición—. Usted parece ser una mujer que conoce el mundo de los negocios. Lleva el atuendo adecuado, el cabello cuidadosamente recogido y nada de joyas llamativas. ¿Es usted una mujer de negocios, señorita Haywood?

—Doy clases, señor Sebastian —dijo con voz tensa.

—¿Da clases? —repitió con disimulada sorpresa—. Jamás lo

hubiera imaginado. ¿Qué enseña? ¿Física nuclear? ¿Matemáticas? ¿Literatura francesa?

—Dudo que mi trabajo le interese —aseveró con fingida indiferencia.

—Por el contrario, me ayudaría a entenderla mejor.

Aguardó con expresión esperanzadora, lo cual no logró engañar a Talia. Sebastian no se detendría hasta arrancarle la respuesta que buscaba, eso era evidente. Talia sabía que la única opción que le quedaba era ponerse de pie y marcharse de allí. Pero no podía hacerlo. No después de haber llegado tan lejos.

—Trabajo para un instituto que imparte seminarios y cursos sobre distintos problemas en la administración de empresas.

Deseó no haber dejado translucir su amargura. No estaba dirigida a él, sino a sí misma. Estaba dando clases por la simple razón de que no había sido capaz de llevar a la práctica esa teoría en su vida privada.

Kane sonreía.

—¿Así que se dedica a enseñar cómo triunfar en el mundo de los negocios?

—¡Eso es parte del programa, por cierto!

—Tengo la sensación de que está utilizando algunas de las técnicas conmigo —rió.

—Ahora que he contestado su pregunta, señor Sebastian… —comenzó a decir Talia.

—Pero no lo ha hecho. Todavía no sé por qué su nombre me resulta conocido. ¡Jamás he asistido a ninguno de sus seminarios!

—No sería mala idea que lo hiciera —masculló—. Sería muy útil que se inscribiera en el de usos y abusos del poder directivo empresarial.

—Usos y abusos de… ¡espere un minuto! —Kane se agitó en el asiento—. Ya lo tengo. Usted es Talia Haywood, ¿no es cierto?

—Por supuesto que soy Talia Haywood —replicó con ira, furiosa por haber sido ella la que le proporcionara la pista necesaria—. ¡Ya se lo he dicho!

Kane meneó la cabeza con impaciencia.

—No, no, quiero decir, usted es la famosa Talia Haywood. La brillante y prometedora gerente de Industrias Darius y Darnell. La que estaba a punto de alcanzar la vicepresidencia… hasta que cometió el error de apelar a una cama como medio para acortar su meteórico

ascenso al éxito —estaba de pie, se acercó a la ventana y luego se volvió para mirarla con interés—. O al menos eso fue lo que insinuó la prensa. Si mal no recuerdo, el episodio fue muy comentado hace tres años.

Talia había palidecido. Aferraba los brazos de la silla con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Se enfrentó a Sebastian con expresión orgullosa.

—Ahora que ha satisfecho su irritante curiosidad, ¿podemos retomar el asunto que me ha traído hasta aquí? —preguntó con fastidio.

—¿Fue cierto? —preguntó él sin rodeos.

—¿Si fue cierto qué?

—Que se acostó con ese hombre… ¿cómo se llamaba? ¿Hazelett? No, Hazelton. Ése era el nombre del presidente de Darius y Darnell en ese momento, ¿verdad? Y usted era la muchacha de cabello claro… —Las últimas palabras fueron acompañadas de una mirada burlona a su pelo.

«Eso es exactamente lo que fui hace tres años» pensó Talia con enojo, —«un chisme apetitoso».

—Preferiría no tocar ese tema. Nadie me creyó hace tres años. No hay razón para que nadie me crea hoy. Estoy aquí para hablar de Justin Gage Westbrook —tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no saltar de la silla y cruzar la habitación para abofetear el bronceado rostro varonil.

—¿Me está diciendo que no se acostaba con él?

—¡No le estoy diciendo nada! Eso es un asunto del pasado —siseó mientras intuía que perdía el control y se odiaba por no poder dominar mejor sus emociones. Ese hecho en particular continuaba hiriéndola y perturbándola—. Con respecto a Justin Westbrook…

Kane suspiró y los ojos verdes volvieron a brillar. Regresó al escritorio con lentitud.

—Sí, con respecto al señor Westbrook —repitió con calma— y tal como le dije, no entiendo qué podría ganar encontrando su último domicilio.

Talia supo que Sebastian se negaría a colaborar. Tal vez no lo había hecho desde un principio debido a su propia curiosidad personal. Bien, ya la había satisfecho. Ahora era el turno de Talia.

—Hay dos puntos que quizá desee considerar antes de rehusar

ayudarme —aseguró con decisión. Juntó fuerzas, un poco asustada por lo que planeaba hacer. Pero su ira iba en aumento y la seguridad desplegada por Kane la sacaba de quicio.

Kane parpadeó, las largas pestañas se abatieron con lentitud amenazante. Se enderezó y esperó.

Talia respiró profundamente, consciente de la tensión que dominaba el ambiente. Lo que estaba a punto de hacer no le agradaba. No era su estilo. Lo sabía mejor que nadie en el mundo. Pero Sebastian la había incitado a ello. Se recordó con amargura que estaba de regreso al vicioso mundo de las empresas. El único lenguaje que un lobo como Sebastian podía comprender sería el de las tácticas comunes a ese mundo.

—Sé lo que Justin Westbrook hace o hacía para ganarse la vida, señor Sebastian. Y también usted sabe de su particular profesión. No creo que su compañía tenga la costumbre de anotar a un hombre en la plantilla de personal durante algunas semanas para después borrarlo.

—Es muy común, señorita Haywood. Muy común —susurró—. Se los llama consejeros.

Talia asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa satisfecha y cómplice.

—De acuerdo con la correspondencia y los datos que he acumulado, Justin recibió muchos nombres distintos. No fue usted el primero en registrarlo en una plantilla de personal como consejero. Y no se moleste en asegurarme que lo hizo espontáneamente. Alguien se lo ordenó, ¿no es cierto, señor Sebastian?

La observó con ojos entrecerrados y una sonrisa rígida.

—¿Qué es exactamente lo que ha averiguado acerca del misterioso señor Westbrook, señorita Haywood?

—Fue un espía durante el tiempo que trabajo para usted en América del Sur, señor Sebastian —declaró con tranquilidad y con la mirada cargada de excitación—. Y usted lo sabía. Tal vez no cuente con la información suficiente para probarlo, pero aprendí hace unos años que no es necesario probar algo para causar mucho daño.

—¿Qué intenta decir?

—No estoy en desacuerdo con su decisión de colaborar con el gobierno de Estados Unidos, encubriendo a uno de sus agentes —murmuró, dándose ánimos para pronunciar las palabras siguientes—. Pero existen muchas personas que desaprueban que una empresa se

mezcle con asuntos de espionaje en países extranjeros. Un poco de publicidad podría perjudicar seriamente la imagen de Sistemas de Energía Interfacial. ¿Comprende?

Los ojos verdes se helaron. Un estremecimiento sacudió el cuerpo femenino.

—¿Acaso me está amenazando con chantaje en caso de que rehusé localizar a Westbrook? —preguntó Kane por fin.

Talia se negaba a dejarse intimidar. Inclinó la cabeza en un silencioso gesto de asentimiento. Había empleado su arma más poderosa. Sólo restaba aguardar el efecto producido.

—De modo que así son las cosas. —Kane tamborileó los dedos sobre el escritorio de madera con aire ausente—. Parece haber aprendido mucho desde que se marchó de la ciudad hace tres años, señorita Haywood. Si mal no recuerdo, en aquel tiempo, no se preocupó por disipar los rumores que Hazelton se encargó de divulgar. Y aquí está hoy, tres años después, lista para recurrir al chantaje con el único fin de obtener la respuesta a una pregunta. —Talia mantuvo la mirada firme—. No me deja muchas opciones —agregó Kane.

Talia se incorporó, sin poder creer que las piernas pudieran sostenerla.

—Éste es el número telefónico de mi hotel. Si tiene alguna novedad, llámeme —introdujo una mano dentro del bolso y extrajo una tarjeta. La depositó sobre el escritorio, se dio la vuelta y salió de la oficina.

Mientras se encaminaba al Peugeot blanco, no cesaba de preguntarse de dónde había sacado el coraje para apelar el chantaje. ¿Qué tenía Kane Sebastian que la había impulsado a ese extremo? ¿O acaso ella ya no era la misma persona de hacía tres años?

## Capítulo 2

Mientras nadaba por quinta vez el largo de la piscina del hotel, Talia se dio cuenta de que intentaba agotarse físicamente. Alejó los mechones de pelo mojado que caían sobre su rostro y se detuvo junto al borde de la piscina para tomar aire.

Eran casi las seis de la tarde y el agua cristalina aún retenía el calor del sol. La piscina estaba desierta. Talia había aguardado hasta las cinco junto al teléfono de su habitación y, al no recibir noticias de Kane Sebastian, había optado por descargar su nerviosismo de aquel modo saludable.

¿Qué habría decidido Kane? Se mordió el labio inferior con inquietud. Por supuesto que ella no iba a cumplir su amenaza. Jamás acudiría con su información a la prensa. No sería capaz de hacerlo. Sólo esperaba haber engañado a Sebastian.

El pensamiento fue suficiente para lanzarla al ejercicio físico nuevamente. En esa ocasión hizo el largo de la piscina por debajo del agua y emergió al otro lado.

Con los ojos cerrados, tanteó el borde y salió fuera de la piscina. Se sentó con las piernas colgando dentro del agua. Alguien le arrojó una toalla a las manos.

—Gracias —murmuró, secándose el rostro y alzando los ojos hacia el hombre que había de pie a su lado. Incluso sin las lentes de contacto reconoció el elegante traje de hilo—. ¡Kane!

—De nada —respondió—. Las víctimas de chantaje aprendemos a ser serviciales.

Talia se incorporó con rapidez, sorprendida por la súbita aparición

de Sebastian. Había esperado recibir una brusca llamada telefónica. ¡No sentía deseos de enfrentarse con su «víctima» otra vez!

—No… no telefoneó —balbuceó con voz insegura al tiempo que envolvía su cuerpo con la pequeña toalla blanca del hotel. Kane podía ser una víctima, pero la descarada forma en que la miraba no tenía nada de humilde. De pronto, el traje de baño rojo se le antojó insuficiente para cubrir los redondeados senos y las atractivas caderas.

—Dadas las circunstancias, creí conveniente que habláramos personalmente. Podemos discutir la situación durante la cena —sugirió Kane sin amabilidad.

—¡La cena! No me parece que debamos cenar juntos. Diga lo que tiene que decir y…

—No es tan simple —respondió con irritación y frunciendo el ceño—. Y ya que pasé las últimas horas revisando los archivos en profundidad, lo menos que podría hacer para recompensar mis esfuerzos es cenar conmigo. ¡Estoy famélico!

Talia reparó en la afligida expresión masculina y decidió ceder. Sebastian parecía dispuesto a darle lo que ella quería. No le costaba nada mostrarse amable.

—De acuerdo, Kane… señor Sebastian. Me vestiré en unos minutos.

—Llámame Kane. Lo más lógico es que un chantajista y su víctima se llamen por el nombre de pila, ¿no crees?

Talia se ruborizó y comenzó a caminar.

—Te veré en el vestíbulo junto al restaurante.

—Perfecto —declaró él—. Te esperaré en un rincón oscuro con aspecto derrotado.

«Al menos no está furioso», pensó Talia mientras se apresuraba hacia su habitación. Quizás había decidido colaborar con ella. La actitud la sorprendía pero se sentía demasiado agradecida para cuestionar su suerte. Entró en el dormitorio y se dirigió al baño para ducharse mientras repasaba mentalmente el escaso vestuario que había llevado.

El escotado vestido de seda color beige, sería perfecto, decidió, mientras se deslizaba dentro de él y se ceñía el cinturón dorado. Kane llevaba el mismo atuendo de esa mañana y tal vez el traje sastre color trigo habría sido más apropiado, pero algo en ella quería vestirse de seda esa noche. Se puso las sandalias de tacones altos, se ajustó las

tiras alrededor de los tobillos, se colocó una fina cadena de oro en el cuello y cogió un pequeño bolso.

Antes de llegar a la puerta se detuvo para observar su imagen en el espejo. El pelo húmedo recogido en la nuca ponía una nota de austeridad al encantador conjunto.

Entró en el vestíbulo con una excitante sensación, repitiéndose que se debía a la satisfacción de haber obtenido lo que deseaba de Kane Sebastian. ¡No podía creerlo! Debía de haberse mostrado muy segura de sí misma. Si tan sólo hubiera demostrado el mismo coraje hacía tres años… Bien, era demasiado tarde para pensar en los errores del pasado.

Caminó con paso grácil, en dirección a la pequeña mesa que había en un rincón, reconociendo la alta y esbelta figura de Kane.

Él se incorporó al verla llegar y le ofreció una silla con amabilidad.

—¿Una copa? —sugirió—. Aquí preparan unas estupendas. Ideales para un día de calor.

—De acuerdo, gracias.

—No me lo agradezcas —gruñó—. Tú vas a pagar, es lo menos que puedes hacer.

Talia sonrió, recuperaba el buen humor.

—Algunas víctimas no parecen saber cuál es su sitio —comentó, ignorando la sonrisa de lobo esbozada por Kane—. Ahora dime lo que has averiguado —ordenó con ansiedad.

—En un minuto —hizo señas a la camarera y pidió las copas. Cuando se volvió hacia Talia, sus ojos brillaban con su característica curiosidad—. No te entusiasmes. Como te dije en la piscina, no es tan simple.

—¿Cuál es el problema? O vas a ponerte en contacto con el último domicilio o no…

—El último domicilio —la interrumpió— es el de un pequeño pueblo en Sudamérica. ¿Qué posibilidades crees que existen de encontrarle allí o de que una carta llegue a sus manos?

Talia abrió los ojos con desilusión.

—¡Sudamérica! ¿No tienes un domicilio en Estados Unidos?

—No.

—Oh —masculló—. ¡Estaba tan segura de que esa vez lograría algo!

Kane la observó mientras ella digería la mala noticia y no dijo

nada hasta que la camarera les sirvió dos vasos enormes de tequila con limón.

—Encontrar a Westbrook es muy importante para ti, ¿verdad? Tiene que serlo ya que estás dispuesta a amenazar a la gente para que te ayude a buscarle. ¿A cuántas personas has chantajeado para obtener respuestas, Talia Haywood? —Bebió un sorbo de su copa y la contempló.

—Tú has sido mi primer intento —confesó con ligereza—. Las circunstancias no me obligaron a hacerlo antes.

—Me halagas —respondió Kane con aspereza—. ¿Cómo llegaste hasta mí?

—A través de una serie de indicios en la correspondencia de varios burócratas gubernamentales —admitió—. Durante años he recorrido una agencia tras otra y he podido seguir el rastro a Westbrook desde Corea hasta el sudeste de Asia, Oriente Medio y finalmente Sudamérica. Tengo mis dudas acerca de África.

—¿Y en algún lugar, algún servicial empleado del gobierno reveló que Westbrook estaba trabajando para mi compañías?

—En sus esfuerzos por encubrir a personas como Westbrook, el gobierno se las ingenia para crear pistas que puedan seguirse —acotó Talia.

—¿Y tú sabías que Justin Westbrook era un agente?

—Mi padre me lo dijo hace años. No era un secreto en nuestra familia, a pesar de que no conocíamos nada en concreto con respecto al verdadero trabajo de Justin. Al menos yo no lo conocía. No podría decir lo mismo de mi padre… —agregó—. Tengo la sospecha de que trabajaron juntos durante un tiempo. Pero después de Corea mi padre se casó y formó una familia. Se dedicó a los negocios, construyó un hogar. Pero ese tipo de vida no era para Justin, él necesitaba acción y aventuras.

—¿Y tu madre? ¿Aún vive? —inquirió Kane con viva curiosidad.

—Por cierto que sí —sonrió Talia—. En estos momentos, está disfrutando de un crucero alrededor del mundo. Supongo que lo estará pasando bien, aunque no puedo asegurarlo. ¡Está demasiado ocupada como para escribir con frecuencia! Creo que siempre consideró a Justin como una amenaza a su matrimonio —continuó con repentina seriedad—. Una vez me contó que él nos había visitado imprevistamente durante una Nochebuena, colmado de regalos y

ansioso por convencer a mi padre para que volvieran a trabajar juntos. Estaba camino de otro país exótico y me imagino que el proyecto debió entusiasmar mucho a mi padre. Mi madre temió que se marchara, pero por fortuna, mi padre pensó primero en la familia. Después de esa noche, vimos a Justin en una o dos oportunidades, pero luego dejamos de recibir la ocasional correspondencia y los juguetes de lugares remotos. Mamá y papá pensaron que había muerto.

—¿Y un día decidiste averiguarlo?

—Me gustaba leer novelas de aventuras —contestó como disculpándose—. Cuando comprendí que estaba a mi alcance resolver un verdadero misterio, recopilé las cartas que Westbrook había enviado a mis padres y comencé a buscar pistas. Di con su hoja de servicios con relativa facilidad y, de ahí en adelante, continué haciendo preguntas sobre su posible paradero.

—Puedo entender lo interesante de tu pasatiempo —rió Kane—. A mí también me atraían los libros de aventuras cuando era un niño. Si hubiera tenido a un auténtico James Bond en la familia, no dudo que habría terminado haciendo lo mismo que tú. No obstante, me gustaría darte un consejo.

—¿Sí? —preguntó Talia con cautela.

—Mira bien a quién chantajeas. No todo el mundo se da por vencido con tanta rapidez como yo. Algunos pueden llegar a mostrarse realmente hostiles.

Talia registró la amenaza de la voz masculina, pero prefirió ignorarla.

—Elegí muy bien a mi primera víctima, ¿no lo crees? Obtuve la respuesta que necesitaba en unas pocas horas, aunque no resultó muy, útil —añadió sin querer reconocer lo aliviada que se sentía por haber dejado atrás ese asunto engorroso—. A decir verdad, si no hubieras hecho el comentario sobre mi pasado, no me habría enfurecido tanto y recurrido al chantaje.

—No estoy tan seguro de eso —dijo Kane con serenidad—. Desde el momento en que cruzaste la puerta de mi oficina, tuve la sensación de que yo no te gustaba. ¿Por qué, Talia? Tuve la impresión de haber sido juzgado y sentenciado antes de tener la oportunidad de averiguar los cargos. ¿Cuáles eran los cargos, señorita Haywood?

—Estás imaginando cosas, Kane —afirmó con gravedad—. Estaba

un tanto tensa porque pensaba lograr algunas respuestas sobre Justin Westbrook. Eso es todo. Y hablando de esas respuestas, me gustaría que enviaras una carta al pueblo sudamericano. Tal vez alguien allí se acuerde de él. ¿Por qué no me das el nombre del lugar? Yo misma enviaré la carta.

—Yo me ocuparé de eso, Talia, no te preocupes. Ahora, ¿no me vas a invitar a cenar? Todavía estoy hambriento.

Se puso de pie, pero no antes de que ella advirtiera un deje de irritación en los ojos verdes. A Kane Sebastian no le gustaba que le obligaran a revelar información de sus archivos.

—Ella se hará cargo —dijo a la camarera que se acercaba con la cuenta en la mano, señalando a Talia con el pulgar.

—Tanta amabilidad me abruma —gruñó Talia al tiempo que extraía una tarjeta de crédito de su bolso.

—Es el precio de hacer negocios —respondió él mientras la tomaba del brazo y aguardaba a que firmara la tarjeta.

El precio de hacer negocios con Kane Sebastian se elevó considerablemente a los pocos minutos. Talia soportó con paciencia que él pidiera el vino más caro, almejas como entremés y luego unos bistecs con ensalada.

—Por el precio de tu cena podría comprar todo el pueblo sudamericano —comentó Talia, observando el modesto salmón que había pedido ella.

Kane sonrió a la vez que saboreaba la deliciosa carne.

—Quiero enseñarte a que pienses dos veces antes de hacer uso del chantaje.

—¡Si hubiera sabido la poca ayuda que me ibas a dar, jamás lo hubiera intentado por primera vez!

La velada se desarrolló con afabilidad, como si hubieran decretado una tregua. Kane había cedido a los deseos de Talia con bastante facilidad y ella se recordó que había obtenido datos interesantes de situaciones mucho menos favorables que aquélla. Tal vez obtuviera algún dato importante sobre aquel olvidado pueblo. Y si no, aceptaría el fracaso con filosofía. No era la primera vez que seguía una pista que no conducía a ningún lado.

Mientras Kane se decidía por uno de los dos postres más caros del menú, Talia se dio cuenta de que un nuevo elemento dominaba la atmósfera entre ellos. Quizá se debía a que ella había obtenido una

pequeña victoria o tal vez, a que Kane había evitado el tema de su desastre personal hacía tres años. O acaso, quizá, se trataba simplemente de que Kane Sebastian podía ser muy encantador a la hora de compartir una cena. Cualquiera que fuese la razón, Talia se sentía cómoda y dueña de la situación para cuando la camarera le entregó la cuenta.

Identificó el origen de su sentimiento mientras firmaba. Ya no sentía temor de Kane Sebastian.

¿Ya no sentía temor? Sí, pensó. El temor se había apoderado de ella al cruzar la puerta de la oficina aquella mañana. Temor hacia todo lo que Kane representaba, a no poder enfrentarse a un hombre que había triunfado donde ella había fracasado, a regresar a un mundo del que había huido.

No, ya no tenía miedo. Había conseguido que un hombre de negocios astuto y difícil la ayudara. De pronto, la cena se le antojó barata. Sonrió.

—¿Te importaría compartir la broma? —dijo él, interrumpiendo sus pensamientos mientras ella guardaba la tarjeta de crédito en su bolso.

—Me temo que es privada —respondió a la vez que se ponía de pie.

—Ah, sí. Una broma privada. Comprendo. Espero que te divierta mucho —la cogió del brazo y la guió fuera del elegante restaurante—. ¿Hasta cuándo piensas permanecer en Sacramento?

—Planeaba regresar a San José mañana temprano.

—¿No vas a esperar a que reciba la contestación de Sudamérica? —preguntó él. Atravesaron el patio en dirección a la habitación de Talia.

—Probablemente tardará mucho, si es que llega algún día —suspiró ella, alzando el rostro para gozar de la brisa fresca—. Me conformaré con que te pongas en contacto conmigo en cuanto sepas algo.

—Quizá tenga alguna respuesta en un par de días.

—¿Qué? ¡La carta tardará muchísimo en llegar a Sudamérica! —Se detuvo y se volvió hacia él con expresión desconcertada.

—Envié un telegrama esta tarde —explicó con una sonrisa—. Con suerte, recibiremos información mañana mismo, tal vez dentro de un día o dos.

Los ojos femeninos centellearon con súbita excitación bajo el suave resplandor de la luna.

—En ese caso, creo que me quedaré un par de días más —anunció—. Telefonearé a mi jefe para que alguien se haga cargo de mis clases.

Kane asintió con la cabeza y ambos reanudaron el paso.

—Te llamaré mañana por la mañana —afirmó él.

—¿En cuanto tengas alguna noticia?

—Sí, señorita —accedió con obediencia.

—Oh, Kane —exclamó impulsivamente, deteniéndose otra vez al llegar a la puerta de su habitación—. Gracias. Muchas gracias.

Kane no respondió, alzó una ceja e introdujo la llave en la cerradura.

—Sé que te forcé a esto —dijo ella con rapidez, cogiéndole del brazo en un gesto inconsciente de súplica y disculpa—. Pero de veras aprecio tu ayuda. No te imaginas lo mucho que todo esto significa para mí.

Kane la miró con expresión enigmática durante un momento. La puerta se abrió, la llave se balanceó en la mano varonil. Entraron en la habitación. Los ojos de Talia se fijaron en los de Kane. Una fuerza poderosa parecía emanar de él. ¡Y pensar que ella se había salido con la suya!

Los ojos verdes se entrecerraron, pero no con furia. Los instintos femeninos identificaron el sugestivo brillo y respondieron. Kane quería besarla.

¿Y ella? ¿Lo deseaba? Una gran incertidumbre la sobrecogió.

Esa mañana, la mera idea le habría parecido absurda. Los hombres como Kane Sebastian la disgustaban. Desde que se había marchado de esa ciudad tres años atrás, se había cuidado de mantenerse lejos de hombres que contemplaban el mundo desde el punto de vista de un depredador.

Pero controlaba la situación, se dijo. Kane Sebastian había cedido a su requerimiento. Y, después de un comienzo regular, la cena había resultado muy agradable. ¿Qué mal podía causar un beso?

La extraña sensación de júbilo que había sentido durante toda la noche y atribuido al éxito de su conversación con Kane la desbordó nuevamente, envolviéndola en una emocionante calidez.

—Gracias por la copa y la cena, Talia —susurró Kane con voz ronca y una anticipada sonrisa en la comisura de los labios—. ¿Sabes

una cosa? Después de una velada como la de esta noche, estoy dispuesto a dejarme besar por una mujer aunque sea la primera cita.

Talia contuvo la respiración, tenía las palmas húmedas. ¡Qué ridículo! Lo único que él estaba sugiriendo era un beso de buenas noches. Y además, después de haberle amenazado ese mismo día, era bastante generoso por su parte no mostrarse enfadado.

Con lentitud, casi hipnotizada por la proximidad varonil, Talia se puso de puntillas, rozó la mejilla de Kane con los dedos y depositó un beso ligero en su boca.

Todos sus sentidos parecieron despertar en ese instante. Era consciente del aroma que emanaba del vigoroso cuerpo y la hacía estremecerse con desconcertante intensidad.

Era demasiado, comprendió. No tenía sentido que un desconocido la hiciera vibrar de ese modo. ¿Qué le sucedía?

Y aun cuando apeló a toda su fuerza de voluntad para retroceder, fue demasiado tarde.

Los brazos de Kane se cerraron alrededor de ella como una trampa mortal.

—Kane… yo…

—Me preguntaba desde esta mañana cómo me sentiría al ser besado por una chantajista —murmuró contra los labios femeninos antes de aprisionarlos en un beso sensual.

La protesta de Talia fue sofocada por el erótico movimiento de la lengua incursionando las profundidades de su boca.

Kane profirió un gemido y deslizó las manos por la espalda femenina. El vestido de seda no constituía ninguna defensa contra el calor de sus manos. Una ola de fuego abrasó a Talia.

Supo que estaba respondiendo. Había respondido a ese hombre de formas muy distintas a lo largo del día. Primero le había disgustado, luego inspirado temor y ahora la conmovía físicamente con una violencia desconocida para ella.

Talia dejó escapar un quejido ronco en el momento en que las manos descendieron hasta su cintura y buscaron la base de la columna vertebral.

Cuando los ardientes dedos encontraron esa zona particularmente sensible, la acariciaron con suavidad. Talia reaccionó con vivo apasionamiento, apresando la inquieta lengua de Kane con la suya, proponiendo un duelo atrevido que fue aceptado de inmediato.

Mientras libraban la sensual batalla, Kane delineó las curvas traseras femeninas, estrechando el ardoroso cuerpo contra sus rígidos muslos. Luego, una mano comenzó a subir con lentitud.

Se frenó a pocos centímetros de un seno. Talia supo que debían detenerse. Pero era imposible. El deseo que amenazaba con asfixiarla era tan nuevo que no podía dejar de disfrutar de él. Era ridículo, pero tenía la impresión de que era la primera vez que un hombre la besaba, la primera vez que respondía con todos sus instintos de mujer. Tenía treinta años, se recordó, había estado comprometida para casarse, había creído estar enamorada…

—Cuando te vi esta tarde en la piscina, tuve que contener la urgente necesidad de tocarte —susurró Kane al tiempo que cerraba una mano sobre un pecho con mucha delicadeza—. No tienes cuerpo de chantajista, querida —continuó con sentido del humor a la vez que enterraba los labios en la curva de la garganta—. Eres demasiado suave, demasiado cálida, demasiado excitante.

—Por favor, Kane. ¡Deja de llamarme así!

—¿No te gusta la palabra chantaje? Sin embargo, es tan efectiva… ¿Acaso no obtuviste lo que deseabas gracias a ella?

—Sí, pero no… quiero…

Se calló con un débil suspiro de placer. Kane dibujaba con sus dedos la redondez de los pezones. El sujetador de seda no ahogaba el impacto de la caricia. Los pezones se irguieron en dolorosa respuesta.

—Igual que pequeños frutos maduros —dijo Kane sin disimular su placer—. Quiero verlos, besarlos…

Talia cerró los ojos y hundió el rostro en su camisa. Kane le descubrió un hombro y luego un pecho. Una satisfacción primitiva y femenina invadió a Talia al escuchar la sofocada exclamación que brotó de los labios de Kane.

—Desvísteme, cariño. Quiero sentir tus manos sobre mi piel. Quiero sentir tu calidez.

Kane se alejó momentáneamente y se quitó la chaqueta que cayó al suelo. Luego, impulsados por una fuerza misteriosa, los dedos de Talia comenzaron a desabrochar la camisa blanca. La excitación se volvía irrefrenable. Experimentaba una necesidad imperiosa de jugar con el vello del ancho pecho. Por alguna alocada razón, el atrevido tono rojizo del vello la atraía sobremanera.

—Oh, Kane —exclamó al alcanzar su objetivo en el preciso

instante en que él le quitaba el sujetador.

Un deseo impetuoso estalló en su interior mientras las manos de Kane se deslizaban por los senos desnudos.

A su vez, Talia buscó los pezones masculinos y los acarició con fogosidad. Kane se estremeció y hundió sus dientes en el lóbulo de la pequeña oreja.

—Oh, Dios, Talia. ¿Tienes idea de lo que estás haciéndome? —susurró con la voz cargada de deseo—. ¿Esto mismo hiciste a Hazelton? Ahora comprendo…

Talia se paralizó, una ola de helada frialdad barrió las llamas de la pasión. Retrocedió con brusquedad. Las manos de Kane cayeron con sorpresa.

—¡Vete de aquí!

La mandíbula masculina se puso rígida. Talia podía adivinar la desesperada necesidad física que bullía en el interior de Kane.

—¿Qué diablos te pasa? —preguntó, dando un paso hacia adelante con actitud amenazadora.

—He dicho que te marches, Kane.

Se volvió para escapar de la furia y la pasión que reflejaban los ojos verdes. Se acomodó el vestido y luchó por controlarse.

—Te ha molestado que mencionara a Hazelton, ¿verdad? —afirmó él a sus espaldas—. Debería haber hecho el comentario en otro momento.

—¡No deberías haberlo hecho jamás! —replicó, volviéndose con ira. Cerró los ojos. Tenía que serenarse—. No te preocupes —añadió después de una tensa pausa—. No tiene importancia. Sólo que, no quiero hablar de eso ahora. No debí perder la calma, aunque tal vez fue mejor. ¿Puedes retirarte, por favor? Las cosas estaban yendo demasiado lejos…

Kane comenzó a abrocharse la camisa.

De pie en el medio de la habitación, ordenando su ropa, ofrecía un cuadro íntimo muy perturbador. El pelo despeinado, el brillo apasionado de la profunda mirada que iba debilitándose poco a poco, el cuello de la camisa que había optado por dejar desabrochada, todo la afectaba de un modo irracional. Talia sintió ganas de retractarse, de pedirle que se quedara.

—Tu opinión es válida, por supuesto —comentó Kane mientras se agachaba para recoger la chaqueta y se la colgaba descuidadamente

sobre un hombro—. Personalmente, creo que las cosas apenas comenzaban… —Se volvió y caminó hacia la puerta—. Te telefonearé en cuanto tenga noticias de Sudamérica —añadió.

Y se marchó.

Talia se quedó mirando la puerta cerrada durante largos e interminables minutos. Jamás debería haber permitido que un beso de buenas noches derivara hasta aquella pasión desenfrenada. Con estupor, no tuvo más remedio que aceptar que se había sentido irresistiblemente atraída por un hombre que poseía sobrados motivos para inspirarle odio.

No se trataba solamente de que no fuera su tipo, sino de que encarnaba la esencia misma de todo aquello que ella había aprendido a detestar durante los últimos tres años.

# Capítulo 3

Kane no telefoneó hasta el mediodía del día siguiente y Talia cogió el teléfono antes de que sonara por segunda vez.

—Me agrada descubrir que estás ansiosa por recibir mi llamada —bromeó después de un saludo cortés.

—¿Averiguaste algo? —preguntó ella con impaciencia.

—¡Qué desilusión! De modo que no morías por hablar conmigo… Lo único que te interesa son las noticias que pueda proporcionarte.

—No puedo darme el lujo de interesarme por ti —replicó con una sonrisa—. Lo comprobé anoche.

—¿Te refieres a que soy tan atractivo que temes perder la cabeza?

—¡Me refiero a que bebes un vino demasiado caro, pides ostras, carne, y el postre más caro del menú, y luego me haces pagar a mí!

—Ah, eso —murmuró con indiferencia—. Me pareció conveniente que quedara bien claro desde la primera cita que no soy un hombre de gustos ordinarios.

—Kane…

—De acuerdo, de acuerdo. No te pongas nerviosa. Todavía no he recibido noticias.

—¡Maldición! —masculló Talia.

—No pierdas las esperanzas. Envié el telegrama a una persona que solía trabajar para nosotros allí. Es probable que esté investigando. Quizá debamos esperar un día o dos.

—¿Piensas que existe alguna posibilidad de dar con Westbrook? —preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Quien puede saberlo? Aunque debes admitir que las

probabilidades son remotas. Westbrook trabajó para nosotros hace cuatro años y figuró en la nómina de la empresa durante unas semanas. Escucha, es casi la hora de almorzar y si te has pasado la mañana junto al teléfono esperando esta llamada sospecho que debes estar a punto de enloquecer.

—¿Cómo lo sabes?

—Intuición. Hubiera hecho lo mismo de haber sido tú. Te recogeré en unos minutos para ir a comer.

—¿Quién va a pagar? —preguntó Talia en tono suspicaz.

—Hoy me siento generoso. Registraré el gesto como comida de negocios. Eso me recuerda que debo preguntar a mi contable si los gastos de chantaje son deducibles…

No le dejó terminar. Colgó el teléfono con brusquedad.

Decidió ponerse la falda plisada del traje color trigo. Eligió una blusa de seda con dibujos vistosos y desechó la chaqueta del conjunto. Hacía demasiado calor y además no era necesario vestirse tan formal. El pensamiento desencadenó otros bastante deprimentes. En una época, su vestuario había sido puramente formal, adecuado para el trajinar ejecutivo que caracterizaba su vida.

Pero hasta Kane parecía hacer algunas concesiones al calor de ese día de septiembre. Se presentó sin chaqueta y sin corbata. La camisa blanca estaba impecable, pero llevaba el cuello desabrochado y el contraste con la piel bronceada le otorgaba un atractivo que a Talia no le pasó inadvertido.

—No me mires de ese modo, cariño —dijo Kane—. Ya te dije que pagaré yo.

—Lo siento. Temí que cambiaras de opinión.

—¿Lista?

—¡Aceptaría almorzar con Atila el huno con tal de salir de esta horrible habitación de hotel!

—Ten cuidado… Tanta lisonja se me va a subir a la cabeza… —Gruñó, lanzándole una mirada mientras se dirigían al aparcamiento.

—¿Adónde vamos?

—Al Viejo Sacramento, ¿lo recuerdas?

Talia asintió, evocando el trabajo de restauración que se había llevado a cabo en la sección de veintiocho acres cerca del río. Se había recreado la pintoresca atmósfera de Sacramento del siglo pasado y convertido los edificios históricos en restaurantes y tiendas.

—Han realizado un excelente trabajo —comentó Kane al tiempo que se detenía junto a un Lotus rojo y abría la puerta—. Aceras de madera, marquesinas antiguas, coches de época y algún tiroteo ocasional en la estación del ferrocarril. Un ambiente estupendo.

Talia logró arrancar la vista del Lotus para volverse hacia Kane con curiosidad.

—¿Un ambiente estupendo para qué?

—¡Si te lo digo tal vez rehuses almorzar conmigo! ¡No me arriesgaré!

Cuando Kane aparcó el coche cerca de un restaurante, decidió revelar la verdad.

—¡Oh, no! —gimió ella cuando él se colocó una cámara fotográfica Nikon alrededor del cuello. Luego cogió una pequeña maleta de cuero, seguramente con películas, lentes y demás objetos afines.

—Tú tienes tu pasatiempo y yo el mío —declaró Kane a la defensiva. Abrió la puerta del coche y la ayudó a bajarse—. ¡Al menos yo obtengo bastante buenos resultados!

—Has vivido en esta zona durante años. ¿Vas a decirme que jamás fotografiaste el Viejo Sacramento?

—Claro que sí. ¡Pero tú no apareces en ninguna fotografía! —agregó con ligereza. Se encaminaron hacia un típico restaurante mexicano.

—¿No esperarás que pose para ti, verdad? —se quejó Talia con una sonrisa. Kane estaba cómico con todo ese equipo fotográfico—. ¡Pareces un auténtico turista! —exclamó y señaló en dirección a un autobús del cual descendía un variado grupo de pasajeros, la mayoría con cámaras alrededor del cuello.

—No te inquietes. Me portaré bien y no tendrás que avergonzarte de mí —agregó llevándola dentro del restaurante.

El tono burlón de la conversación continuó durante el almuerzo. Cuando terminaron, Kane sugirió dar un paseo por las tiendas.

—No te muevas —le ordenó de pronto en el momento en que ella estaba por entrar en una tienda de antigüedades.

Talia se detuvo. El sol del mediodía brilló en su pelo.

—¿Qué sucede? —Giró un poco la cabeza y comprendió, demasiado tarde, que la Nikon apuntaba hacia ella. Frunció la boca en una mueca de disgusto—. No me diste tiempo a sonreír —protestó.

—Me gusta la expresión de interés que reflejaba tu rostro —explicó

él, dejando que la cámara cayera en su lugar nuevamente—. Las fotografías imprevistas son las mejores —sonrió con insinuante picardía.

—No imagines cosas raras.

—Cariño, no soy un aficionado lascivo. Me tomo mi pasatiempo muy en serio. ¡Es un arte!

Recorrieron las elegantes tiendas y Talia se acostumbró a que Kane se plantara de imprevisto frente a ella para tomarle una fotografía. La sorprendió sobre la escalerilla de un vagón en el museo ferroviario, de perfil mientras acariciaba la nariz de un caballo con aire aburrido que tiraba de un carro lleno de turistas y mientras decidía la compra de un sombrero de paja.

—Odio tener que interrumpir ésta, pero debo regresar a la oficina —anunció Kane con evidente pesar.

—Quizás hayas recibido la respuesta al telegrama —dijo Talia con esperanzada especulación.

—Es bueno saber por qué te interesas por mí —gruñó, abriendo la puerta del Lotus para que ella tomara asiento—. Posees el don de destruir mi frágil ego, Talia Haywood.

—Lo siento —dijo con brusquedad y arrepentimiento sincero. Apoyó su mano sobre la de él y le miró con ansiedad—. De veras, he disfrutado de la comida. Ha sido una tarde maravillosa.

Kane sonrió, pero había cierta frialdad en sus ojos cuando levantó la mano femenina y depositó un ligero beso en la palma. No dijo nada. Talia sintió un leve y sensual estremecimiento que recorrió su cuerpo. ¿Por qué? ¿Por qué reaccionaba de esa forma?

La condujo de vuelta al hotel, casi sin pronunciar palabra durante el breve viaje. Detuvo el coche frente a la entrada principal. Talia se apeó y se dio la vuelta con cortesía para expresar su agradecimiento.

—Vendré por ti a las siete para cenar —aseguró Kane sin darle tiempo a hablar.

Talia le miró con desconcierto. Intuía una repentina tensión entre ambos. ¿Le habría ofendido tanto al mencionar la posible respuesta al telegrama?

—Es… es muy amable por tu parte, pero no es necesario —comenzó a decir, ansiosa por sacarle del apuro en caso que él se sintiera obligado por alguna oscura razón. Aunque era difícil imaginar que un hombre como Kane Sebastian se sintiera obligado hacia

alguien, en especial hacia la mujer que le había amenazado con chantaje.

—No tienes otros planes, ¿verdad? ¿O acaso pensabas reencontrarte con algún viejo novio? —preguntó con tono sarcástico.

Talia retrocedió como si él hubiera intentado golpearla.

—No —respondió con firmeza—. No pienso reencontrarme con nadie.

—Perfecto. Te veré a las siete.

Observó cómo el Lotus se alejaba y se perdía por la calle. Durante un amargo momento, le llegaron a la mente antiguos recuerdos de un novio en particular. ¿Dónde estaría Richard? ¿Cuánto habría tardado en hallar una novia nueva y libre de compromisos?, se preguntó con pesadumbre.

Compromiso. Era una palabra anticuada para describir lo que había sucedido en su camino al éxito. No existían muchas formas en las que una mujer moderna pudiera comprometerse, pero aún era posible en los escalafones superiores del mundo de las empresas. Más de una carrera había sido arruinada. Y al igual que en los viejos tiempos, era la mujer quien sufría.

Talia refrenó sus emociones. Con facilidad echó a un lado los recuerdos de Richard Fairfax, el joven y brillante abogado con quien había estado comprometida tres años atrás. Richard se había lanzado a hacer política. No necesitaba una esposa que hubiera sido acusada de compartir su dormitorio para alcanzar una vicepresidencia. Y ella ya no necesitaba a Richard, pensó con amargura. Aunque la ira persistía en ella.

Volvió a nadar esa tarde, incapaz de mantener la vigilia junto al teléfono como lo había hecho esa mañana. Era un día muy caluroso y además, había esperado tanto para encontrar respuestas al misterio de Justin Westbrook que no le sentaría mal esperar un poco más. Mientras se recordaba que, de todas maneras, el telegrama enviado por Kane podía no resultar útil, se concentró en una novela de espionaje. Se sentó bajo una sombrilla al borde de la piscina.

Esa noche, cuando Talia abrió la puerta, Kane se apresuró a aplacar la silenciosa expectativa que brilló en sus ojos.

—Lo siento —dijo a la vez que entraba en la habitación del hotel —. No he tenido noticias. Me temo que tendrás que permanecer un día o dos más en la ciudad.

Esbozó una sonrisa espontánea y dejó pasear la vista por la grácil figura. El vestido exótico y floreado delineaba las suaves curvas, el color púrpura mezclado con rojo y dorado daba al conjunto un toque exquisito y elegante. Un collar de perlas complementaba el atractivo atuendo.

Talia se alegraba de haber decidido vestirse con elegancia para la ocasión. Había una distinción masculina y natural en la chaqueta y los pantalones oscuros de Kane. Llevaba una camisa color marrón con el cuello desabrochado que destacaba el atractivo que emanaba de él.

—No sé si podré quedarme mucho tiempo más —comentó mientras se dirigían hacia el Lotus—. Le dije a mi jefe que me tomaría unos días de vacaciones y ha conseguido quién me reemplace, pero…

—Un jefe muy comprensivo… —Acotó Kane mientras la ayudaba a tomar asiento.

Talia le lanzó una mirada suspicaz y decretó que sería mejor cambiar el tema de conversación. No tenía ganas de que Kane Sebastian hurgara en el tema de jefes comprensivos. Eso conduciría inevitablemente a mencionar a Hazelton y arruinar la velada.

—¿Siempre has sido tu propio jefe? —preguntó. Kane conducía el coche por las calles de la ciudad.

—Desde que inicié Sistemas de Energía Interfacial hace un par de años —confirmó con aparente agrado. Talia aprovechó la oportunidad, consciente de la profunda curiosidad que ese hombre le despertaba.

—¿Y antes de eso?

—Trabajé para personas muy distintas en lugares muy distintos —se encogió de hombros—. Por lo general en relación con yacimientos petrolíferos.

—¿Eres ingeniero? —aventuró.

—Un trabajador —la corrigió con una sonrisa cínica—. Trabajé muy duramente. Los ingenieros se sentaban detrás de escritorios en oficinas con aire acondicionado. Los beneficios de una educación universitaria, supongo.

—Tengo el presentimiento de que tú llegaste mucho más lejos que la mayoría de ellos.

—¿Te refieres en el aspecto económico? ¿Es ésa una manera sutil de indagar sobre mi cuenta bancaria?

Talia se ruborizó con intensidad.

—No seas ridículo. Quise decir que evidentemente eres un hombre de éxito que ha triunfado por sus propios méritos.

—Me imagino que no te importará que te vean con un plebeyo —bromeó.

—En el mundo de los negocios, lo único que importa es el éxito o el fracaso. No hay duda de que has obtenido lo primero —afirmó en voz baja y con seriedad.

Ella había recibido una excelente educación y, sin embargo, no había sobrevivido en el competitivo ambiente de las empresas. Una buena educación constituía únicamente un billete de entrada, el resto dependía de uno mismo.

—Poseo casi todo lo que siempre he deseado de la vida —asintió Kane.

—¿Casi todo?

—Sí. Tenerlo todo sería peor que la muerte, ¿no crees? —sugirió al tiempo que se detenía en el área de aparcamiento de un excelente restaurante italiano que ella recordaba de una previa visita a Sacramento. Había cenado con Richard en ese lugar…

—¿Quieres decir que te atraen los desafíos? —preguntó en respuesta a la pregunta retórica de él.

—¿Te parece mal?

—Cuando son llevados a extremos —contestó—. Cuando la necesidad de obtener satisfacción de un desafío se vuelve destructivo, hieres a las personas.

Kane apagó el motor y se volvió hacia ella.

—¿Quién sale herido, Talia? ¿El que responde al desafío o las personas de su alrededor?

Talia adivinó la tensión de la pregunta y deseó haber mantenido la boca cerrada. Pero levantó el mentón y respondió con seguridad.

—Las personas de su alrededor. Es muy fácil trabajar para un constante provocador de desafíos y emociones —añadió con calma, abriendo la puerta del coche.

—¿Qué quieres decir? —dijo él mientras caminaban hacia el restaurante.

—Siempre advierto a mis alumnos que se cuiden de esas personalidades nocivas.

—¿Podrías explicarte mejor?

—Ese tipo de personalidad goza tanto del desafío y de las

emociones que mantiene deliberadamente una situación caótica nada más que para crear un estado ininterrumpido de excitación. Para muchos ejecutivos, la excitación es como una droga. Cuando no se les presentan desafíos, los inventan.

—¿Cómo? —Kane parecía fascinado. Entraron en el vestíbulo del restaurante.

Talia se encogió de hombros.

—Teniendo romances, tramando maniobras contra aquellos que algún día puedan volverse peligrosos, incitando situaciones de crisis que requieren habilidad y decisión. Existen muchos modos de hacerlo.

La cortesía con que fueron instalados en una mesa demostró a Talia que Kane era un cliente habitual. Se desplegó una discreta actividad y, como resultado, se encontró cómodamente sentada frente a una botella de vino blanco helado y con el menú entre las manos.

—¿Acaso tu experiencia te dice que yo soy una de esas personalidades? —preguntó Kane cuando el camarero se retiró.

—No te conozco lo suficiente como para afirmarlo —respondió con honestidad.

—Entonces permíteme intentar hacer un poco de autoanálisis.

Talia guardó silencio, ansiosa por escuchar lo que Kane pensaba revelar. Era evidente que Kane Sebastian disfrutaba del desafío y probablemente fuera el tipo de hombre que necesitaba ponerse a prueba de forma continua. Pero Talia no estaba segura. Después de todo, él había cedido a su débil intento de chantaje y se había mostrado relajado y entusiasta en la práctica de su pasatiempo favorito, la fotografía. Kane Sebastian resultaba más complejo de lo que había imaginado. Alzó su vaso y le miró con interés.

—Veamos —continuó Kane—. ¿Soy un provocador de desafíos y emociones? Bien, no ando por ahí fomentando situaciones de crisis en mi trabajo. A mi parecer, un buen día es aquel que se desarrolla con tranquilidad hacia la meta establecida. No invento situaciones alborotadas que requieran soluciones inmediatas. ¡No necesito inventarlas, ocurren con suficiente frecuencia! No tramo maniobras contra mis rivales. ¿Por qué habría de hacerlo? Yo soy el jefe —concluyó.

—Una explicación muy lógica —sonrió Talia.

—Y teniendo en cuenta el tiempo que ha transcurrido desde mi último romance serio, me atrevería a asegurar que no busco desafíos

en las mujeres —sonrió con expresión insinuante. Talia se ruborizó.

—Sí, bien, felicitaciones —masculló ella, intentando ignorar el desafío que los brillantes ojos verdes le transmitían—. Tal vez escapaste de la trampa.

—¿No quieres saber cuándo tuve mi último romance?

—¡Kane!

—¿No es un tema adecuado para tratar durante la cena?

—¡Por supuesto que no!

—Considero que un buen romance es igual que un buen trato de negocios —acotó como si ella no hubiera hablado—. Ambas partes desean algo del otro y se unen para obtenerlo. ¿Qué te gustaría lograr de un romance, Talia Haywood?

—Si no cambias de tema en este instante te dejaré filosofando con una silla vacía —le amenazó.

—Un modo eficaz de destruir una velada agradable —se lamentó Kane.

—Por cierto que sí —asintió Talia con alivio y un deje de presunción por haberse impuesto, presunción que desapareció al minuto siguiente cuando una conocida voz masculina la llamó por su nombre.

—¡Talia! ¡Por Dios! ¿Qué estás haciendo aquí?

La calidez de la atmósfera se disipó por completo. Talia levantó la vista con lentitud hacia el hombre alto y apuesto que se había detenido a su lado. Sabía lo que iba a ver aun antes de llegar a descubrir aquel rostro y la sonrisa engañosa. Los ojos oscuros la miraron con abierto entusiasmo. Talia se sintió enferma. Todo era tan falso… Todo, Richard Fairfax, pensó, no por primera vez, sería un excelente político. ¿Cómo había podido creer en la integridad y calidez que aquellos ojos oscuros prometían?

—Hola, Richard —dijo en voz baja.

—¡Qué alegría encontrarte, Talia! Cuando te vi hace unos minutos, no pude creer que fueras tú. Estoy cenando con unos compañeros de campaña y no quise dejar de acercarme a saludarte —sin esperar a ser presentado, Richard Fairfax extendió una mano hacia Kane—. Richard Fairfax. Eres Kane Sebastian, ¿verdad? ¿De Sistemas de Energía Interfacial? Es un placer conocerte. Has hecho mucho por la comunidad empresarial de Sacramento.

Kane aceptó el apretón de manos con educada, pero indiferente

cortesía. Talia intuía la hostilidad que le dominaba, casi podía palparse a través de la mesa.

—¿Eres amigo de Talia? —preguntó Kane.

—Oh, Talia y yo fuimos muy buenos amigos hace tiempo, ¿no es cierto, cariño? —Richard habló con un deje de intimidad que la enfureció. Sabía perfectamente lo que pretendía. Bajo un disfraz, Richard daba a entender a Kane que ella le había pertenecido en el pasado. Un modo de afirmar su virilidad. Talia sintió que la ira la sobrecogía. Tres años atrás, después de haber sido humillada, Richard no había querido saber nada de ella. Y sin embargo, allí estaba en esos momentos, incomodándola con el único propósito de satisfacer su ego.

—No —contestó con frialdad—. A decir verdad, después de todos estos años, me atrevería a decir que tú y yo jamás fuimos nada. Buenas noches, Richard.

Se volvió hacia Kane, esperando que él la respaldara. Experimentó una profunda sensación de gratitud cuando Kane agregó con rigidez:

—Ya has oído a la dama, Fairfax.

Richard frunció el ceño.

—Por supuesto —concluyó mientras se encaminaba hacia una mesa llena de personas en un rincón del salón. Talia sabía que estaba enojado y no podía por menos que sentirse satisfecha.

—Gracias —dijo a Kane con sinceridad.

—De nada —respondió con ironía—. ¿Un antiguo novio?

—Estuve comprometida con él —admitió.

—Comprendo.

Contrariamente a lo que esperaba, Kane no insistió en el tema. En cambio, se dedicó a desplegar el encanto que había demostrado la noche anterior. A los pocos minutos, Talia volvía a disfrutar de la velada y olvidó a Richard Fairfax por completo.

El exquisito aperitivo fue seguido de una ensalada acompañada de una sabrosa carne de ternera. La crema de chocolate no era un postre típicamente italiano, pero fue perfecto para terminar una cena que se desarrolló con tanta amenidad como la conversación.

Talia sentía esa maravillosa y embriagante sensación que caracteriza a esas noches inolvidables que permanecen siempre en el recuerdo. Kane le pidió que aguardara en el vestíbulo mientras él iba a por el coche.

—Pero puedo ir caminando —protestó ella.

—No tengo ganas de tener que llevarte en brazos —sonrió él y se inclinó para besarle la punta de la nariz.

—¿Estás sugiriendo que estoy algo borracha? —rió. No lo estaba. Se sentía feliz, eso era todo. Más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo.

—Jamás se me ocurriría sugerir algo así. Espérame aquí. Regresaré enseguida con el coche —le ordenó.

Talia tomó asiento y observó cómo Kane cruzaba la puerta y se perdía en la noche. Estaba sonriendo hacia la puerta cerrada, preguntándose sobre el origen del sentimiento de anticipada expectativa que la embargaba, cuando Richard Fairfax reapareció para enturbiar la mágica noche.

—Ah, Richard. Había olvidado que estabas aquí —comentó con frialdad.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar en la ciudad, Talia?

—Un par de días. Vine por una cuestión de negocios.

—Comprendo. Y nada menos que con el dueño de Sistemas de Energía Interfacial. Es un hombre importante, Talia. Me ayudaría mucho si le hablaras en mi favor. Ejerce una gran influencia sobre la comunidad empresarial de Sacramento.

—No seas ridículo, Richard. ¡Preferiría morirme antes que levantar un dedo por ti!

—No te apresures tanto, cariño —replicó con arrogancia y rozándole la mejilla con una mano—. Es evidente que existe algo entre vosotros. No me gustaría tener que arruinar el romance.

—¿A qué te refieres? —preguntó con disgusto. ¿Cómo había podido creer estar enamorada de ese hombre?

—Es muy simple. Lo único que tengo que hacer es recordarle el engorroso asunto ocurrido en Darius y Darnell hace tres años. Me imagino que Kane Sebastian no tomaría en serio a una mujer que se vio envuelta en ese tipo de escándalo. Si tienes alguna esperanza de que se case contigo, más vale que te asegures de que no averigüe tu reputación.

Talia se puso de pie con estupor. Temblaba de ira.

—¡Cómo te atreves! —exclamó—. ¡Cómo te atreves!

—¿Sucede algo malo?

Se dio la vuelta al oír la voz de Kane a sus espaldas. En un impulso, dio un paso hacia él, como si buscara protección, y su mano

se cerró alrededor del brazo varonil.

—No, Kane, no sucede nada malo —dijo, haciendo un esfuerzo por controlarse—. Pero Richard quiere darte un consejo de amigo, de hombre a hombre.

—Gracias, pero no, gracias —contestó Kane con tranquilidad.

—Ah, no —protestó Talia con la voz cargada de furia—. Es por tu bien. Richard se va a presentar a un cargo público y necesita tu ayuda. La necesita tanto que acaba de amenazarme con contarte lo que ocurrió en Darius y Darnell hace tres años si no acepto hablar contigo en su favor. Está muy preocupado porque supone que si tú averiguas mi reputación no querrás casarte conmigo. ¡Te conformarás con un simple romance pasajero!

Sintió cómo los músculos del brazo masculino se tensaban mientras hablaba. El cuerpo entero de Kane parecía haberse puesto rígido. No obstante, cuando habló, su voz profunda se tiñó de divertida ironía.

—Gracias por tu preocupación, Fairfax —comenzó a decir—, pero la verdad es que no me importa en absoluto lo que haya sucedido hace tres años. Me casaré con Talia, pero no esperes recibir una invitación de boda. Sólo para demostrarte que soy un hombre justo, te daré un consejo a cambio del tuyo. Manténte alejado de Talia en el futuro porque si no, no sólo no contribuiré a los fondos de tu compañía… aunque de todas maneras no pensaba hacerlo… sino que destruiré tu carrera en pedazos. ¿Está claro?

Con mirada furiosa y el rostro enrojecido por la ira y la humillación, Richard se dio la vuelta y sé marchó. Talia no necesitó consultar un manual sobre técnicas de manejo del poder para darse cuenta de que Kane había demolido a su adversario con una facilidad sorprendente.

—Normalmente —declaró mientras caminaban hacia el coche—, no apruebo las mentiras. Pero en este caso, debo admitir que me produjo mucho placer escucharte decir a Richard que te casarías conmigo a pesar del asunto de Darius y Darnell. ¡Qué hombre más atrevido! No puedo imaginar qué me atrajo de él. Y pensar que hace tres años derramé lágrimas por su causa… —Meneó la cabeza—. Supongo que se enterará pronto de que no vamos a casarnos, pero de todos modos, ¡fue divertido presenciar cómo lo mandabas al diablo!

Kane le lanzó una mirada extraña y arrancó el Lotus.

—Fue parte del servicio.

—¿Qué servicio? ¿Ah, te refieres al que me brindas a cambio de mi silencio? —bromeó—. Debo reconocer que esta noche has cumplido con más obligaciones que las de una víctima normal. Sólo por eso, té invitaré a cenar mañana si es que aún estoy en la ciudad.

—Una chantajista muy magnánima…

—Trato de mantener un cierto nivel de sofisticación en mi trabajo —rió—. Oh, Kane, gracias. Te lo agradezco de veras. ¡Jamás soñé con que llegaría el día en que vería a Richard sometido a una situación tan humillante!

Kane frunció los labios con expresión enigmática y condujo en silencio hasta el hotel.

—Con respecto a mañana por la noche —dijo al llegar a la puerta de la habitación y rodeando a Talia con sus brazos.

—¿Sí? —susurró ella, disfrutando del contacto.

—Gracias por la generosa invitación a cenar, pero tenía otros planes.

—¡Ah! —Comenzó a alejarse con repentina vergüenza.

Kane la sostuvo con firmeza.

—Tenía otros planes para nosotros —explicó—. Te pasaré a buscar a la misma hora de hoy, ¿de acuerdo? Ponte algo informal.

—¿Informal? —repitió.

—Informal. Buenas noches, dulce chantajista.

La besó con lentitud, demorándose sobre la cálida boca. Pero no intentó entrar en la habitación.

Talia cerró la puerta y, en ese momento, comprendió con estupor que la partida de Kane la dejaba con una nueva y profunda sensación de vacío y soledad.

# Capítulo 4

Veo que lo de informal era en serio —sonrió Talia a la noche siguiente cuando abrió la puerta. Kane llevaba una camisa de cuadros remangada, unos vaqueros desteñidos, botas oscuras y un ancho cinturón de cuero con una hebilla típica del oeste. Sólo le faltaba el caballo y cargar la montura al hombro para ser un auténtico vaquero.

Kane observó los pantalones de Talia y la camisa color crema con una sonrisa de aprobación.

—Tengo varias personalidades ocultas.

—Ya veo. ¿Una especie de otro yo?

—Todos los que pertenecen al mundo de los negocios necesitan poseer identidades distintas.

Aunque el comentario pretendió ser humorístico, la magnitud del sentido de percepción revelado por Kane era sorprendente. Cuanto más conocía de ese hombre, más lejos estaba de ser el lobo estereotipado que ella había imaginado.

—¿Estás lista? —preguntó, contemplando la habitación—. Lo siento, pero hoy tampoco recibí noticias de Sudamérica —agregó—. ¿Te quedaste todo el día encerrada en el hotel?

—No. Fui de compras al centro y luego nadé un rato por la tarde —respondió y recordó la poca ansiedad que había sentido ante la posibilidad de tener noticias de Sudamérica. La incipiente velada con Kane se había vuelto más importante. Había buscado a Justin Westbrook durante largo tiempo y continuaría haciéndolo, pero Kane Sebastian era una realidad mucho más inmediata y tentadora—. ¿Adónde vamos?

—A mi casa —contestó él, camino al Lotus—. Si te portas bien te invitaré a ver mis diapositivas.

—Esto me pasa por aceptar la invitación de un fotógrafo fanático… —replicó—. Te advierto que mi capacidad de atención es bastante limitada.

—Te mantendré alerta con mi narrativa información.

La calidez de los ojos verdes, la ternura de la voz estremecieron el sistema nervioso de Talia. Parecía acariciarla con la mirada. Las dudas acerca de cenar en la intimidad de la casa de Kane desaparecieron con la misma rapidez con que se habían presentado. Ese hombre la atraía. No podía negarlo. Una fuerza natural, casi fatal, la impulsaba hacia él.

Tomaron la autopista, dejaron atrás la ciudad y luego giraron hacia el sudeste. A su alrededor, se extendía la rica y fértil tierra agrícola del valle central de California.

—¡No me digas que vives en un rancho! —comentó Talla, volviendo a observar el atuendo de Kane y luego el paisaje.

Kane rió.

—No tengo tiempo para ocuparme de un rancho. Poseo una propiedad en un club campestre. ¿Desilusionada?

—No. Soy alérgica al heno —bromeó relajándose en el asiento—. ¿Un vaquero en un club campestre…?

—Me temo que se trata de una rebelión personal. Ni siquiera juego al golf. Mis vecinos no me comprenden.

—Me imagino. En este preciso momento, me atrevería a decir que no tienes aspecto de miembro de un club de campo. Sin embargo… —continuó con expresión cavilosa— si llevaras traje…

—Tal como te dije, soy un hombre de muchas facetas.

—¿Por qué compraste una casa en un club si no juegas al golf ni te adaptas al estilo de vida del lugar?

—Porque haré mucho dinero con la propiedad dentro de dos años. Fue una excelente adquisición, lo compré durante la época de la construcción. Una verdadera ganga.

—Debería haberlo adivinado. Ante todo, eres un hombre de negocios.

—Y un fotógrafo —le recordó, encogiéndose de hombros.

—¿Cuándo comenzó tu inclinación por la fotografía?

—Este año —sonrió—. ¿No has reparado en mi entusiasmo de novato?

—Siempre me he preguntado qué hacen los entusiastas de la fotografía con todas las fotos que acumulan.

—Las guardan en cajones, las convierten en diapositivas y las archivan y tiran las que no han salido bien. Y, por supuesto, muestran las mejores a sus visitas femeninas —concluyó con ligereza.

Pasaron junto a una pista de golf y atravesaron un portón custodiado para después tomar un camino sinuoso a cuyos lados se erguían lujosas casas.

Kane aparcó frente a una elegante mansión, diseñada en un estilo moderno y con cierto aire español. En el interior, los enormes ventanales aprovechaban la hermosa vista a la pista de golf. «El hogar de un hombre de negocios» pensó Talia al tiempo que dejaba correr un dedo por el respaldo de una silla de cuero. Ideal para recibir invitados. Se preguntó cuántas mujeres habrían sido agasajadas en ese lugar.

—¿De modo que esta tarde nadaste un poco? —preguntó Kane mientras preparaba dos copas en la cocina.

—Ah, sí —sonrió Talia, aceptando un vaso—. ¡Hacía demasiado calor y no podía soportar la idea de tener que permanecer en la habitación a la espera de tu llamada!

Kane dio un respingo.

—¿Estoy perdiendo mi encanto varonil? —la condujo fuera, hacia el patio donde la brisa fresca de la noche soplaba con suavidad.

Talia ignoró la pregunta.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste esta tarde? —dijo con amabilidad.

—Yo —comenzó a decir él y dejó caer el comentario con delicada, negligencia— estuve en la biblioteca pública.

—¡La biblioteca! —repitió Talia con sorpresa—. ¿Para qué diablos fuiste allí?

Kane la miró con fijeza.

—Para estudiar unos viejos recortes de periódicos en relación a un escándalo sucedido hace tres años —el tono ligero de conversación se esfumó. Las miradas se encontraron, los ojos color esmeralda desafiaron a Talia a huir.

Era exactamente lo que quería hacer. Huir.

—¿Por qué? —susurró con dificultad.

—Tal vez porque sentía cada vez más curiosidad hacia ti. ¿Te gustaría contarme lo que pasó hace tres años?

—En realidad no —dijo adoptando la expresión distante y fría a la

que siempre recurría cuando hablaba del tema—. Si te tomaste la molestia de leer los periódicos, no creo que pueda añadir nada nuevo.

Las palabras eran tan reservadas como la actitud, pero por dentro, la ira bullía con desenfrenada violencia. ¿Cómo se atrevía Kane a reabrir viejas heridas? ¡La había llevado a ese lugar a kilómetros de la ciudad, comportándose como si se tratara de una cita normal y ahora le asentaba ese golpe bajo!

—Sé lo que se dijo de ti y de Hazelton. Sé que renunciaste a causa de acusaciones bastante serias y que te marchaste de la ciudad. Pero quisiera oír tu versión de la historia.

Los dedos femeninos se ciñeron con fuerza alrededor del vaso y la suave boca se endureció. Talia podía sentir la inflexible exigencia de Kane, sabía que no dejaría de presionarla hasta obtener lo que deseaba. Lo extraño del caso era que una parte de ella quería contarle todo el sórdido episodio. Pero eso significaría admitir su propia debilidad y no estaba segura de poder arriesgarse a desnudar su alma a ese hombre.

—La historia es mía y no deseo ahondar en ella —murmuró.

—Entonces déjame adivinar —dijo Kane en voz baja—. Tú eres inteligente y brillante y estabas muy cerca de alcanzar la vicepresidencia cuando alguien llamado Derek Hazelton se atravesó en tu camino y te propuso acelerar tu ascenso a cambio de que fueras gentil con él. ¿Correcto?

—¡Pareces demasiado familiarizado con ese tipo de comportamientos! —le acusó sin poder contenerse.

Kane pasó por alto el reproche.

—El gran interrogante es, ¿qué le respondiste a Hazelton, Talia? —prosiguió.

Talia se sacudió.

—¡Le respondí que se fuera al diablo! —gritó. Se volvió de espaldas a Kane y se apoyó contra la barandilla de madera para contemplar a ciegas las sombras que descendían sobre la pista de golf —. ¿Qué crees que le respondí? —concluyó con amargura.

—Las cosas se deben haber vuelto difíciles para ti después de eso —comentó él con tono enigmático.

Talia levantó el mentón.

—Muy difíciles —respiró profundamente al recordar—. Hazelton era mi jefe. Comenzó a atosigarme con cantidades increíbles de

trabajo puramente administrativo. Me excluía de las reuniones importantes. Retenía información vital y luego me acusaba de incompetente cuando yo cometía errores por carecer de esa información. Arruinó una serie de relaciones de negocios que yo había establecido. ¡Oh Dios! ¡Hay tantas formas de castigar a un gerente subalterno! Nunca había imaginado que existieran personas capaces de ser tan crueles con los demás. No en la vida real, al menos.

—Y así fue como tu carrera comenzó a deteriorarse y Hazelton te ofreció otra oportunidad, ¿verdad?

Talia se mordió el labio.

—Me dijo que mis problemas podrían arreglarse con un fin de semana en San Francisco —había sido nada más que un desafío divertido para Derek Hazelton. Al resistirse, él había destruido su carrera de un plumazo.

—Un fin de semana con él.

—Sí.

—Y tú dijiste que no. Todavía creías que obtendrías el ascenso por tus propios méritos.

—¿Qué ingenua, no es cierto? —masculló—. A medida que se aproximaba la fecha del ascenso, los rumores empezaron a circular. Llegaron a oídos de la junta directiva y luego de la prensa. ¡Les resultaron de lo más interesantes!

—Lo leí —asintió Kane.

—Traté de explicar lo ocurrido, pero nadie quiso escucharme. Ni siquiera…

Se paró para reprimir un sollozo ahogado.

—¿Ni siquiera quién, Talia? —La voz profunda era suave, persuasiva, tranquilizadora.

—Ni siquiera mi prometido —susurró—. Ah, Richard afirmaba creer en mí, pero hizo hincapié en que planeaba lanzarse a la política. ¡No podía arriesgarse a casarse conmigo después de lo acontecido!

—¿De modo que rompisteis el compromiso?

—Naturalmente —había recobrado el control. Lo peor ya había pasado. Se volvió con gesto orgulloso para enfrentarse a Kane, los ojos castaños brillaron bajo la tenue luz del patio—. Eso es todo. Fin de la historia. ¿Aún vas a darme de cenar? —agregó con impertinencia—. No tienes que preocuparse porque te vean conmigo. Igual que en los viejos tiempos, el hombre nunca es blanco de los rumores.

Kane la observaba con esa mirada misteriosa que ella ya conocía bien. ¿La estaría analizando, juzgando? ¿Condenando?

—¿Cómo te gusta el bistec? —preguntó sin cambiar de expresión—. ¿Más bien crudo o pasado? En líneas generales, no me gusta la carne demasiado pasada.

Talia parpadeó, como si la hubieran tomado desprevenida.

—Más bien crudo —respondió después de una larga pausa—. Bastante crudo.

Kane esbozó una sonrisa lenta.

—Así me gusta. ¿Te importaría preparar la ensalada mientras yo me ocupo de la carne?

Confundida, Talia asintió y le siguió en silencio hasta la cocina. ¿Qué pensaba Kane de ella? ¿Por qué se había interesado en conocer su versión de la historia? ¿Y por qué un hombre que debía tener asuntos que atender en la oficina se tomaba la tarde libre para leer viejos recortes de periódicos en la biblioteca pública?

—Confío en que te gustarán mis brillantes ensayos fotográficos —le advirtió más tarde mientras cenaban en el patio a la luz de las velas.

—Eso depende —contestó Talia al tiempo que saboreaba el bistec—. ¿Tendré que someterme a una interminable serie de típicas fotografías de Disneylandia, la costa del Pacífico y de ex esposas? ¿O tal vez de flores? —añadió con rapidez, lamentando la pregunta implícita sobre ex esposas.

—Nada de fotografías de esposas —explicó—. Comencé a dedicarme a la fotografía el año pasado. En este entonces, mi única ex esposa ya estaba fuera de escena.

—Ah bien, en ese caso…

—Me abandonó —continuó con decisión—, al poco de casarnos. En esa época, Sistemas de Energía Interfacial atravesaba por un momento difícil. Había mejores perspectivas y ella encontró una. Regresó al oeste con otro hombre y ahora debe de estar desempeñando el rol de esposa y ama de casa perfecta.

—Lo… Lo siento…

—¿Por qué? Yo no. El matrimonio fue un error —declaró con tranquilidad, apilando los platos para llevarlos a la cocina—. Es mejor olvidar los errores. Después de haber aprendido de ellos, por supuesto —agregó con una sonrisa.

—¿Y tú aprendiste? —se atrevió a preguntar Talia, levantando el

resto de los platos.

—Creo que sí —afirmó con modestia y depositó la vajilla sucia dentro del fregadero—. Aprendí, por ejemplo, que en esos días buscaba en una mujer todas las cosas equivocadas.

Talia se dio cuenta de que contenía la respiración y aguardaba con impaciencia a que él continuara. Se acercó al fregadero.

Kane le pasó una mano por la nuca, le sonrió con sensualidad y deslizó un dedo a lo largo de la línea de la mandíbula.

—No necesito un ama de casa perfecta ni una reina social que presida mi mesa.

—¿Qué… qué necesitas? —balbuceó ella bajo los efectos de una gran tensión.

—Es una pregunta muy difícil de responder —contestó Kane—. Pero lo estoy intentando.

Inclinó la cabeza y la besó en los labios.

—Quédate conmigo —concluyó un momento después, mientras se apartaba de mala gana— y podré darte una respuesta definitiva mañana por la mañana.

—No —susurró ella en un esfuerzo desesperado por rechazar la tentadora invitación sexual.

—Sí —murmuró él.

Talia meneó la cabeza.

—Comenzaremos con las diapositivas —anunció Kane con aire decidido.

Comenzar con las diapositivas fue el recurso seductor más inteligente que Kane podría haber utilizado.

Se sentaron en el sillón de piel y apoyaron los pies sobre la mesita del café. Kane rodeó los hombros femeninos con un brazo mientras que, con la mano libre, manejaba el control remoto del proyecto.

En la pared blanca opuesta, las imágenes se sucedían a medida que Kane iba narrando. Talia reía y profería exclamaciones de asombro y de interés.

—¿Qué sucedió allí? —preguntó cuando una extraña fotografía de un lago apareció en la pared—. ¿Qué son esos colores raros?

—Se me estaba acabando el rollo —dijo Kane—. Ésa era la última fotografía que quedaba en la cámara. De todos modos, como estaba diciendo, me levanté a las cinco y media de la madrugada. A esa hora, la superficie del lago es tan transparente y lisa como un espejo.

Mírala. ¡Ni una leve onda!

—Hubiera sido genial si pudiera apreciarse toda la superficie completa —rió Talia—. Pero con esos colores y sombras extrañas en uno de los lados…

—Es obvió que no sabes estimar los detalles de una buena fotografía —gruñó, pasando a la próxima diapositiva—. Bien, ésta sí que no podrás criticarla —declaró con expresión triunfal.

—Es hermosa, Kane —la admiración de Talia era sincera. Kane había sorprendido el rocío matinal sobre una rosa roja—. Deberías enmarcarla.

—¿Lo crees?

—Oh, sí. Los colores son fantásticos. Quedaría muy bien sobre una pared —acotó con entusiasmo.

—¿Qué me dices de está? —preguntó Kane, cambiando la diapositiva.

—¡Está toda borrosa!

—Trataba de darle un brillo vago, tú sabes, infundirle un poco de personalidad —protestó.

—Sigamos con la próxima —sugirió Talia—. Ah. Bien. Ésa me encanta. Lástima que se vea ese coche al fondo.

—Es difícil alcanzar la perfección —dijo Kane con gesto filosófico —. ¿Qué opinas de la textura?

—Fabulosa —sonrió sin saber de qué le estaba hablando.

Otro clic. Otra diapositiva.

—¿Qué diablos…? —Talia se inclinó para tratar de descifrar la confusa imagen.

—Me tropecé y la cámara se disparó sola —suspiró él—. Debería arrojarla al cesto de basura.

—No estoy segura —frunció el ceño en actitud pensativa—. Ampliada y enmarcada se vería como muestra de arte moderno. De la escuela de Nueva, York, por ejemplo.

—Estamos en California —le recordó y pasó a la siguiente diapositiva—. Ésta es interesante. La tomé una tarde cuando regresaba a casa de la oficina. La llamaré «Atardecer sobre el Capitolio». Quizá puedas vendérsela al gobernador. Si es que no le importa esa extraña tonalidad de atardecer. Estaba experimentando con mis filtros nuevos —explicó a modo de disculpa—. Aquí tienes una hermosa serie que tomé a lo largo del río Sacramento.

—Mmm… Me gustan.

En la íntima oscuridad del salón, las imágenes del río brillaron una tras otra sobre la pared blanca. La sensación era muy agradable, pensó Talia. El brazo de Kane sobre sus hombros era cálido y protector. Las risas y los comentarios habrían hecho pensar a cualquiera que formaban una pareja estable y armoniosa. Inconscientemente, se acercó más al tibio cuerpo varonil.

—¿Ésa está al revés? —preguntó en un momento determinado.

—No, siempre me pongo de cabeza cuando fotografío monumentos históricos.

—Estaba segura de que me darías una explicación lógica —asintió satisfecha.

—Es muy fácil criticar —gruñó, deslizando la mano que había estado acariciando el hombro femenino a lo largo de la curva de la garganta y debajo del mentón. La obligó a levantar la cabeza y se volvió para besarla.

—¿Kane?

—Shhh… murmuró contra los delicados labios. —Estoy imaginando una fotografía estupenda. Me gustaría tomar un primer plano de esta boca— susurró con voz ronca. —Aunque no creo que una fotografía pueda hacer justicia a la realidad.

—¡Oh, Kane!

Con un leve estremecimiento, Talia se entregó al beso. Se prometió que sería una entrega momentánea. Sólo mojaría los labios en el pozo de excitación que él parecía prometer.

Esa noche, Kane estaba decidido a actuar con cautela. Sus labios se movieron bajo el contacto de su lengua. Talia sintió que una ola de deseo estallaba en su interior y alzó los brazos para jugar con el vello pelirrojo.

En la pared frente a ellos, la última diapositiva se desplegó ante una audiencia indiferente. El único sonido en la habitación era el suave zumbido que emanaba del proyector, un telón de fondo para los débiles gemidos de placer que Kane arrancaba de los labios de Talia.

Lenta e inevitablemente, la tumbo sobre el sillón y le cubrió el cuerpo con el suyo.

—Me gustan los sonidos que emites cuando te sientes renacer bajo mis manos —susurró—. Y el modo en que tu cuerpo tiembla cuando lo toco.

—No quise… no fue mi intención… —Se detuvo con un suspiro. Kane comenzó a desabrocharle la blusa.

—Lo sé, cariño, lo sé. Te deseo mucho, te he deseado durante todo el día. ¡No pude alejarte de mi mente ni por un segundo!

Como queriendo castigarla por haber invadido sus pensamientos, Kane le mordió la punta de la oreja con sensualidad. Cuando ella intentó girar la cabeza para defenderse, él le cogió la garganta con dedos suaves y la sujetó con firmeza para deslizar la lengua por su cuello. Talia se estremeció.

Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Kane le había abierto la blusa, quitado el sujetador y tomado un seno entre sus manos.

—¡Ah!

El cuerpo masculino se puso rígido. Los dedos de Talia le agarraron del pelo, forzando la cabeza hacia abajo. Los labios de Kane capturaron el turgente pezón y la lengua delineó la rosada redondez mientras que una mano acariciaba el estómago desnudo. Talia arqueó el cuerpo, buscando más calor.

—Así me gusta cariño —murmuró él—. Entrégate a mí. Te necesito mucho esta noche. ¡Creo que enloqueceré si no resuelvo el resto del misterio!

Talia quiso preguntar a qué se refería, pero los dedos masculinos se movían con impaciencia hacia la cremallera de los pantalones blancos. Con compartida excitación, ella comenzó a desabrochar la camisa de cuadros.

Con un suspiro satisfecho, dibujó pequeños senderos íntimos entre el vello pelirrojo. No podía detenerse y él debía intuirlo.

Una parte o ella sabía que no podía sentirse tan atraída hacia un hombre como Kane Sebastian. Pero otra voz en su interior le repetía que, aunque provenía de un mundo que ella detestaba, Kane era diferente. Tenía la impresión de que había creído la versión del escándalo que ella le había contado. Al menos no había hecho comentarios. Y además la estaba ayudando a encontrar a Justin Westbrook. Era obvio que sentía algo por ella, se dijo Talia, algo tan fuerte como lo que ella sentía. Le habían dicho que podía suceder de ese modo. El amor podía llegar de improviso…

Era imposible pensar racionalmente en ese momento. Kane le quitó los pantalones y levantó la cabeza para contemplar el cuerpo

femenino, sólo cubierto por unas braguitas de encaje.

—Me siento un poco mareado —comentó con voz hambrienta y acariciándola—. Eres como una droga.

Las miradas se encontraron en una silenciosa aceptación de la corriente sensual que fluía entre ambos. Le deseaba, pensó Talia. Deseaba que le hiciera el amor con apasionamiento y que después la estrechara entre sus brazos para hablar sobre el futuro que les aguardaba.

Cuando una mano inquieta acarició el suave interior de su muslo, Talia presintió que había llegado el momento de sacar fuera tanta pasión contenida.

—Por favor, Kane…

—Sí —prometió—, sí…

Se puso de pie y la cogió en sus brazos. La condujo fuera de la habitación, deteniéndose nada más que para apagar el proyector.

Entraron en un dormitorio a oscuras y Kane depositó el cuerpo desnudo sobre la enorme cama.

Bajo la luz de la luna, los ojos verdes brillaban como el fuego mientras las manos firmes desabrochaban el cinturón y se deshacía del vaquero.

Por un instante, Kane pareció dudar, como si esperara la silenciosa aprobación de ella para convertirse en su amante.

La idea de que Kane Sebastian mostrara un deje de inseguridad divirtió a Talia, que sonrió para sus adentros, alimentando la sensación de poder femenino en que había comenzado a sentir que ejercía sobre ese hombre desde el momento en que él había cedido al débil intento de chantaje. Había demostrado ser tan fuerte como él, se le había resistido. Y en esa ocasión se unirían en un plano de igualdad. Como amantes.

Abrió los brazos en silencio para recibirle.

—¡Talia! No te arrepentirás, cariño. ¡Te lo prometo!

Las palabras se confundieron con un torrente de besos que los labios masculinos desparramaron por la piel rosada y ardiente.

—¡Kane! Te deseo tanto, Kane…

Deseaba algo más. Deseaba gritar que había descubierto el amor, que no podía amar a otro que no fuera él.

—Me tendrás, cariño… —prometió en tono algo salvaje—. Y yo te tendré a ti.

Deslizó la boca hasta el estómago y las caderas y la besó una y otra vez, hasta que ella no pudo resistirlo más.

—¡Por favor, Kane! Ahora. Te necesito ahora.

A pesar del ruego desesperado, Kane contuvo el deseo para que sus dedos recorrieran las esbeltas piernas y descubrieran el cálido y delicado triángulo, el centro de la femineidad de Talia.

—¡Kane! —gritó, creyó enloquecer.

—Querida Talia —dijo él contra la piel candente—. Escúchame. ¿Has tomado precauciones? Quiero decir… ¿contra el embarazo?

Escuchó las urgentes palabras y meneó la cabeza, preguntándose cómo había podido olvidar algo tan crucial. ¿Qué le hacía ese hombre que ni siquiera le permitía pensar con claridad?

—No, oh, Kane, no. Lo… lo siento… —¿cómo explicar que la situación no era nada normal para ella? ¿Que hacía tanto tiempo que no sentía amor…?

—Está bien, querida —la tranquilizó y Talia creyó adivinar satisfacción en las palabras—. Yo me ocuparé de todo.

Se apartó y buscó algo dentro del cajón de la mesilla de noche.

Regresó a los pocos minutos, con el cuerpo más rígido y hambriento que nunca.

—Es una tentación no tomar precauciones —comentó, enredando los dedos en el pelo femenino—. ¿Entiendes lo que quiero decir, Talia?

Talia sonrió casi con timidez.

—Esta noche —continuó— me doy cuenta de que una parte de mí desea que te quedes embarazada para así encadenarte a mi lado…

Inclinó la cabeza, separó los rosados muslos con sus vigorosas piernas y dejó escapar un desesperado gemido.

—Pero no poseo ese derecho —susurró—. Aún no… Aún no…

—¡Kane! ¡Oh, Dios!

Se estrecharon en un abrazo salvaje, meciendo sus cuerpos con desenfrenada desesperación. Talia respondía con una ansiedad desconocida, puesta de manifiesto con murmullos roncos y suspiros ahogados.

—¡Talia! —exclamó Kane con voz teñida de deseo. En un intento deliberado por controlar la excitación de ella refrenó el ritmo de sus movimientos, dilatando el gozo final hasta que los sentidos femeninos estuvieron a punto de estallar.

Pero las suaves y dulces súplicas aniquilaron su autocontrol y el

violento compás de los cuerpos alcanzó un nivel embriagador.

Entregándose al maravilloso y nuevo momento, Talia se estrechó contra él y levantó su cuerpo para sentir una unión más plena.

Y entonces, de pronto, todo pareció sacudiese a su alrededor y el mundo se desintegró en pequeños y brillantes fragmentos de colores. Gritó el nombre de Kane y su cuerpo se estremeció con brutalidad.

Kane pronunció un quejido inarticulado y hundió el rostro en el pecho femenino.

Permanecieron aferrados hasta que la nube sobre la cual se encontraban suspendidos se disolvió con lentitud y los depositó sobre las suaves sábanas de la cama.

Talia abrió los ojos al sentir que Kane giraba su cuerpo hacia un lado. Le miró con expresión amorosa y aguardó, ansiosa por escuchar las palabras que necesitaba con desesperación. Palabras acerca de un futuro que ambos compartirían.

—Talia, mi dulce Talia —susurró Kane, observándola.

Tal vez fue el matiz humorístico que creyó reconocer en los ojos verdes. O quizá la satisfacción que parecía emanar de Kane, una satisfacción que iba más allá de lo físico. Fuera cual fuese la señal, los instintos de Talia le advirtieron que las palabras que estaba a punto de escuchar no eran las que ella deseaba oír.

—Te traje aquí esta noche para desenmascarar tu farsa —dijo con una sonrisa arrogante—. ¿No te diste cuenta?

La calidez comenzó a abandonar su cuerpo mientras le miraba con confusión.

—¿Mi farsa? —repitió con los labios repentinamente secos.

—Sí, tu farsa. No es bueno que un hombre permita a una mujer utilizar el chantaje antes de comenzar una relación. ¿Qué pasaría si te dijera que te he estado mintiendo durante los últimos días, cariño? —agregó.

Talia no dejaba de mirarle con estupor.

—¡Mintiendo! ¿Acerca… acerca de qué?

—Del telegrama a Sudamérica, por supuesto. ¿De qué otra cosa podía ser? ¿Qué vas a hacer, Talia Haywood, supuesta chantajista, ahora que sabes que nunca envié ese telegrama ni tengo intención de hacerlo? ¿Acaso creíste que me iba a someter a tu plan de soborno con tanta facilidad?

—¡Pero, Kane! ¡Me aseguraste que lo habías enviado! —Meneó la

cabeza. No era el hecho de que él se negara a colaborar en la búsqueda de Westbrook lo que le dolía y molestaba. Westbrook no importaba en ese momento. ¡Lo único que importaba era Kane Sebastian y le estaba diciendo que la había engañado!

—Estaba ganando un poco de tiempo —explicó con una sonrisa—. El tiempo necesario para determinar la naturaleza de mi atormentador. Ahora, sé la verdad. No estás dispuesta a proporcionar tu información a la prensa, ¿verdad, querida? Admítelo, Talia. ¡Admite que todo fue una farsa!

Talia vaciló. Trató de ordenar sus caóticas emociones para juntar el coraje suficiente que le permitiera dejar la cama y marcharse de ese lugar.

—¿Por eso me hiciste el amor, Kane? —susurró con voz sofocada —. ¿Para satisfacer tu ego machista? ¿Para terminar confesando que jamás tuviste intención de ayudarme?

Los ojos verdes perdieron el toque de humor.

—Sólo quiero que aceptes la verdad. Que reconozcas que jamás habrías llevado a cabo tus amenazas. Tú no eres así, ¿no es cierto, Talia? Lo supe desde un principio, pero necesitaba estar seguro. Eres demasiado dulce, demasiado buena. ¡Maldición! Cuando pienso en lo que Hazelton te hizo…

Pero Talia había escuchado lo suficiente. Se sentó con brusquedad y se cubrió con una sábana. El pelo despeinado caía en desorden sobre sus hombros y los ojos color castaño brillaban con furia.

—Maldito seas, Kane Sebastian —siseó.

—Admítelo, Talia —le ordenó, sentándose junto a ella—. Quiero escuchar las palabras de tu boca.

—De acuerdo —replicó con ira—. ¿Por qué no habría de hacerlo? ¡Después de todo, tú has triunfado! Me enseñaste una lección. La misma que me enseñó Hazelton hace tres años. No volveré a cometer el error de relacionarme con hombres tan poderosos como vosotros. Sois todos iguales, ¿verdad? Lo supe al minuto de conocerte. Pero eres más inteligente que Hazelton, lo reconozco. Me engañaste de veras. Por supuesto que nunca confiaría la información que poseo a la prensa. Jamás pensé en cumplir mis amenazas. Estás en lo cierto, no tengo las agallas suficientes para ser una chantajista. Sin embargo, podrías haberme desenmascarado antes de montar la escena final de la seducción, hubiera sido más generoso por tu parte. Aunque solamente

un tonto esperaría generosidad de un hombre como tú o como Hazelton.

—¡Talia! Cálmate y escúchame, gatita salvaje —la apremió en tono tranquilizador. ¿Qué diablos creía estar haciendo ahora?—. Todo ha terminado. Tú jugaste a la chantajista y yo descubrí tu juego. Estamos en paz, querida. No podía dejar que pensaras que me habías engañado.

—¡No lo pensé! —gritó—. Al menos no después de nuestra primera cita en tu oficina. Cuando acabamos de cenar esa noche, tuve la impresión de que estabas ayudándome porque deseabas hacerlo. Y no te atrevas a decir que estamos en paz. ¡No lo estamos! ¡Has triunfado y lo sabes muy bien!

Comenzó a retroceder en la cama, arrastrando la sábana para tapar su cuerpo desnudo. Con un movimiento rápido y seguro, Kane alargó una mano y la cogió de la muñeca.

—Tranquilízate —le aconsejó—. No te enfurezcas conmigo. Merecías un castigo por tu estúpido intento de soborno. Pero todo ha terminado. Estoy satisfecho y tú has admitido que ese tipo de juego no es tu estilo. No he dicho que no te vaya a ayudar. Sólo quise aclararte que no lo haré bajo la presión del chantaje.

—¡Has sido muy claro! —Luchó en vano por liberar la mano. La furia y la humillación la hicieron ruborizarse. ¡Al menos con Derek Hazelton se había ahorrado la escena de la cama! Jamás hubiera hecho el amor con ese hombre. Sin embargo, había caído en la trampa de Kane Sebastian con una ingenuidad poco común.

—Si he sido claro —dijo él con tono gentil—, entonces regresa a la cama y utiliza otras tácticas. Soy fácil de persuadir, ¿sabes? —agregó con una sonrisa sugestiva—. Pero preferiría que recurrieras a otros medios y no al chantaje…

Nunca terminó la frase. Talia soltó la sábana, alzó la mano con violencia y la dejó caer con fuerza sobre la mejilla varonil.

No fue una bofetada muy femenina. El golpe obligó a Kane a liberarle la mano. Miró a Talia con consternación y se acarició la enrojecida mejilla.

—¿Tener un romance contigo? ¿Es ése el precio que debo pagar? Olvídalo. No lo haré. Si no me crees, ¡pregúntaselo a Derek Hazelton!

Estaba de pie junto a la cama, exhibiendo con orgullo su desnudez. Antes de que él pudiera responder, se dio la vuelta y dejó la

habitación con paso altivo.

—¡Talia! ¿Adónde diablos crees que vas?

Kane saltó de la cama. Talia no miró hacia atrás. Se encaminó al baño con decisión, abrió el grifo de la ducha y entró en la bañera. La puerta del baño se abrió mientras el agua tibia se deslizaba por su cuerpo.

—¿Qué haces? —gritó Kane.

—¿Qué crees? Estoy tratando de asearme. ¡Me siento algo sucia!

Un largo momento pasó durante el cual Talia se frotó la piel con vigor. Ya estaba terminando cuando Kane abrió la mampara de la ducha y se le unió con expresión rígida. Los ojos verdes eran como dos cubos de hielo.

—Si continúas portándote de ese modo voy a perder la paciencia —amenazó.

Talia ignoró el furioso comentario y prosiguió con su tarea, rehusando mirarle a los ojos. Desvió la mirada del poderoso cuerpo masculino. Pensar que apenas unos minutos antes había estrechado ese cuerpo con amor y pasión… Y él sólo había estado jugando con ella. Castigándola.

Cuando intentó salir de la bañera, Kane se lo impidió.

—Escúchame, Talia…

—No digas nada más, por favor… —le suplicó sin tratar de resistirse.

—¡Estás actuando y lo sabes! Merecías una lección.

—La merecía —asintió—. Y, sí, estoy actuando —fijó la mirada en la puerta de la ducha, esperando a que él le permitiera salir de la bañera. La intima proximidad la alteraba sobremanera. ¿Por qué la seducía con tanta facilidad? ¿Cómo había podido creer estar enamorada de él?

Kane aguardó con aire de sospecha, convencido de que ella se defendería. Pero Talia permaneció muda y él se echó a un lado para dejarla pasar.

—De acuerdo —dijo con lentitud mientras ella salía de la bañera y cogía una toalla—. Estaré contigo en unos minutos. Beberemos café y charlaremos.

Talia casi no escuchó la última palabra. Ya estaba fuera del baño, recogiendo su ropa desparramada sobre el suelo de la habitación.

Para cuando Kane cerró el grifo de la ducha, ella ya estaba vestida

y camino de la puerta principal. Kane la descubrió y la siguió por el vestíbulo de entrada.

—Regresa Talia. No vas a ir a ninguna parte y lo sabes. ¿Qué piensas hacer? ¿Crees que vas a encontrar un taxi a tantos kilómetros de la ciudad?

Talia abrió la puerta y la cerró con rapidez. Pasó junto al Lotus y tomó la calle principal que llevaba al portón custodiado. Seguramente hallaría a alguien allí dispuesto a ayudarla, pensó.

Mientras caminaba por la calle, escuchó el ruido de una puerta que se abría y cerraba con violencia. A los pocos minutos, el Lotus se detuvo junto a ella.

—Sube —le ordenó Kane con ira.

—No, gracias —respondió al tiempo que se daba la vuelta para mirarle y desaceleraba el paso—. Caminaré.

—No seas tonta, Talia. Sube y te llevaré de regreso al hotel si eso es lo que deseas —exclamó.

Talia le miró por unos segundos y decidió que tal vez dijera la verdad.

—Si no me llevas al hotel, gritaré tan fuerte que tus vecinos avisarán a los guardias del portón de entrada —aseveró.

—¿Más amenazas? —murmuró Kane.

—Esta vez es en serio, Kane.

—Te creo —contestó, mirándola a los ojos con fijeza—. Sube —suspiró.

Sin pronunciar ni una palabra, Talia abrió la puerta del coche y se deslizó en el asiento. Kane aferró el volante con firmeza y condujo en silencio hacia Sacramento.

—Vendré a verte antes de ir para la oficina mañana —dijo por fin cuando se detuvieron frente a la puerta del hotel—. Tomaremos una taza de café y hablaremos. ¿De acuerdo?

Talia asintió con la cabeza. No le importaba. Para entonces ya estaría demasiado lejos.

# Capítulo 5

Era casi mediodía, tres días más tarde, cuando Karen Thornton, recepcionista y secretaria general del Instituto de Capacitación Administrativa asomó la cabeza por la puerta de la oficina de Talia.

—Lamento interrumpirte —dijo con una sonrisa hacia el hombre distinguido y de mediana edad que estaba sentado frente a Talia—, pero hay alguien que desea verte, Talia.

—¿Un estudiante?

Talia frunció el ceño y levantó la vista del informe de ventas que estaba revisando con su jefe, Harold Grayson. Grayson era el dueño del Instituto de Capacitación Administrativa y en él, Talia había encontrado por fin un hombre que practicaba lo que predicaba: una conducta seria y ética. Tal vez se debía a que no existían posiciones administrativas o vicepresidencias a las que Talia o los otros profesores pudieran aspirar. El instituto era pequeño, compuesto básicamente por el personal de enseñanza, Karen y Harold. Harold podía desempeñar el papel de líder respetado con toda tranquilidad.

—No, no se trata de un estudiante. No quiso dar su nombre, pero no creo que sea un asunto personal. El hombre se ve… —Karen dudó y frunció el ceño con expresión vacilante—. Tiene, aspecto demasiado formal.

—Atiéndele, Talia —dijo Harold mientras se ponía de pie—. De todos modos, ya es hora de comer. Podemos revisar el informe esta tarde.

Al salir de la oficina, sonrió a la hermosa y rubia secretaria. Karen devolvió la sonrisa casi automáticamente.

—¿Le digo que pase? —preguntó a Talia.

—Sí —asintió al tiempo que recogía los gráficos y los diagramas que había estado estudiando y los apilaba cuidadosamente. Extendió una mano y tomó su taza de café. Estaba muy cansada. A decir verdad, se había sentido cansada e inquieta desde su regreso a San José tres días atrás. El trabajo no lograba adormecer el dolor de su corazón ni borrar el recuerdo de su estupidez.

Se acercó a la ventana con la taza de café en la mano, esperando a que Karen apareciera con el visitante. A Talia nunca le había gustado mucho San José. Era una de las ciudades más prósperas de la nación y se extendía desde el extremo sur de la bahía de San Francisco.

La última noche en Sacramento… Cerró los ojos y bebió un sorbo de café. Había sido una tonta. ¿Cómo podía haber imaginado que sentía amor por Kane Sebastian? Apenas se conocían. Ningún hombre la había afectado tanto, ni despertado pasión con tanta facilidad. Se estremeció al recordar cómo se había entregado a él. Daría cualquier cosa por olvidar esa noche.

—Su visita, señorita Haywood —anunció Karen con formalidad desde la puerta y con un deje de reproche en la voz. No le gustaban los clientes que se negaban a ser presentados adecuadamente.

Talia se volvió con una sonrisa amable en los labios. Un hombre de estatura mediana y unos cuarenta años de edad estaba de pie junto a Karen. Llevaba un traje muy clásico que no alcanzaba a disimular una incipiente barriga. El pelo era rubio e iba bien peinado, los ojos castaños miraban con frialdad y distancia. El rostro era bastante atractivo, pensó Talia, si uno pasaba por alto ese atisbo de debilidad reconocible detrás de la rígida mirada.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó con calma, casi contenta de tener una excusa para no pensar en lo sucedido en Sacramento. Se aproximó al escritorio y señaló una silla al otro lado.

El hombre asintió con la cabeza y extrajo una pequeña cartera de su chaqueta mientras Karen cerraba la puerta a sus espaldas.

—Aaron Pomeroy, señorita Haywood, del
F. B. I.

Abrió la cartera para que ella pudiera ver la placa y la cédula de identidad. Talia estaba demasiado sorprendida para poder leer. Ni siquiera tuvo tiempo para darse cuenta de que la fotografía de la cédula coincidía apenas vagamente con el hombre que había de pie

frente a ella.

—

¡F. B. I.!

—repitió al tiempo que Pomeroy guardaba la cartera—. ¿Qué diablos quiere de mí? —se dejó caer en su silla.

Pomeroy tomó asiento y sonrió con un aire de profesionalidad que irritó a Talia.

—He venido a hacerle unas preguntas acerca de un hombre llamado Justin Gage Westbrook, señorita Haywood —explicó.

Talia le miró fijamente y se dio cuenta de que la sonrisa de Aaron Pomeroy no llegaba hasta los ojos castaños que permanecían fríos. En realidad, pensó, parecían de mármol. Se estremeció. ¿Qué habría hecho?

—Lo siento, señor Pomeroy, me ha tomado por sorpresa. ¿Qué puede querer el

F. B. I.

de mí o del señor Westbrook? —Intentó serenarse. Un timbre de alarma resonó en sus oídos, un sonido desconocido, pero que no podía ignorar. Quizás era la reacción lógica que los agentes del

F. B. I.

provocaban en las personas. Su mente se aceleró y repasó una lista de posibles abogados. Absolutamente ridículo. No había hecho nada ilegal.

—No tiene por qué preocuparse, señorita Haywood —le aseguró Pomeroy con un falso tono tranquilizador que la enfureció todavía más. Parecía satisfecho con el evidente impacto que había causado en ella. ¿Por qué todos los hombres de la tierra pensaban que podían intimidarla con facilidad? ¡Maldición! Parte de sus impuestos estaban destinados a pagar el salario de ese hombre. Podía decirse que trabajaba para ella.

—Me alegra escuchar eso —respondió con seriedad.

—Pero me gustaría formularle algunas preguntas —insistió—. Nos ha llamado la atención que usted haya estado indagando acerca de la carrera del señor Westbrook recopilando información aun cuando se le ha comunicado oficialmente su muerte en África. ¿Correcto?

¿A qué venía ese interrogatorio? Que ella supiera, Westbrook no había trabajado nunca para el

F. B. I.

La profesión de Justin le había llevado siempre a otras partes del mundo y todos sabían que el
F. B. I.
se limitaba a atender asuntos domésticos.

—He hecho algunas averiguaciones —confesó con cautela—. Pero a modo de pasatiempo. Era amigo de mi padre y… bien, mi familia y yo siempre nos preguntamos qué había sido de él.

Elegía las palabras con cuidado y procuraba mostrarse serena. Sin embargo, tenía las palmas de las manos sudorosas.

—¿Recibió un informe sobre su muerte hace un par de años?, ¿verdad?

—Sí.

—No obstante, ha estado preguntando acerca de un trabajo que llevó a cabo un año antes de su muerte. Un trabajo en Sudamérica. ¿Puedo preguntar por qué, señorita Haywood?

Talia le observó con desconfianza. Ese hombre no le gustaba. Le inspiraba recelo. ¿No se suponía que los agentes del
F. B. I.
eran competentes, patriotas y afables?

—Curiosidad, señor Pomeroy —afirmó—. Simplemente trataba de rastrear la carrera de Westbrook hasta el momento de su muerte. Eso es todo.

—Comprendo.

Aguardó, pero ella rehusaba proporcionar más información de la necesaria. Una técnica administrativa elemental, se recordó. Esbozó una sonrisa insulsa.

Pomeroy se aclaró la garganta y se lanzó al ataque.

—El
F. B. I.
está interesado en saber si usted, señorita Haywood, tiene alguna razón para creer que Justin Westbrook aún está con vida. Y si ése es el motivo por el que ha estado haciendo averiguaciones últimamente.

Bien, eso era bastante fácil de responder.

—Ninguna razón en absoluto, señor Pomeroy. No cuento con ningún fundamento para creer que esté vivo.

«Tan sólo mi intuición», pensó en silencio, «que no pienso compartirla con el
F. B. I.

Al menos con este representante en particular».
—¿Entonces por qué fue hasta Sacramento hace un par de días para entrevistar al presidente de la compañía para la que Westbrook estuvo trabajando cuando estaba en Sudamérica?
Se inclinó con aire satisfecho, seguro del efecto que sus palabras hablan producido.
—Sacramento no queda tan lejos, señor Pomeroy —explicó. El timbre de alarma resonaba con más fuerza en su cabeza. ¿Cómo se había enterado Pomeroy de ese viaje? ¡Por Dios! ¿La estaría siguiendo el
F. B. I.?
—. Simplemente me reuní con el presidente de la compañía porque pensé que tal vez tendría algo interesante para decirme acerca de Westbrook. No fue así.
—¿Entonces, por qué, señorita Haywood, permaneció tres días en Sacramento?
Algo más que simple precaución comenzó a guiar las respuestas de Talia. Se encontró pensando en términos de supervivencia. No suya… sino de Justin Westbrook. ¿Y si aún estaba vivo? ¿Le estaría perjudicando con su búsqueda? Por primera vez consideró las posibles implicaciones de que Westbrook estuviera con vida. Una sensación de lealtad se apoderó de ella.
Westbrook había sido el mejor amigo de su padre durante la guerra de Corea y los años posteriores. Talia sabía que se habían salvado la vida mutuamente. Y aunque el contacto se había debilitado con el tiempo, ella jamás había dudado de que siempre había existido una relación especial entre su padre y Justin Westbrook.
Y ahora el
F. B. I.
hacía preguntas. Se le ocurrió que si el
F. B. I.
no podía encontrar a Justin era porque él lo quería así. Y la única razón lógica para que Pomeroy estuviera en su oficina ese día era porque el
F. B. I.
no creía que Westbrook estuviera muerto.
Resistió el impulso de humedecerse los labios secos. En cierto modo, había heredado el manto de amistad que Justin había

compartido con su padre. No podía explicarlo, pero sentía cierta responsabilidad hacia esa extraña y fascinante figura de su infancia. Y sentía responsabilidad hacia su padre muerto.

Forzó una sonrisa, pero no necesitó esforzarse p ara ruborizarse. Sucedió con naturalidad.

—Señor Pomeroy, es cierto lo que le dije acerca de que Sistemas de Energía Interfacial no pudo ayudarme. Sabían muy poco sobre Justin Westbrook. Sin embargo, el señor Sebastian y yo… —Se calló deliberadamente.

—¿Sí, señorita Haywood? —la urgió Pomeroy, entrecerrando los ojos.

—El señor Sebastian y yo nos hicimos buenos amigos —concluyó en voz baja y con expresión avergonzada. Esperaba poder engañar a ese hombre—. Me invitó a cenar y yo acepté. Una cosa condujo a la otra y… —Hizo un gesto con la mano como sugiriendo el resto de la frase.

—¿Quiere decir que se quedó tres días en Sacramento por una cuestión personal? ¿No debido a que Sistemas de Energía Interfacial le estuviera proporcionando información?

—Me temo que así fue. Desde un principio, me comunicaron que no poseían datos importantes con respecto a Westbrook.

—Seré franco con usted, señorita Haywood. Si tiene algún indicio de que Justin Westbrook está vivo, necesitamos conocerlo. La información podría ser crucial —pareció dudar y luego tomar una decisión—. Existen motivos para creer que durante sus últimos años, Westbrook actuó en contra de los intereses de su país.

Esas palabras terminaron de convencer a Talia. ¿Justin Westbrook un traidor? Imposible. Los hombres como su padre y Justin Westbrook no se volvían en contra de su país. No tenía ninguna duda de ello. No ayudaría a Aaron Pomeroy.

—No comprendo qué tipo de información podría obtener yo que ustedes no posean, señor Pomeroy. Sus recursos de investigación son muy superiores a los míos. De todos modos, le aseguro que, en lo que a mí respecta, Westbrook está muerto. Sólo pretendí reconstruir la historia de su inusual carrera por una cuestión de interés familiar. Y jamás soñé con que la historia pudiera continuar después de la confirmación de su muerte en África.

—¿Y está segura de que permaneció tres días en Sacramento nada

más que por su… interés por Kane Sebastian?

¿Por qué insistía con eso?

—Por supuesto, señor Pomeroy —dijo con calma y forzando una sonrisa encantadora—. ¡No pasé casi toda la noche en casa de Kane Sebastian para charlar sobre Westbrook!

—¿Pasar la noche? Ah, comprendo… —carraspeo—. ¿Está diciéndome que tuvo una relación con Sebastian en apenas tres días?

—A veces sucede de ese modo —contestó, luchando por no demostrar su amargura—. Oh, vamos, señor Pomeroy, ¿va a decirme que el
F. B. I.
no cree en el amor a primera vista? —No podía creer lo que estaba diciendo.

—¿Volverá a ver a Sebastian? —Pomeroy no parecía divertido.

—Espero que sí.

—Al
F. B. I.
no le interesan sus relaciones personales. Pero nos gustaría que nos mantuviera informados si llega a descubrir algo que pueda indicar que Westbrook no murió en África. ¿He sido claro, señorita Haywood?

—Muy claro.

—Le daré un número telefónico en caso de que necesite llamarme.

Talia observó cómo escribía el número en un pedazo de papel y lo dejaba sobre el escritorio. Extendió una mano y lo cogió.

—Le avisaré si llego a saber algo —mintió—. Aunque, a decir verdad, pienso que mi búsqueda ha concluido. Me hubiera gustado poder llenar los vacíos de información con respecto a la carrera de Westbrook en Sudamérica, pero no parece posible. ¡Y por cierto no quiero seguir ahondando en el tema para descubrir que un viejo amigo de mi familia se convirtió en un traidor!

—Comprendo —aseguró Pomeroy—. Pero el
F. B. I.
siempre cuenta con la cooperación de los ciudadanos, de modo que por favor, llame a este número si descubre algo que pueda sernos útil.

—Entiendo, pero como le dije, he puesto punto final a mi pasatiempo —insistió ella mientras le acompañaba hasta la puerta—. Además —murmuró con una sonrisa insinuante—, he encontrado cosas que me interesan más.

Aaron Pomeroy le lanzó una mirada gélida. ¡Por Dios! Los ojos castaños debían ser cálidos, no fragmentos de mármol oscuro y opaco, pensó Talia con incomodidad.

—¿Sebastian?

Talia asintió y abrió la puerta.

—Estoy en deuda con Westbrook, ya que gracias a él le conocí —sonrió.

Quizá fue el inevitable destino que ella había tentado tantas veces durante los últimos momentos lo que hizo aparecer a Kane Sebastian en el instante mismo en que Talia escoltaba a Aaron Pomeroy fuera del Instituto de Capacitación Administrativa.

Quizá fue simplemente la mala suerte que se obstinaba en acompañarla últimamente.

Fuera cual fuese la razón, fue demasiado para Talia. Su sistema nervioso amenazaba con estallar.

Kane estaba de pie frente al escritorio de Karen, el rostro serio y concentrado mientras hablaba en voz baja con la secretaria. Los vaqueros ceñidos y la camisa desabrochada del cuello despertaron en Talia viejos recuerdos. «Como si necesitara más recuerdos», pensó con amargura. ¿Qué estaba haciendo Kane allí? ¿La buscaba para seguir atormentándole?

No había tiempo para insultarle, ni exigirle explicaciones. Aaron Pomeroy también había visto al hombre alto y delgado que se encontraba en el vestíbulo y, por la expresión de su rostro, Talia supo que le había reconocido.

En ese instante, Kane volvió la vista y clavó sus ojos verdes en el sorprendido rostro femenino. Ignoró por completo al hombre que estaba junto a ella y comenzó a acercarse con paso decidido.

Talia comprendió que tenía que hacer algo. Había sugerido a Aaron Pomeroy que existía un romance entre Kane Sebastian y ella. Debía confirmarlo.

—¡Kane! ¡Lo conseguiste! ¡Me alegro tanto! ¡Temí que tuviéramos que esperar hasta el próximo fin de semana!

Desplegando toda su capacidad de actriz, Talia se apartó de Pomeroy y sonrió a Kane con la mayor naturalidad posible.

Con las manos extendidas para coger las de él, se puso de puntillas y alzó la boca para recibir un beso. Kane entrelazó sus dedos con los de ella, ejerciendo una presión tan fuerte que casi la hizo gritar.

—Hola, cariño —gruñó y depositó el beso de bienvenida que ella estaba esperando. Solamente Talia advirtió la feroz rigidez de la boca varonil y la fuerza brutal que ceñía sus dedos hasta ponerlos blancos.

—Kane, cariño, quiero que conozcas a alguien. Un tal señor Pomeroy…

Se dio la vuelta para presentarlos en el preciso momento en que la puerta de salida se cerraba detrás de su reciente visita. Talia se quedó mirando la puerta cerrada con estupor.

Con lentitud, se volvió hacia Kane y trató de liberar sus manos. Kane le soltó una, pero se negó a dejar la otra.

—Lamento no haber conocido a tu visita, cariño —comentó—. ¿Pero por qué no prosigues con las presentaciones? Estaba a punto de decirle a esta señorita quién soy.

Esperó, desafiándola con la mirada. Talia se dio cuenta de que tenía que continuar con la farsa. Kane la estaba obligando a terminar lo que había empezado.

—Por supuesto —concedió, negándose a ser intimidada. ¿Acaso no acababa de enfrentarse con un agente del
F. B. I.?
—. Karen, él es Kane Sebastian, un… amigo mío…

—Encantada, señor Sebastian —asintió la secretaria con evidente aprobación—. La señorita Haywood ya está libre. ¡Adelante!

—Gracias. —Kane le dirigió una sonrisa cautivadora y se volvió con impaciencia hacia Talia.

No tenía opción, pensó Talia con pesar. Alzó la cabeza sin dejar de sonreír y le guió hasta su oficina.

En cuanto entraron, ella cerró la puerta y giró para observar a Kane, que contemplaba la habitación con curiosidad.

—Muy bien, Kane. ¿Qué quieres?

Kane se aproximó a la ventana y miró hacia afuera. La vista no era como la que él gozaba desde su oficina. El Instituto de Capacitación Administrativa ocupaba el segundo piso de un típico edificio de oficinas.

—He venido a verte, naturalmente —miró por encima del hombro —. Y tuve la extraña impresión de que te alegrabas de verme.

Talia juntó coraje y mantuvo la mirada fija.

—Llegaste en un momento inoportuno —afirmó con frialdad—. Aunque cualquier otro momento hubiera sido inoportuno también.

—Siempre alimentando mi ego…

—Ya lo alimenté lo suficiente —replicó con furia.

—¿A qué se debió la escena de bienvenida en el vestíbulo?

—El hombre que estaba conmigo…

—¿Un ex amante?

La pregunta fue tan cortante como un puñal, pensó Talia.

—No exactamente. Era un agente del
F. B. I.
O al menos, eso dijo.

—¿Qué?

Eso acaparó su atención. Se acercó con rapidez a la silla que había ocupado Pomeroy y se dejó caer con una gracia que recordó a Talia otras cosas. Los ojos verdes brillaron.

—Cuéntame todo.

—¿Nadie se puso en contacto contigo? —preguntó con repentino cansancio al tiempo que cruzaba la habitación para tomar asiento en su silla.

—No. ¡Por cierto no el
F. B. I.!

—Quiere saber por qué estoy haciendo preguntas sobre Justin y si creo que aún está vivo. Además, me advirtió que Justin pudo haberse convertido en un… traidor —explicó sin mirarle, con la vista en la ventana. La tensión de su cuerpo era insoportable. Tener que tratar con el
F. B. I.
era difícil, pero encima recibir en su oficina a Kane Sebastian era el colmo de la injusticia. Pero, como decía su padre, el mundo no era siempre justo.

—¿Y qué le dijiste?

Talia se mordió el labio y entrelazó las manos sobre el regazo.

—Le mentí, Kane —susurró con voz casi inaudible—. Me senté en esta silla y mentí a un agente del
F. B. I.
Le dije que creía que Justin estaba muerto y le insinué que existía una… relación entre tú y yo.

—¿Le dijiste que éramos amantes?

El tono indiferente la sorprendió. Asintió con la cabeza.

—Le dije que no habías podido darme información sobre Justin

Westbrook y que después de nuestra primera entrevista, la relación había continuado sobre bases exclusivamente personales. Cuando te vi en el vestíbulo, pensé que valía la pena aprovechar la oportunidad para que la historia pareciera real.

Se hizo una pausa tan larga que ella no tuvo más remedio que mirarle. Kane la observaba con una expresión enigmática que la incomodaba mucho más que los gélidos ojos de Pomeroy. Kane Sebastian poseía el don de hacerla estremecerse de pies a cabeza.

—No adoptes esa actitud asustada —murmuró él—. Después de todo, no mentiste. Somos amantes.

Talia levantó la cabeza con orgullo.

—No estoy de acuerdo —replicó—. ¡Una noche de seducción planeada tramposamente de antemano por tu parte no nos convierte en amantes!

Kane meneó la cabeza y dejó escapar un silbido por entre los dientes.

—No sé cómo lo haces, pero logras que me sienta culpable. Tengo que recordarme todo el tiempo que yo soy el inocente. Tú intentaste sobornarme.

—Si has venido para continuar regañándome, olvídalo. Ya te has cobrado la venganza.

Kane pasó por alto el último comentario.

—¿Por qué huiste, Talia? Te dije que quería hablar contigo.

—No teníamos nada de qué hablar. Ahora, dime a qué has venido, Kane. He tenido un día agotador y no pienso quedarme a escuchar tu discurso machista.

—He venido con un regalo. Intento sobornarte para recuperar tu confianza y afecto —aseveró.

¿Cuánto tiempo pasaría hasta que lograra olvidar esa noche? ¿Cuánto tiempo para borrar la pasión que ese hombre le había despertado?

—No confías en mí, ¿verdad? —aventuró él.

—El sentimiento es mutuo, estoy segura.

Kane respiró profundamente con evidente fastidio.

—¿Ni siquiera te interesa el regalo que te he traído?

—En realidad, no —¡jamás aceptaría algo de él!

—¿Ni siquiera si se tratara de una posible pista del paradero de Justin Westbrook?

# Capítulo 6

Talia le miró, aturdida por el asombro.

—¿Enviaste el telegrama?

—La misma mañana en que huiste —admitió él, fastidiado consigo mismo—. Estaba decidido a hacerlo desde el principio. Sencillamente no quería que creyeras que estabas consiguiendo mi ayuda por medio del chantaje. Pero, cuando fui a buscarte al hotel esa mañana y descubrí que te habías ido de la ciudad, me di cuenta de que sólo un considerable soborno lograría apaciguarte.

—¿Pretendes que me acueste contigo a cambio de información? —susurró, muy tensa.

—Regresar a mi cama sería un lindo gesto de gratitud de tu parte, por supuesto —comenzó a decir Kane con tono pensativo. Pero cuando ella le dirigió una mirada furiosa, levantó una mano con gesto tranquilizador y esbozó una sonrisita derrotada—. No te preocupes. La información te pertenece sin ningún tipo de condición.

—Bien… No sé qué decir, Kane —trató desesperadamente de analizar la situación como les enseñaba a hacerlo a sus alumnos. Ésa era una escena cargada de dinámica de poder y, por lo que ella podía saber, Kane le llevaba ventaja. ¿Qué razón había para que entrara allí y le diera algo sin esperar nada a cambio? ¡Los hombres como Kane Sebastian rara vez eran tan altruistas! ¿De veras creía que ella se iría a la cama con él en agradecimiento por la información? ¿Aún después de lo que él le había hecho?

—Tengo que pedirte algo… —murmuró él con delicadeza.

—¡Ya lo sabía!

—Me gustaría que me dieras una buena explicación acerca de tu amigo Pomeroy. ¿Te parece demasiado? Las cosas parecen haberse complicado un tanto desde la última vez que hablamos concluyó con ironía.

Talia consideró la petición. Necesitaba mucho hablar con alguien y Kane conocía la historia más que ninguna otra persona; además, a pesar de la hostilidad que sentía hacia él, Kane le inspiraba una extraña confianza. Al igual que ella, no pondría deliberadamente en peligro la seguridad de Justin Westbrook. Y sería un gran alivio hablar del asunto con un hombre lógico como Kane.

—Pomeroy me asustó, Kane —declaró con franqueza.

Los ojos verdes se entrecerraron. De pronto, todos los rastros pensativos y tranquilizadores desaparecieron de su expresión.

—¿Te amenazó?

Talia negó con la cabeza. No le gustó el tono duro de Kane.

—No, no, no fue eso. Pero me hizo caer en la cuenta de lo que podría estar haciéndole a Westbrook, lo que ya pude haberle hecho. Si… si Justin todavía está vivo, es probable que tenga una buena razón para no querer que le encuentren. Quizá yo haya abierto un sendero que lleve directamente hacia él; un sendero que alguien como Pomeroy puede seguir. Hay algo extraño en Pomeroy, Kane, y eso también me asusta.

—Continúa.

—Bien, pues ¿por qué tendría el F. B. I. que hacer averiguaciones? Justin no trabajaba para ellos. Con frecuencia se vinculaba con diversas agencias, pero por lo que yo sé, siempre trabajó en países de ultramar, nunca aquí. Creo que el F. B. I. se limita a asuntos internos del país. ¿Y por qué tendría Pomeroy que hacerme preguntas a mí y no a ti? Quiere saber qué averigüé acerca de la misión en Sudamérica, pero no fue a hablar contigo. En teoría, tú podrías haberle dado más información sobre eso. Sin embargo, cuando apareciste hace unos minutos en el vestíbulo, prácticamente huyó. ¿Por qué?

Se produjo un marcado silencio.

—¿Porque en realidad no pertenece al F. B. I.?

Al oír su propia sospecha enunciada por fin en voz alta, Talia dejó escapar un suspiro de alivio.

—Eso explicaría muchas cosas. ¡También me haría sentirme mucho mejor!

—¿Estás preocupada por haberle mentido a un agente legítimo?

—Sí —admitió rotundamente.

—No te aflijas —murmuró Kane—. Si Pomeroy resulta ser un verdadero agente, con gusto juraré en falso para salvarte.

—¿Por algo a cambio? —Las palabras brotaron de la boca femenina antes que ella pudiera detenerlas.

—Sólo si tú quieres —replicó él con serenidad.

—Kane, esto es ridículo. Dime por qué estás aquí. El verdadero motivo. ¡En este momento, no necesito más misterios en mi vida!

—Te deseo —respondió con sencillez.

—Y me has tenido —le espetó Talia, fastidiada—. ¿O acaso lo olvidaste?

Para su asombro, Kane se ruborizó a pesar de su bronceado.

—¡Como te dije, tengo que recordarme a cada instante que era tú la que me extorsionaba a mí!

Se puso de pie de un salto, pasándose la mano por el pelo y se dirigió a la ventana.

—¿No podemos darnos otra oportunidad, Talia?

—¿Por qué? —susurró ella con la mirada fija en la espalda varonil.

Él pareció pensar la respuesta. Sin dejar de mirar por la ventana, finalmente sugirió en voz baja:

—¿Te parece bien por lo que vivimos esa noche?

—¿Por una noche en la cama? ¡Debes de estar bromeando! Lo que hiciste esa noche fue una demostración de poder. Lo dejaste bien claro después. No fue nada más que una forma de satisfacer tu vanidad vengándote de mí. ¿Y si admito que me lo merecía? ¿Será suficiente para que me dejes en paz?

—¡Diablos, no!

Con tres pasos increíblemente rápidos, Kane estuvo junto a ella. La obligó a ponerse de pie y luego la cogió entre sus brazos.

—Eres la única que puede satisfacerme —dijo justo antes de cubrir con sus labios la boca de Talia con la fuerza de un ejército invasor.

Atrapada por dedos de acero que le aprisionaban los brazos, Talia permaneció inmóvil e indefensa bajo el ataque. La ira del beso de

Kane la forzó a entreabrir los labios.

Trató con desesperación de defender el territorio suave y cálido detrás de sus labios, clavando los dientes en la punta de la lengua masculina, pero Kane le devolvió el castigo con una advertencia deliberada, atrapándole el labio inferior entre los dientes.

Talia perdió el aliento ante la amenaza y de forma instintiva refrenó su débil defensa. Retornando la iniciativa, Kane la estrechó con más firmeza al tiempo que le soltaba los brazos para acercarla aún más hacia él. La hebilla del cinturón varonil se clavaba en la piel de Talia a través de la ligera falda blanca y por alguna extraña razón, eso azuzó su ira.

Mientras la boca de él se deslizaba sobre la de Talia, obligándola a aceptar su dominio, ella le dio una patada en la pierna, buscando cualquier blanco que estuviera a su alcance.

Kane maldijo en voz alta al recibir el puntapié, pero no la soltó.

Alzó la cabeza, echando chispas por los ojos verdes.

—Tienes bastante coraje, mujer, ¿lo sabías? Apareces en mi vida y amenazas con extorsionarme. Cuando te desafío, escapas pretendiendo hacerme sentirme culpable. Te persigo para ofrecerte lo único que tengo como soborno para obtener tu perdón y me tratas como si me odiaras.

—¿Sientes que he abusado de ti, Kane? —preguntó con tono provocativo.

—¡Claro que sí! ¡Y esta vez voy a asegurarme de que seas tú quien pida perdón!

—¡Kane!

La exclamación sobresaltada llegó demasiado tarde. Él se había dejado caer sobre la silla giratoria de Talia y la había sentado sobre sus rodillas, apretándola contra su cuerpo.

—Lo único que pido es un beso, dado por tu propia voluntad —afirmó—. Un beso como los que me diste aquella noche.

Antes de que ella pudiera decir algo más, Kane se apoderó de su boca otra vez. Pero aunque la abrazaba con fuerza, impidiéndole todo tipo de lucha, el beso ya no transmitía frustración ni ira. Por el contrario, era deliberadamente seductor, persuasivo, casi suplicante. Y le trajo a la mente todos los recuerdos cálidos y suaves de aquella noche que había pasado entre sus brazos. Los recuerdos que ella tanto había intentado excluir de su memoria. Talia cerró los ojos para

serenar sus turbulentos sentidos, para protegerse de la cercanía embriagante y del aroma viril.

No hubo lugar. Esa vez, cuando la lengua de Kane se deslizó por entre los labios de ella, Talia sintió que una electrizante sensualidad hacía arder las brasas que todavía humeaban con la inexplicable y repentina pasión de aquella noche. Y descubrió que le deseaba nuevamente.

Oyó el suave gemido que brotó de su propia garganta y supo, como sin duda él también lo sabía, que comenzaba a ceder.

—Por favor, Talia —susurró él con voz ronca—. Por favor, démonos otra oportunidad.

Se apartó unos centímetros y la miró fijamente. Echó hacia atrás unos mechones de pelo que se le habían soltado de la hebilla dorada.

—¿Por qué? —Logró balbucear ella, conteniendo el aliento.

—¿Por qué? ¡Por Dios, Talia! —exclamó—. ¿No te das cuenta? ¿Acaso crees que suelo perseguir a chantajistas que mienten a los agentes federales?

—¡Kane!

—Lo siento, linda —la tranquilizó de inmediato y su rostro se suavizó mientras le acariciaba la mejilla con los dedos—. Sólo estaba bromeando.

—No, no bromeas —suspiró Talia—. Es la pura verdad. Todo lo que dijiste es verdad.

—No soy mejor que tú —comentó él. Una sonrisa se le dibujó lentamente en el rostro—. Te hice creer que jugaría el papel de víctima y luego invertí los papeles. Cuando huiste, envié el telegrama enseguida y me volví loco esperando una respuesta para tener material negociable, y después me arrastré de rodillas hasta ti.

—¡De rodillas! —chilló, abrumada por la ridícula exageración.

—Bueno, casi —corrigió Kane.

—¡Oh, vamos! ¡Sabes muy bien que pensabas convencerme de que me acostara contigo a cambio de esa información!

—Admitiré que tenía la esperanza, pero no voy a forzarte —se defendió—. Me conformaré con empezar de nuevo.

—¿Empezar de nuevo qué? —preguntó ella con suspicacia, cediendo a pesar de sí misma. Sabía que no debía permitir que Kane la manejara de ese modo, pero había algo en él que la hacía dudar. Se había imaginado estar enamorada de Kane aquella noche en su casa.

Era irracional, pero todo lo que sucedió, no logró borrar los recuerdos o apagar las llamas que él había encendido. Una parte de Talia quería responderle.

—Nuestra relación.

—¿De modo que existe una relación entre nosotros? —dijo en tono irónico y forzado.

Kane arqueó una ceja y, con total deliberación, trasladó su mano hasta la curva de los senos femeninos. Talia ahogó una exclamación y le miró en silencio. Él asintió con la cabeza.

—Sí, la hay. En este momento, es algo inestable y no tuvo un buen comienzo, pero es real y quiero darle otra oportunidad. Me intrigas, me atraes y me haces sentir deseos de protegerte cuando al mismo tiempo estoy tan furioso contigo que me gustaría retorcer tu delicado cuello. Estoy dispuesto incluso a mentirle al pobre Pomeroy en favor tuyo y a entregarte mi único instrumento de negociación sin ninguna garantía de que eso te llevará a apiadarte de mí.

—¿Me vas a decir dónde está Justin Westbrook? —susurró, escudriñando el rostro varonil. Tenía la impresión de que Kane estaba diciendo la verdad. La deseaba. Y ella no podía continuar negando que también le deseaba.

—Haré algo mejor que eso. Te llevaré con él. O, por lo menos, te llevaré adonde la información que tengo dice que podría estar. No puedo asegurarte nada, cariño. Westbrook puede haber dejado otra pista falsa. Bien podría resultar otro callejón sin salida para ti —agregó, como si se sintiera obligado a poner todas las cartas sobre la mesa.

—Lo sé —dijo ella con lentitud.

—¿Qué te parece? —Kane esbozó una sonrisa y lo único que delató la intensidad de sus sentimientos fue la aspereza de su voz. ¿Establecemos una tregua y volvemos a empezar?

Talia permaneció quieta entre los brazos masculinos, considerando lo que él estaba sugiriendo. Se sintió tentada, muy tentada. Pero esa vez, se prometió, se encargaría de que las cosas sucedieran con más lentitud. Esa vez se tomarían más tiempo, averiguarían si lo que sentían era auténtico. Por primera vez desde que había huido de Sacramento, sintió que recobraba el humor.

—¿Estás completamente seguro de que quieres una relación conmigo? —preguntó con tono dulzón.

Los ojos verdes llamearon a modo de respuesta.

—Me arriesgaré. ¿Hacemos un trato? ¿Mi información a cambio de tu consentimiento para volver a comenzar?

—Creí —dijo ella desde la peligrosa posición que ocupaba sobre las rodillas de Kane— que estabas dispuesto a darme la información sin condiciones…

—¡Talia! ¡No me provoques! ¡Y menos ahora!

—Está bien, Kane —concedió enseguida con tono tranquilizador al adivinar que él volvía a ponerse tenso—. Estoy de acuerdo en que… exploremos las posibilidades de una relación. Pero no estoy accediendo a irme a la cama contigo —aclaró de inmediato, presintiendo la satisfacción de él.

Kane se puso de pie con cuidado y la depositó sobre el suelo.

—Hablaremos más tarde de ese aspecto de la situación —declaró, inclinándose para rozarle los labios con los suyos—. A la hora de la cena.

—¿Cena?

—En ese momento te entregaré la información, por supuesto. Y también deberíamos discutir seriamente lo que hacer con tu señor Pomeroy.

Sí, pensó Talia con temor. Necesitaba hablar de eso urgentemente. ¿Quién era Aaron Pomeroy? ¿Era peligroso para Justin? ¿Para ella? Sería bueno compartir sus preocupaciones y temores con Kane, ahora que ya no cuestionaba la inusual confianza que él le despertaba. Tenía que aceptarla. Era un hecho.

—¿No tienes que regresar a Sacramento? —Talia sonrió con incertidumbre.

—Lo arreglaré para tomarme unos días libres.

—¡Unos días!

—Ajá —confirmó Kane con serenidad—. El tiempo suficiente para seguir el rastro de Justin Westbrook. Algo me dice que no tendré paz hasta que ese misterio se resuelva.

—¿Dónde… dónde te vas a quedar?

—¿Quieres decir que no me vas a invitar a tu casa? —bromeó con expresión dolida. Al captar la fulminante mirada dorada, levantó una mano—. Está bien, está bien. Me quedaré en un hotel cercano. ¿Alguna sugerencia?

Talia pensó un instante y luego le dijo el nombre de un hotel.

—Ah, y vas a necesitar mi dirección —añadió, sin pensar en lo que estaba diciendo.

—Ya la tengo —sonrió Kane desde la puerta—. ¿Cómo crees que te encontré hoy? Estaba escrita en esas lindas notas que enviaste a mi Departamento de Personal.

Se marchó antes de que ella pudiera pensar en una respuesta, dejándola con la triste noción de que gracias a todas las visitas inesperadas que se habían sucedido esa mañana, iba a quedarse sin almuerzo.

Y bien, eso contribuiría a un saludable apetito para la hora de la cena, se dijo para animarse mientras cogía un cuaderno de notas y se preparaba para el seminario que iba a dar esa tarde.

Cuando se vestía para la cena, no vaciló delante del armario. Tendría que ponerse la ajustada túnica negra que le llegaba hasta las rodillas.

Los vestidos negros tenían algo que hacía que una mujer se sintiera dueña de la noche, pensó mientras se vestía. Medias oscuras y zapatos de tacón bajo, negros con flores de satén negras ribeteadas en dorado, completaban el atuendo sofisticado.

Se recogió el pelo en un moño, permitiendo que unas finas hebras cayeran provocativamente sobre el cuello descubierto por el profundo escote del vestido. Cuando sonó el timbre, fue a abrir la puerta y, al pasar, cogió el chal de seda dorada que había dejado listo.

—¿Sin botas de vaquero? —preguntó, observando a Kane enfundado en un elegante traje de corte europeo que acentuaba su aspecto fuerte y vital.

Él echó una mirada a los brillantes zapatos italianos que llevaba.

—Tendría que haber pensado en eso, ¿verdad? Hubiera sido una buena protección en caso de que decidas pegarme otro golpe bajo como el que me diste hoy en tu oficina.

—No debo haberte hecho demasiado daño —replicó ella con tono vivaz, ocultando una mueca al recordar el puntapié que le había propinado horas atrás—. Si mal no recuerdo, ni siquiera pestañeaste.

—Se supone que un hombre no debe flaquear —acotó Kane con ironía—. ¿Lista?

Talia asintió, presa de una excitación que nada tenía que ver con la información acerca de Justin Westbrook que Kane le había prometido proporcionar.

—¿Adónde vamos?

—Como no conozco ningún restaurante en San José —rió él, cogiéndola del brazo— pensé que podríamos ir a la ciudad…

—¿A San Francisco?

—¿Te parece bien? Sé de un sitio cerca de los muelles…

—¡Todo el mundo conoce un sitio cerca de los muelles! —rió Talia, encantada—. ¡Te advierto que pediré langosta!

—¿Estás vengándote de aquellos bistecs? —la acusó mientras abría la puerta del Lotus.

Pero todo había sido establecido y, más tarde, mientras contemplaban la bahía de San Francisco, Talia pidió su langosta con gusto, complementándola con un caro vino californiano.

—Y bien, no deberías haberme preguntado cuáles eran mis preferencias —dijo muy tranquila al tiempo que Kane pedía.

—Lo recordaré para la próxima vez —afirmó, lanzándole una mirada severa—. Ahora bien, con respecto a Justin Westbrook —comenzó.

—Sí. —Talia sonrió con anticipación y se inclinó hacia adelante—. Háblame acerca de Justin Westbrook. Y luego decidiremos qué hacer. Me he arrepentido de la idea de seguir su rastro, Kane. No deseo guiar a Pomeroy hasta él… —se calló y frunció el ceño.

—Por otra parte —dijo Kane en voz baja, como si él también hubiera estado pensando en eso—, quizás habría que advertir a Westbrook…

—¿Sobre Pomeroy? —preguntó ella, consternada.

—Si él no es la persona que dice ser…

No tuvo más remedio que detenerse cuando una atractiva criatura vestida de rojo se acercó a la mesa para saludar a Talia con entusiasmo.

—¡Talia! ¡Qué golpe de suerte! ¿A que no adivinas lo que Ralph y yo hacemos esta noche? —la risueña mujer de pelo oscuro se volvió hacia el hombre que había detrás de ella y le obligó a aproximarse—. Ralph, querido, ella es Talia Haywood, mi profesora del Instituto de Capacitación Administrativa, ¿recuerdas?

—¿Cómo estás, Talia? —Ralph sonrió y le extendió una mano con cortesía—. Gwen me habló mucho de ti.

—Porque es mucho lo que le debo, por supuesto —dijo Gwen Patton a su marido sonriendo—. Iba a llamarte por la mañana, Talia.

Para contarte las buenas noticias. No lo creerás pero…

—Te han ascendido, ¿no es cierto? —intercaló Talia con una sonrisa de felicitación.

—Lo anunciaron hoy. He estado flotando en el aire durante todo el día. Ralph y yo lo estamos festejando. ¡Me alegro tanto de haberte visto! Podríamos tomar una copa juntos —sonrió con amabilidad a Kane, que se había puesto de pie en silencio.

Talia hizo las presentaciones necesarias.

—¿Quizá tú y Ralph queráis sentaros a tomar una copa de vino con nosotros? —sugirió.

—Fantástico —con su habitual decisión, Gwen tomó asiento y Ralph la imitó con una sonrisita de disculpa.

—Imagínate Talia, finalmente he despegado, y todo gracias a ti —el entusiasmo de Gwen hizo sonreír a Talia.

—Sabes muy bien que eres la única responsable de tu éxito —dijo a su alumna.

—¡No es cierto! —Gwen se volvió hacia Kane, como si quisiera explicar algo que Talia se negaba a entender—. Es una profesora maravillosa. Me refiero a que sabe cómo ayudar a que una canalice sus energías y se organice.

—Sí, estoy aprendiendo mucho de ella —le aseguró Kane a la mujer con tanta delicadeza que Talia casi sintió el filo del puñal. Parpadeó y le miró con rabia, pero Kane ya se había embarcado con Gwen en una animada enumeración de las habilidades de Talia.

—Cuando comencé los seminarios de capacitación administrativa con Talia, mi jefe era el hombre más machista del mundo, ¿no es cierto, Ralph? Pobre Ralph, me pasaba las horas quejándome acerca de ese hombre. Estaba segura de que jamás llegaría a ninguna parte mientras él estuviera cerca. Entonces Talia me enseñó a analizar mi situación, a encontrar la dinámica de poder. Lo que hay que recordar es que toda persona que ejerce el poder es vulnerable. Hay que asegurarse de que la persona que está a cargo entienda o presienta que la relación laboral funciona en ambas direcciones. Debe saber que, en última instancia, depende de uno y hay que dejar esa dependencia en claro, haciéndolo de forma sutil.

—Fascinante. —Kane dirigió a Talia una mirada muy sugestiva y ella bajó los ojos hacia su copa. Los halagos espontáneos de Gwen la hicieron ruborizarse.

—Bien, al cabo de un par de semanas siguiendo los consejos de Talia, comencé a tomar control de mi situación laboral y de los juegos de poder que se desarrollan en él. Deberíais haberme visto diagramar mis relaciones de trabajo y utilizar todos esos gráficos y tablas que Talia da a sus alumnos. —Gwen rió y sacudió la cabeza—. ¡Pero resulta! Resulta de veras. Ejercer control y tener la habilidad de comprender y utilizar el poder de forma efectiva y honesta son los dos requisitos que se necesitan para llegar a la cumbre. Antes de asistir al seminario de Talia, ni siquiera hubiera soñado con que estas cosas pudieran enseñarse.

—Me ha convencido de apuntarme en algunas clases —confesó Ralph—. Había llegado al punto de aconsejarle que buscara otro empleo, pero en unas pocas semanas, realizó cambios increíbles en su trabajo. ¡Y aquí estamos, festejando un ascenso fantástico! —Los ojos oscuros brillaron con orgullo hacia su esposa.

Talia se sintió obligada a frenar tanta demostración de entusiasmo por sus clases. Conocía la verdad, a pesar de que nadie más la había adivinado.

—No hubiera importado la cantidad de seminarios a los que hubieras asistido, Gwen. Nada habría cambiado si no tuvieras el talento y la fuerza de voluntad para hacerlo. Eres una gerente nata.

—¿Pero de qué me habría servido el talento si no hubiera aprendido los trucos para controlarlo? —protestó Gwen, descartando las palabras de Talia con un gesto de la mano.

—Con el tiempo, habrías aprendido por ti misma —afirmó Talia con decisión.

—Eres demasiado modesta, ¿no le parece, señor Sebastian?

Gwen se volvió hacia Kane y, para gran fastidio de Talia, él asintió.

—No he conocido mujer que se las arregle tan bien como Talia —dijo Kane con tono alegre.

Las felicitaciones y los brindis por el éxito se prolongaron hasta que Gwen y Ralph terminaron sus vasos de vino y, de mala gana se marcharon a su propia mesa. Aunque tenía cariño a Gwen y le deseaba lo mejor, Talia la observó desaparecer con gran alivio.

Aceptó con gratitud el silencio que descendió sobre la mesa mientras analizaba con sumo cuidado el contenido de su copa casi vacía.

—Esa mujer —comentó Kane por fin con tono vacilante—, parece

creer que te debe todo el mérito de haberla encaminado hacia el éxito en el mundo de los negocios.

Talia se encogió de hombros, sin mirarle.

—Tiene lo que hay que tener. Hubiera triunfado con o sin mis clases.

—¿Qué tiene exactamente, Talia?

La pregunta en voz baja la hizo levantar la cabeza. Los ojos verdes se fijaron en su rostro.

—Es fuerte, es inteligente y tiene agallas. Posee la fuerza de voluntad necesaria para manejar una situación y mantener el control de ella. Si hubiera intentado extorsionarte, Kane, no habrías podido desenmascararla. No hubiera importado si cumplía o no con sus amenazas. La habrías creído capaz de llevarlas a cabo si ella te lo hubiera asegurado. ¡Y no hubieras podido hacerla ceder por medio de la seducción!

—¿Estás diciendo que ella posee algo que tú no tienes y que desearías tener? —murmuró.

—¡De haberlo tenido, no me habría dejado destruir por el asunto de Darius y Darnell hace tres años!

—¿Se te ocurre por casualidad —prosiguió él, pasando por alto la amargura que reflejaba la voz femenina— que quizá posees otro tipo de habilidad igual de valiosa? No cualquiera podría haberle dado a esa mujer lo que necesitaba para coger las riendas de su carrera y lanzarse al camino correcto…

—Kane, prefiero no seguir hablando del tema. Enseño administración en vez de practicarla porque no tengo la firmeza ni las agallas para hacerla funcionar en la vida real. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Cuando intenté utilizar un juego de poder contigo, fracasé rotundamente. Aunque para ti se haya tratado sólo de una broma. Olvidémoslo, ¿quieres? Deseo Hablar de Justin Westbrook.

Kane titubeó y ella tuvo la impresión de que estaba pensando si le permitiría o no terminar la discusión, lo que no hacía más que corroborar sus palabras, pensó Talia con tristeza ¡ni siquiera poseía la destreza para obligarle a cambiar de tema! En lo que se refería a ejercer el poder, tenía serias dudas de que Kane Sebastian jamás hubiera necesitado una clase.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa, demostrando que no olvidaba el tema sino que lo postergaba para otro momento—. No es

mucho lo que tengo, pero es una posibilidad. Te dije la verdad acerca de que aún quedaba un antiguo contacto en el pueblito de Sudamérica. Mi compañía cerró la oficina allí poco después de que Westbrook dejara de trabajar para nosotros… Pero el anciano que se encargaba de la oficina, decidió permanecer allí y jubilarse. Fue a él a quien envié el telegrama. Recibí la respuesta esta mañana. Según él, Westbrook también tenía intenciones de jubilarse.

—¡Jubilarse!

—Podría ser que un hombre con una ocupación tan poco común planee un evento semejante con más detalle que otras personas —insinuó.

Talia no pudo por menos que sonreír.

—Sí, comprendo. Supongo que intentaría permanecer en el anonimato, ¿verdad?

—No hay duda de que has leído demasiados libros de espionaje —suspiró Kane—. ¡Yo también debo de haberlos leído, de otro modo no me prestaría a este juego! De todas formas, parece que Westbrook y mi antiguo encargado se hicieron amigos mientras trabajaban juntos. Quizá porque ambos hacían planes para el futuro. El telegrama que recibí sugiere la posibilidad de un pueblo cerca de la frontera con Oregon… —Nombró un lugar del que Talia jamás había oído hablar —. George dice que Westbrook lo mencionó un par de veces mientras bebían tequila. Habló acerca de alquilar un barco pesquero y llevar una vida tranquila.

Talia escuchó la información con gesto pensativo.

—Es una posibilidad. Por cierto que lo es. He seguido pistas mucho más improbables. ¡Oh, Kane! ¡Después de tantos años! Estar tan cerca…

Él aguardó, una extraña sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Y qué hay de Pomeroy? —preguntó ella con preocupación.

—No me extrañaría que tu amigo Pomeroy esté vigilando tu apartamento estos días. Seguramente no se afligirá demasiado por nosotros esta noche porque es obvio que hemos salido sin maletas, con la clara intención de disfrutar de una velada en la ciudad. No tiene motivos para pensar que haremos otra cosa que regresar más tarde. Si con el transcurrir de la noche se pone nervioso, tal vez se moleste en hacer averiguaciones en el hotel donde estoy registrado.

—¿Pero para entonces ya estaremos lejos? —aventuró Talia,

conteniendo el aliento. Los ojos le brillaron ante la perspectiva de aventura que las palabras de Kane implicaban.

—No es más que una sugerencia, claro —dijo él con modestia—. Pero no hay razón para que esta noche no nos pongamos en camino por la costa hacia el norte de San Francisco.

Esta noche. Talia pensó en eso. Significaría pasar la noche con Kane en algún lugar de la ruta. ¡Tendría que mostrarse inflexible en ese sentido!

Pero la tentación de resolver el misterio de Justin Westbrook era irresistible.

—Sí —concedió en voz baja—. Sí, vayamos hacia el norte esta noche.

—Supuse que la idea te gustaría —comentó Kane cuando llegó la langosta.

Había tanta satisfacción en su voz que ella tuvo la desagradable impresión de que él había vuelto a manipularla.

Pero no podía creer que estuviera mintiéndole. Confiaba en sus instintos lo suficiente como para suponer que estaba diciendo la verdad acerca del posible paradero de Westbrook.

¿Entonces, por qué se sentía intranquila?

No era tan difícil encontrar la respuesta. Las personas como Kane Sebastian nunca hacían nada a menos que eso les condujera a lo que deseaban. Y él la deseaba. ¿Acaso creía que la conseguiría a cambio de ayudarla a resolver el enigma de Justin Westbrook?

# Capítulo 7

No he traído más que esta ropa. ¡Me veré extraña con este vestido mañana por la tarde en un pueblo de pescadores! Talia observó su atuendo con pesar mientras subía al Lotus después de la casa.

—¿Quieres arriesgarte a regresar por tus cosas? —preguntó Kane, al tiempo que entraba en el coche y lo ponía en marcha.

—¡No, si ese tal Pomeroy está vigilando mi apartamento! —Se estremeció a pesar de que la cubría el chal dorado—. ¿Quién crees que es, Kane?

—No tengo la menor idea. Igual que tú, tengo mis dudas de que pertenezca al
F. B. I.
—le dirigió una mirada divertida—. Quizá tu amigo Westbrook lo sepa.

—Ay, Kane, espero que estemos haciendo lo correcto.

—No veo que otra alternativa tenemos en estas circunstancias. Si es que hemos hallado a Westbrook, es probable que no pase mucho tiempo antes de que otros también lo hagan. Si estuviera en su lugar, querría saber que corro el peligro de ser encontrado. La ignorancia no debe ser nada bueno en su trabajo.

El Lotus rojo atravesó la noche a toda velocidad, por el puente Golden Gate y luego hacia el condado de Marin, siguiendo la ruta ciento uno hacia el norte.

Por un instante, reinó el silencio. Talia descubrió que se sentía extrañamente satisfecha con Kane a su lado, a pesar de todo lo que

sabía acerca de él y su mundo. Ese hombre la atraía mucho, aunque ella tenía algunas reticencias.

—¿En que piensas, acurrucada ahí, como una gata bajo la luna? —inquirió él con suavidad, quebrando el silencio.

—¿Siempre te vuelves poético cerca de la medianoche?

—Siempre.

—Estaba pensando en ti —confesó—. ¡Su hubieras urdido este plan con un poco más de anticipación, podría haber traído ropa para cambiarme! —le sonrió con expresión pícara; no quería admitir lo íntimos que se habían vuelto sus pensamientos.

—Lo siento. No se me ocurrió hasta la hora de la cena. ¡Recuerda que no soy un agente secreto! ¿Ya empiezas a quejarte?

—Nada de eso —rió Talia—. ¡Ésta tiene que convertirse en una de las grandes aventuras de mi vida!

—Podría muy bien sentirme celoso de Justin Gage Westbrook —murmuró Kane.

Talia adoptó enseguida una expresión de arrepentimiento.

—Aprecio mucho lo que lo que estás haciendo, Kane. No sé cómo agradecértelo… —Se detuvo cuando él apartó la vista de la ruta y la miró fijamente.

—Sabes muy bien cómo agradecérmelo.

La tranquilidad de Talia comenzó a desaparecer. Contempló el perfil masculino mientras Kane se concentraba en el camino. Cada línea del rostro parecía tallada en granito.

—No eres muy sutil, ¿no crees? —susurró.

—Sabes el precio que pido por mis servicios —dijo con serenidad.

—No dije que fuera a pagarlo, Kane. No hemos hecho un… un trato —le recordó con vehemencia.

—Pero sabías lo que yo quería a cambio de mi ayuda —replicó con calma.

—Aseguraste que me darías la información sin importarte… ¡Diablos! —La voz femenina tenía un matiz cortante que ponía al descubierto su nerviosismo.

—Y te la he dado. Me arriesgo.

—¿Te arriesgas a que me sienta obligada a… a pagar por tu ayuda? Olvídalo, Kane. ¡Ya te he dicho que ésa no es mi forma de hacer las cosas! —Bajo la tenue luz del tablero, Talia alzó el mentón con actitud orgullosa.

—Ya veremos —afirmó Kane, dando por terminada la discusión con una seriedad que la enfureció—. Dime, ¿existe la posibilidad de que alguien te eche de menos en estos próximos días mientras corres en busca de aventuras?

—¿Es un modo de preguntarme si hay otro hombre en mi vida? —preguntó con fastidio.

—Como tú has dicho, no siempre soy sutil.

—Aunque no lo creas, llevo una vida social relativamente normal —le espetó con sarcasmo.

—No lo dudo ni por un instante. Eso es lo que me preocupa —le informó él con tono irónico—. ¿Hay alguien en particular?

—No tengo intención de hablar de ti con otros hombres, de modo que no hay razón para que te hable a ti de ellos.

—¡Talia!

Se volvió hacia él.

—¿Sí, Kane?

—Dime la verdad, ¿de acuerdo? —Gruñó Kane con resignación.

—¿Y qué me darás a cambio? —dijo ella con fingido interés—. ¿Una lista de tus amiguitas?

—Si eso es lo que deseas…

—¡No, gracias! ¡Vaya si eres un hombre de negocios! Siempre dispuesto a regatear.

Casi podía sentir cómo Kane llegaba al límite de su paciencia. Cuando volvió a hablar, su voz sonó tranquila y segura.

—¿Sabes lo que creo? Que no hay nadie más en tu vida. Es decir, nadie que te importe. ¿Por qué no lo admites, cariño? De no ser así, no habrías podido entregarte a mí de forma tan completa. No eres ese tipo de mujer.

—¿Crees que soy demasiado débil para tener relaciones con dos hombres a la vez? ¿Piensas que no poseo suficiente espíritu aventurero como para buscar placer cuando y donde lo desee? —quiso saber Talia.

—Creo —replicó él— que eres demasiado dulce, honesta y vulnerable como para correr ese tipo de riesgos emocionales.

—¡Con otras palabras, no tengo agallas para lograr lo que quiero de la vida!

—Lograrás lo que desees de la vida, pero sin utilizar las mismas tácticas que otras personas más duras.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó con vivacidad, deseando desviar la conversación que se había vuelto muy incómoda—. ¿Hay alguien de quien debería estar celosa?

—Si creyera que eso te alentaría, inventaría una docena de bellezas para provocarte. La verdad es que no he pensado en nadie más desde el día en que entraste en mi oficina. ¡Tal vez incluso antes de que me molesté en permitirte pedir una entrevista conmigo!

—¡Volví loca a tu secretaria!

Kane, negó con la cabeza y sonrió.

—Fui yo quien le dijo que te diera la cita. Pero le indiqué que se mostrara algo difícil. Supongo que quería verte ansiosa…

—¿Para tener una ventaja psicológica sobre mí? Debí haberlo imaginado. ¡Eso sí que es dinámica de poder! Kane, quiero dejar algo bien claro entre nosotros. Nuestro acuerdo para darle otra oportunidad a esta relación no significa que la vayamos a retomar desde donde la dejamos aquella noche en tu casa. Quiero asegurarme de que lo entiendes —concluyó con serenidad.

—Será mejor que empieces a buscar un hotel, querida —respondió con suavidad, ignorando la advertencia de ella—. Se está haciendo tarde y ya hemos recorrido muchos kilómetros.

Talia sabía que él no pensaba responder a su intento de establecer un entendimiento entre ellos. A medida que el entusiasmo inicial de la aventura se disipaba, se dio cuenta de que debería esforzarse para tratar de manejar a Kane. Hasta entonces su desenvolvimiento había sido algo pobre.

Al final, fue Kane el que eligió el hotel. Se detuvo frente a un moderno y agradable establecimiento junto a la ruta que ostentaba un letrero de «HAY HABITACIONES».

—Hasta tienen una maquinita que provee de cepillos de dientes —sonrió él al regresar al coche después de registrarse—. Mañana podrás comprarte unos vaqueros y unas sandalias en la ciudad.

Talia se apeó y disimuló un bostezo.

—Si me das la llave, iré a mi habitación. Estoy agotada.

—Por aquí.

Kane se encaminó hacia una habitación en el segundo piso que daba a la silenciosa piscina. Hizo entrar a Talia y luego se volvió y cerró la puerta con un gesto que lo dijo todo.

—No grites —le suplicó con ironía—. No tuve alternativa.

—¿Vas a decirme que sólo había una habitación libre? —preguntó Talia con tono enfadado.

Kane se aflojó la corbata con un tirón mientras se acercaba a la segunda cama y se dejaba caer sobre ella.

—Al menos conseguí dos camas. ¿No merezco una felicitación por eso?

—¡Kane!

—Escucha, Talia —suspiró—. Ninguno de los dos sabe bien qué estamos haciendo. Tenemos que ser prudentes. ¿Y si no logramos deshacernos de la vigilancia de Pomeroy esta noche? Diablos, no soy ningún experto en eludir perseguidores. ¡No soy James Bond! La única cosa sensata que podemos hacer hasta que encontremos a Westbrook es permanecer juntos. Pomeroy podría hacer algo grave si descubriera lo que estamos tramando.

Talia le miraba con fiereza mientras pensaba en lo que él estaba diciendo. Pero sabía que estaba derrotada incluso antes de comenzar a luchar. Kane ya había tomado la decisión. A menos que ella se diera la vuelta y dejara la habitación…

—Olvídalo —le recomendó él con calma, observando el juego de emociones que revelaba el rostro femenino—. ¡Ésta era la última habitación desocupada que quedaba!

Lo peor de todo era que ella le creía. Además, quizá estuviera en lo cierto acerca de Pomeroy. Con gesto sombrío, extendió una mano.

—¿Me darías uno de esos cepillos de dientes que compraste, por favor? —pidió con tono dulzón.

Él le dio uno sin pronunciar palabra.

—¿Me crees? —preguntó mientras ella se dirigía al baño.

—Lo que creo es que si me decido a ir a la recepción, me dirán que no queda otra habitación libre —replicó, comenzando a cerrar la puerta con violencia.

Cuando salió, Kane aguardaba su turno, con el torso desnudo y los zapatos tirados sobre la alfombra junto a la cama que había elegido. La imagen de ese torso musculoso cubierto de vello rojizo trajo demasiados recuerdos a la mente de Talia. Sintió un impulso de volver a enredar los dedos en ese vello y acariciar el vigoroso pecho. Volvió la cabeza cuando él pasó junto a ella.

—Un consejo —dijo antes de que él cerrara la puerta del baño. Kane se detuvo—. No bebas de ninguno de los vasos que están sobre el

lavabo. Mis lentes de contacto están ahí.

—¿Qué pasaría si cambio los vasos de lugar? —aventuro Kane con maldad.

—¡No te atrevas! —gritó Talia, pensando en lo incómodo que resultaría insertar la lente izquierda en el ojo derecho. Todo habría sido más simple si hubieran planeado esa escapada con más tiempo.

Se metió en la cama y se quitó el vestido negro debajo de las sábanas, sintiéndose como una tonta. Se dejó solo el sujetador y las bragas de encaje. Luego apagó la luz.

Kane entró en la habitación oscura y Talia se volvió hacia la pared mientras él tanteaba el camino hasta su cama.

—¡Maldición!

Talia se dio la vuelta al oír la exclamación precedida por un ruido sordo.

—¿Qué sucede?

Kane estaba inclinado hacia adelante, frotándose un pie. A la luz de la luna, ella pudo ver que no llevaba más que unos calzoncillos. La cabeza castaña se irguió y aun en las sombras Talia distinguió el destello de sus ojos verdes.

—¿Estas bien? —preguntó, preocupada.

—¡No! ¡Pero supongo que no te importaría si no volviera a andar en toda mi vida!

—Es una suerte que tengas un bonito coche para trasladarte, ¿no? —murmuró ella con tono inocente, divertida a pesar de que sentía que él se hubiera golpeado.

—Eres una mujer cruel —se quejó Kane, arrastrándose hasta la cama y deslizándose entre las sábanas.

—Estoy practicando para convertirme en una persona dura como tú y Gwen Patton.

—¿Por casualidad no desearías ver alguna diapositiva antes de dormir? —preguntó Kane con voz seductora.

—No gracias, ya aprendí la lección. Nunca aceptes la invitación de un hombre para ver fotografías indecentes.

—¡Indecentes! ¡Me ofendes! Algunas pueden haber salido borrosas pero… ¡Ey!

—¿Y ahora qué?

El repentino ruido de las sábanas obligó a Talia a mirar por encima del hombro una vez más.

—¿Kane? ¿Adónde vas?

Observó asombrada cómo él se ponía los pantalones y buscaba las llaves del Lotus.

—¡Fotografías! ¡Sabía que había visto a tu amigo Pomeroy en alguna parte!

Antes de que ella pudiera preguntar nada, Kane desapareció, cerrando la puerta de la habitación. Talia permaneció sentada, cubriéndose el pecho con la sábana mientras esperaba que él regresara.

Kane volvió agitando un paquete con gesto triunfal.

—Mira estas fotografías —encendió la luz y se sentó sobre la cama de Talia al tiempo que sacaba las fotografías.

Talia las echó una mirada, terriblemente consciente de la proximidad de Kane. Allí estaba ella, una y otra vez. Algunas excelentes, otras menos. Pero, en dos o tres, se distinguía a Aaron Pomeroy en el fondo.

—Ese canalla nos siguió por toda la ciudad —murmuró Kane—. Pues bien, si mañana encontramos a Justin, podremos mostrarle las fotos. Quizá reconozca a Pomeroy.

Kane asintió con lentitud y recogió las fotografías.

—¿No está mal, verdad? —preguntó, deteniéndose en una en la que Talia acariciaba a un aburrido caballo.

—¿Quién, yo o el caballo?

—¡Todo! La compensación, la luz, la pose… Talia, al menos tengo que darte las buenas noches. ¡Me volveré loco teniéndote tan cerca sin poder tocarte!

Estaba demasiado cerca. Cuando ella atisbó el tono peligroso de su voz, la situación ya se le había escapado de las manos. Antes de que pudiera hacer otra cosa que fuera pronunciar el nombre de él a la defensiva, Kane la cogió entre sus brazos, aplastándola contra las almohadas.

La protesta murió en la boca de Kane, que utilizó su peso sin ningún remordimiento para atraparla entre las sábanas, aprisionándole los muslos con su pierna.

—Talia, Talia…

Aunque la tenía totalmente en su poder, movía sus labios sobre los de ella con esa urgencia seductora, entre exigente y suplicante, que Talia recordaba tan bien. Era una caricia que hacía vibrar cada nervio

y fibra de su ser, trayéndole a la mente todo lo que había intentado olvidar.

Empleando un dedo, Kane presionó la comisura de los delicados labios, instándoles a abrirse para invadir el dulce interior de su ardiente boca.

A pesar de que Talia estaba decidida a controlarse a sí misma y a Kane, sintió que la pasión comenzaba a bullir con el calor y la fuerza de una llama abrasadora. El fuego trepó por su cuerpo, encendiendo cada centímetro de su piel.

Las manos varoniles se entrelazaron en su pelo suelto, aprisionándole la cabeza en un esfuerzo desesperado por dominarle la boca. Sólo cuando Talia gimió con suavidad y hundió los dedos en los musculosos hombros, Kane le soltó la cabeza y buscó el extremo de la sábana que los separaba. Deslizó los labios hasta la curva del blanco cuello.

—¡No, Kane! Me prometí que no te permitiría hacerme esto otra vez…

—¡No te estoy haciendo nada! ¡Eres tú la que me lo haces a mí! ¿No te das cuenta pequeña? ¿Acaso crees que yo deseaba que las cosas fueran así? ¿Supones que planeé correr detrás de ti para ofrecerte la única pista que tenía y así poder atraerte de nuevo a mis brazos?

Talia contuvo el aliento cuando él le mordisqueó el hombro. Descubrió que la idea de ejercer algún tipo de poder sobre Kane era muy embriagadora. ¿Habría sucedido realmente como él decía? ¿Se había sentido obligado en contra de su voluntad a perseguirla a causa de lo que ella había despertado en él la noche en que había pretendido enseñarle una lección?

—Déjame hacerte el amor, Talia —le ordenó con voz ronca, bajando la sábana poco a poco—. Déjame amarte como tú lo hiciste aquella noche. ¡El recuerdo de la forma en que te entregaste me ha quitado el sueño desde entonces!

Besos ardientes y sensuales siguieron el retroceso paulatino de la sábana, encendiendo cada vez más la pasión de Talia, que se retorció bajo el cuerpo de Kane y se aferró al rizado cabello de la nuca.

No pudo responder. Los recuerdos también la habían acosado a ella porque había tenido la impresión de que, aquella noche, la entrega había sido recíproca. Fue más tarde cuando había visto la verdad y se había sentido como una tonta. Y ahora allí estaba Kane, suplicándole

esa calidez y ternura que ella le había dado una vez. ¿Suplicando o exigiendo? Con Kane, era difícil comprender.

—No luches contra mí, Talia. Te trataré con suavidad. No te arrepentirás —el sujetador pareció desprenderse solo.

—Ya dijiste eso una vez —logró susurrar ella mientras él bajaba la sábana hasta la cintura femenina y permitía que el áspero vello del pecho le rozara los senos. ¡Qué bien sabía hacer responder a su cuerpo!, pensó Talia, extasiada. ¿La conocería tanto desde aquella noche?

—¡Talia! —gimió, dibujando un círculo alrededor de un pecho con el dedo en una caricia que la hizo estremecerse y luego inclinándose para besar la evidencia de su pasión—. No tuvo por qué terminar de ese modo si no hubieras escapado…

—Podría haberme quedado a escuchar tus sermones egoístas concluyó deseando rendirse o herirle. O quizá las dos cosas. ¡Pero tenía tan poco poder!

—Estoy aquí —la tranquilizó—. Te seguí, ¿no es cierto? Te traje lo que querías…

—¿Y pretendes que me acueste contigo sólo por eso? —siseó, sintiendo que la cabeza le daba vueltas a medida que tomaba la decisión.

—No… —comenzó a decir Kane—. ¡Diablos, sí! —exclamó al segundo siguiente—. Te deseo demasiado para negarlo.

—Está bien, Kane —dijo con voz sedosa y le tocó los labios con un dedo cuando él alzó la cabeza. Le miró, segura de que llevarla adelante lo que había decidido—. Está bien. Acepto el trato.

Los ojos verdes brillaron con un fuego sorprendente. Pero no era sólo la pasión lo que centelleaba en esas profundidades de esmeralda. Había una ira inesperada y repentina. Una ira que arrolló a Talia como una feroz tormenta mientras ella permanecía entre los brazos masculinos.

—¿Por qué me miras así? —susurró, sintiéndose atrapada por la tensión que emanaba de él—. ¡Es lo que querías! ¡Estoy accediendo a lo que querías!

—No —exclamó él con vehemencia, acariciándole el abdomen con gesto posesivo—. No estás haciendo nada de eso, mujer. Pero lo acepto. ¡Aceptaré todo lo que pueda tomar!

Con un grito ahogado, movió su cuerpo hasta cubrirla por

completo y luego se desabrochó el cinturón. Los pantalones fueron a parar a la alfombra junto a la cama, seguidos por las bragas de Talia.

Kane se dio la vuelta y acomodó a Talia sobre su pecho.

—Si lo nuestro es un trato, un negocio —acotó él, aferrando la cintura femenina con fuerza— entonces ambos tenemos que obtener la máxima rentabilidad. Hazme el amor, Talia Haywood. ¡Hazme el amor como si de veras lo quisieras!

Confundida, con la mente aturdida por el enojo inesperado de Kane, Talia reaccionó de forma casi instintiva. Con delicadeza, incluso con timidez al principio, pero luego con creciente seguridad, hizo lo que él le pedía, buscando tranquilizarle y convertirle de nuevo en el hombre que, sólo unos segundos antes había rogado que le amara.

Talia dejó que su tibieza se esparciera sobre él. Lo sabía, y le asustaba un poco pensar en el día en que él se diera cuenta del poder que ejercía sobre ella. Era mucho mejor dejar que creyera que ella se limitaba a cumplir con su parte del trato.

Y así, como no podía hablarle de su amor, se lo entregó de la única forma en que podía hacerlo. Con caricias y ardor, buscó despertar el deseo en él, aplacar el demonio de la ira que había tomado posesión de los ojos verdes y reemplazarlo con pasión y necesidad.

Cada vez que Kane emitía un gemido, le apretaba los hombros o enredaba las manos en su pelo, ella sentía que había logrado una importante victoria.

Acarició con suavidad la parte interna de los vigorosos muslos, disfrutando de la reacción que sus dedos provocaban. Depositó besos fogosos desde el cuello hasta los tobillos y luego volvió a subir para explorar la piel sensible del estómago.

—¡Talia! ¡Por Dios, Talia! ¡Me vuelves loco!

Rozó la rígida virilidad con manos seductoras y amantes y le oyó exclamar con el mismo deseo intenso que ella tanto necesitaba expresar.

Luego, como si le hubiera empujado más allá de algún límite vital, Kane la cogió por las caderas con brusca ternura y la puso de espaldas. Los anchos hombros se levantaron junto a ella mientras Kane se movía con torpeza en la oscuridad. Talia supo lo que él estaba haciendo y le emocionó que él aceptara la responsabilidad sin cuestionamientos. Kane era un hombre en quien se podía confiar en más de un sentido, pensó, embriagada.

Cuando él se acercó a ella, desplazándose con silenciosa urgencia, Talia le abrió los brazos como lo había hecho aquella primera noche. No hubo reservas ni inhibiciones. Se deseaban. En ese sentido, por lo menos, el trato era justo para ambas partes.

Talia emitió una suave exclamación al sentir la mano lenta de Kane recorriéndole el cuerpo. Contuvo el aliento mientras él la acariciaba hasta hacerle perder los sentidos.

—Por favor, Kane, por favor…

—¿Me deseas ahora, pequeña? —preguntó contra los senos.

—Sí, por favor… ¡Oh, Kane, te… te deseo! —Él no pareció notar la vacilación en la voz femenina cuando Talia se apresuró a cambiar la palabra «amo» por «deseo».

—¿Estás satisfecha con el trato? —insistió él. Le separó las piernas con una rodilla y lentamente se dejó caer sobre el cuerpo de ella, como si estuviera saboreando un vino delicioso.

Talia no comprendió la pregunta.

Kane parecía esperar una respuesta negativa. Pero no había tiempo para preguntar, ni para analizar. La pasión los consumía con brutalidad y exigía ser colmada.

—Acepto lo que me ofreces —murmuró con voz temblorosa. Le miró a los ojos y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Y yo debo contentarme con lo que obtenga a cambio, no es cierto?

Talia le miró con perplejidad, sin comprender la visible tensión que le dominaba.

—Es lo que tú querías —le recordó con suavidad—. Es todo lo que querías.

—No, no lo es. Pero lo tomaré. Lo tomaré.

Y entonces consumaron la anhelada unión, fundiendo sus cuerpos en una armonía exquisita. Talia hundió los dedos en la espalda masculina y todo su ser se inflamó con loca excitación.

—¡Talia!

Se aferró a él con desesperación. Kane le deslizó las manos por debajo de las caderas y la acercó aun más a su cuerpo ardiente.

Juntos recorrieron los placeres más maravillosos. Una especie de electricidad chispeaba a su alrededor, dentro de ellos, avivando sus sentidos, arrastrándolos hasta la explosión final.

Cuando llegó, Talia se entregó a ella con libertad, consciente de

que al hacerlo, en realidad, era a Kane a quien se entregaba, para siempre.

# Capítulo 8

La bolsa que contenía los vaqueros nuevos y una camisa de algodón voló hacia la puerta entreabierta del baño. Talia logró atraparla a tiempo mientras luchaba por sostener la toalla blanca alrededor de su cuerpo húmedo.

—¿Eres siempre tan gruñón por las mañanas? —Le miró con el ceño fruncido. La noche anterior había sido como un sueño maravilloso. La mañana, en cambio, se había llenado de una creciente tensión que la hizo sentir que se tambaleaba en la cuerda floja. ¿Qué había ocurrido? No encontraba respuesta.

—No te preocupes, ya descubrirás todos mis hábitos matinales, ¿verdad?

Kane no la miró y se dedicó a hurgar dentro de la otra bolsa que había traído consigo de la ciudad. Llevaba unos vaqueros, una camisa amarilla y un par de botas que, por fortuna, había dejado en el coche cuando se había registrado en el hotel de San José.

—Creo que prefiero no descubrirlos —respondió ella con sequedad. La ira comenzó a invadirla. Alzó las cejas con fastidio en un intento por esconder sus verdaderos sentimientos. ¿Qué pasaba con Kane esa mañana? ¿Acaso era algo que ella había hecho? ¿Sería, tal vez, que él ya se había arrepentido del trato que habían hecho?—. Me has tratado mal desde que te despertaste. Como representante del sexo débil, te recuerdo que soy yo quien debería tener remordimientos por lo de anoche.

Kane reaccionó como si le hubieran abofeteado. Dejó a un lado el vaso de plástico de café y levantó los brillantes ojos verdes. La tirantez

que se había cernido sobre ellos se transformó en algo mucho más amenazador. Talia se aferró al marco de la puerta.

—¡Lo sabía! —siseó él mientras se le acercaba—. Sabía que estabas pensando en eso. Pero es demasiado tarde, Talia. Nuestro pacto se refería a un segundo intento, no a una sola noche juntos. Lo aceptaste sin presión alguna. No pienses que puedes echarte atrás. Anoche te entregaste a mí y seguiré siendo tu dueño. Esta tarde haré el primer y único pago prometido.

—Si encontramos a Westbrook —replicó con valentía. Estaba algo asustada por la fría decisión de Kane. ¿Qué le sucedía? ¿Acaso él no se daba cuenta de la profundidad de la unión consumada la noche anterior? Aunque Kane dudara de que ella cumpliera con su parte del «trato», no tenía derecho a intimidarla de esa forma.

—Sin condiciones —dijo él con tono suavemente peligroso cuando llegó a la puerta del baño y la abrió—. Mi única obligación es llevarte al último domicilio conocido de Westbrook. Lo encontremos o no, tu compromiso no cambia.

Talia retrocedió. Los ojos color castaño se ensombrecieron. Se sentía atrapada en una jaula con una pantera de ojos verdes. La noche anterior, Kane se había mostrado a la vez tierno, experto, excitante, apasionado. Una y otra vez la había conducido al éxtasis en sus brazos y lo sabía tan bien como ella misma. Talia creía que él también había gozado. ¿Qué ocurría entonces?

—Está bien, Kane —trató de decir con dignidad al tiempo que se apoyaba contra la pared de azulejos blancos—. ¿Por qué quieres asustarme? ¿Por qué te comportas como el consabido hombre agresivo y recio?

—Deja de clasificar mis distintas actitudes como si estuvieras dando una clase sobre jefes machistas —estalló—. No estoy fingiendo. Estoy agresivo. No tiene nada que ver con técnicas administrativas ni con dinámica de poder. Es algo mucho más instintivo y se supone que tú deberías mostrarte sumisa y complaciente.

Talia parpadeó ante el despliegue de su herida masculinidad. Sintió deseos de reír, pero no se atrevió. Como si le hubiera leído la mente, Kane levantó las manos y las apoyó en el cuello femenino, acariciándolo con suavidad y firmeza.

—He aquí mi sonrisa sumisa y complaciente —dijo en un débil intento de ser graciosa—. Ahora se supone que debes tranquilizarte y

dejar a un lado las amenazas. ¿No has estudiado el comportamiento dominante sumiso en los simios?

—¿Y si no ceso de comportarme como un simio? —preguntó él con toda delicadeza mientras los ojos verdes no lograban ocultar una chispa de diversión.

—Entonces, no me quedará otro recurso que volcarte este vaso de agua fría en la cabeza.

Cogió uno de los vasos donde había puesto sus lentes de contacto durante la noche. Ya había quitado las lentes y se las había colocado.

—Sería una pena mojar esa bonita camisa. Además, debe de ser muy incómodo conducir empapado…

—Hablando de amenazas.

—Estoy aprendiendo.

—Talia —susurró mientras le acariciaba la nuca y la sujetaba contra su pecho con repentina necesidad—, debo saber qué harás cuando yo haya cumplido con mi parte del trato. ¿Huirás otra vez?

Talia absorbió el agradable aroma de esa piel y se estremeció. Era una mezcla del perfume del jabón, la frescura de la ducha y la fragancia inherente a su persona.

—¿De eso se trata todo esto en realidad? —murmuró—. ¿Tienes miedo de que escape y quebrante nuestro pacto?

—Se me ocurrió pensar al amanecer —comenzó a decir—, que tu analítico cerebro no tardaría en descubrir que, una vez que te lleve con Westbrook, ya no tendré armas para retenerte.

¡Retenerla! Era difícil creer que Kane Sebastian cometiera semejante error. Sin embargo, esa duda sería su única defensa contra el poder de Kane. Se dijo a si misma que sería una tonta si la desperdiciaba. Kane no tendría reparos en tomar todo lo que deseara. Si le ofrecía amor, él lo tomaría, considerándolo una cadena más tangible que la información sobre Westbrook.

—Tendrás que creer en mi palabra, aunque sea un poquito.

—¡Talia!

El rugido volvió a recordarle a una pantera. Se alejó para mirarle.

—Kane, entiendo el pacto. Lo comprendí cuando hablamos de eso anoche. Estoy… dispuesta a darnos una segunda oportunidad.

Kane le clavó la mirada intensa y algo desconfiada. Los dedos que acariciaban la nuca femenina se movían inquietos.

—¿Deberé darme por satisfecho con eso? —preguntó.

—Tú lo pediste —le recordó sin amedrentarse. El rostro varonil se endureció.

—Me aseguraré de que cumples tu palabra. Si abrigas alguna esperanza de escapar después…

—¿Acaso volverás a amenazarme con perseguirme otra vez con más fotografías para seducirme?

—¿No lo respetarás, verdad?

Talia se encogió de hombros y se aferró a su actitud indiferente ya que sabía que no tenía otra defensa.

—Sé que en el gran mundo de los negocios, uno no se puede dar el lujo de tener sentido del humor. No obstante, para nosotros, el resto de la gente, suele ser muy útil. Se hace tarde, Kane.

En lugar de responder, la besó con una brutalidad que la dejó sin aliento. Cuando sintió que Talia se dejaba caer, vencida, sobre su pecho, la soltó y salió del baño.

Una rígida tensión predominó en el coche el resto del viaje. Talia tenía la impresión de que Kane esperaba que ella saltara del vehículo y corriera. No lograba comprender su preocupación. Sin embargo, no hacía nada por aliviarla. Una mujer en esas circunstancias necesitaba toda la ayuda psicológica que pudiera conseguir. En cuanto Kane se diera cuenta del poder que ejercía sobre ella, estaría perdida.

Esos pensamientos sólo servían para angustiarla. Cuanto más se acercaban al pequeño pueblo del norte de California, más nerviosa se sentía.

—No has dicho nada en más de una hora —observó él sin quitar la vista del zigzagueante camino costero. A la izquierda, el océano Pacífico golpeaba y rugía contra los acantilados.

—Tú tampoco has estado muy hablador —respondió ella.

—¿Acaso te preocupa no hallar a Westbrook? —aventuró Kane con un deje de suavidad en la voz.

—¡Oh, Kane! Es tan difícil creer que nos estamos acercando… ¡Después de todos estos años! ¡Para ser sincera, creo que me asusta más la idea de encontrarle que de no localizarle jamás!

Él dudó un instante.

—¿Te arrepientes? No es demasiado tarde aún…

—¡No! No puedo renunciar ahora.

—Entonces, cálmate.

—No me hables en ese tono. Me pones más nerviosa.

Kane sonrió y la miró de reojo.

—Perdona. Es que también yo estoy algo nervioso.

La sinceridad de él suavizó la tensión y Talia le ofreció una sonrisa trémula.

—¿Temes que Westbrook lleve a juicio a tu compañía por no respetar su vida privada? —inquirió.

—En ese momento, tengo otras preocupaciones —hizo una pausa y luego prosiguió con lentitud—. ¿Te decepcionarla mucho no hallar rastros de él?

—Me sorprendería mucho encontrarle. Quiero decir, un hombre como Justin Westbrook ha tenido mucha experiencia en pasar inadvertido, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿Qué tratas de hacer? ¿Prepararme para lo peor?

—Este pueblo es la única pista que tengo. Si no resulta…

Talia se volvió para mirarlo, presa de repentinas sospechas.

—No crees que resulte, ¿no es cierto?

—No —suspiró y agregó—. Es una posibilidad muy remota pero…

—Pero me convenciste para que la siguiera porque era lo único que tenías para negociar conmigo, ¿correcto?

Kane se encogió de hombros.

—Como tú has dicho, era lo único que tenía.

—Kane, ¿acaso me estás diciendo que tu pacto no fue de buena fe?

—La pista como tal, es válida —siseó insistentemente, sin quitar la vista del camino.

Talia se echó para atrás en el asiento. Se dio cuenta de que no le sacaría ni una palabra más. A su nerviosismo se sumó el suspense.

El pueblo era pequeño. Estaba enclavado en los acantilados, como apoyado en el puerto. Edificios y casas castigados por el clima se aferraban en las zonas cercanas al agua, y mansiones de estilo victoriano se erguían más arriba, buscando una vista apacible.

Talia observó el paisaje con gran interés.

—¿Qué vamos a hacer, Kane? ¿Revisar la guía de teléfonos?

—Olvídalo —respondió—. Ya lo intenté.

Talia le miró con sorpresa.

—¿Ningún Westbrook?

—¿Creíste que habría alguno? —sonrió con un deje burlón. Recuerda que buscaba intimidad.

—Podríamos preguntar a los habitantes del lugar. Westbrook debe de haber llegado aquí hace dos años —sugirió con lentitud. Comenzaba a darse cuenta de que Kane la había apresurado tanto la noche anterior que no habían tenido tiempo de pensar en una estrategia de búsqueda. ¿Qué hacer para encontrar a un hombre cuando ni siquiera se tiene una descripción detallada de él?

—Lo primero que haremos será buscar hospedaje. No falta mucho para que anochezca y en lugares como éste no hay muchos hoteles.

Aunque estaba ansiosa por comenzar con la investigación, Talia no podía negar la validez de la propuesta. Sin embargo, la idea de quedarse en otro hotel con Kane Sebastian la intranquilizaba tanto como la posibilidad de estar en el mismo pueblo que Justin Westbrook.

Curiosamente, el empleado de la gasolinera no les recomendó un hotel, sino una encantadora posada de estilo victoriano. Era una mansión que había mandado construir el capitán de un barco hacía ya tiempo, y que una pareja de mediana edad había convertido en lugar de hospedaje.

La alegre señora de pelo gris de la recepción echó un vistazo al dedo sin anillo de Talia y sonrió desafiantemente a Kane.

—Desean dos habitaciones separadas, ¿verdad?

—Mi esposa y yo utilizaremos sólo una habitación —replicó él con toda delicadeza.

Talia se estremeció y se dio la vuelta, fingiendo querer admirar el antiguo hogar victoriano. No obstante, percibía la batalla que se libraba a sus espaldas. No se sorprendió al descubrir que la propietaria resultaba derrotada.

—Muy bien —declaró en su derrota—. Tengo una hermosa habitación en el segundo piso, con vistas al puerto.

—Estará bien.

Veinte minutos más tarde, cuando Kane entró con la pequeña maleta en la habitación de la esquina, Talia le siguió, en silencio.

—Y ahora, ¿qué ocurre? —preguntó él mientras depositaba la maleta en el suelo de madera.

Talia tenía la mirada clavada en la enorme cama que ocupaba la mayor parte de la alcoba. Estaba cubierta por un gigantesco edredón hecho a mano. En un rincón, un hogar de piedra esperaba listo para que lo encendieran. En la pared opuesta, había un enorme armario,

obviamente diseñado por el mismo artesano de la cama.

—Nada —respondió con falsa naturalidad, volviendo a recorrer el cuarto con la mirada, esquivando la cama.

—Talia Haywood, a veces eres… —comenzó a decir Kane con tono amenazador al tiempo que se llevaba las manos a las caderas con impaciencia.

—Querrás decir Talia Sebastian, ¿verdad? —le corrigió ella con impaciencia.

—Conque es eso. ¿Qué querías que hiciera? El aburrido e indiferente empleado del hotel de anoche ni se inmutó, pero la señora Stanton estaba dispuesta a jugar a la tía moralista.

—No deseo discutir el tema —dijo Talia, sabiendo que no tenía derecho a protestar. Ella había aceptado las condiciones de Kane—. Lo único que ocurre es que no me gusta mentir para salir del paso —añadió.

—Creo recordar que muy recientemente no te importó mucho recurrir a algunas mentiras para salir del paso —replicó Kane. Ella pensó que la iba a abrazar. Sin embargo, al ver la expresión disgustada en el rostro femenino, Kane asintió con la cabeza y pareció cambiar de idea. Talia le maldijo por haber triunfado otra vez.

—Por lo menos tenemos baño privado —agregó él como si deseara charlar—. A veces, en estos hoteles antiguos, tienes que compartir el baño con toda la planta.

Talia observaba la espalda masculina. No sabía si agradecerle o reprocharle el cambio de tema. Decidió sacar de la bolsa su vestido negro, la única ropa que llevaba.

—He estado pensando —dijo por encima del hombro, ansiosa por demostrar que era tan rápida como él para olvidar el problema de los falsos matrimonios— que tal vez deberíamos empezar por el puerto. Tu anterior encargado mencionó algo de que Justin había pensado en alquilar botes de pesca, ¿no es cierto?

—De acuerdo. Cualquier lugar sirve para comenzar.

Un rato después, cuando Talia se bajó del Lotus rojo, oyeron un descarado silbido de admiración proveniente de uno de los tantos barcos pesqueros que merodeaban por los muelles. Ella no hizo caso, pero Kane la cogió de la mano con aire posesivo.

—¡Por Dios! ¡No mires! —siseó—. Los alientas de ese modo.

—Es culpa tuya por comprarme unos vaqueros tan ceñidos.

Talia rió silenciosamente.

—Compré la talla que me encargaste. La próxima vez te traeré una más grande.

—Kane, me estoy poniendo nerviosa, en serio.

—Tranquilízate. Lo más probable es que ahora no encontremos nada.

—Tengo un presentimiento…

—Me temo que tienes demasiada imaginación —bromeó.

Ella sabía que él se estaba esforzando por serenarla. De pronto, se sintió agradecida por el apoyo que le brindaba y le apretó los dedos con suavidad. Kane respondió de la misma manera y le sonrió. Una sonrisa llena de ternura.

—Creo que nunca llegué tan lejos en mis fantasías —confesó Talia —. Ni siquiera he pensado en qué voy a decirle a Justin si vuelvo a verle.

Comenzaron a caminar hacia los muelles mientras observaban las hileras de botes, grandes y pequeños, que estaban amarrados allí. El pueblo se jactaba de tener una apreciable flotilla pesquera.

—¿Quieres empezar con el primer boté y hacer algunas preguntas? —sugirió Kane.

—No… será mejor que antes caminemos un poco.

—Pensé que te arrojarías sobre la primer persona que viéramos y le exigirías que te señalara el bote de Justin Westbrook.

—No bromees. Ya estoy bastante nerviosa.

Kane la acercó a sí. Le soltó la mano y le rodeó la cintura con el brazo.

—Está bien, querida. Pasearemos un rato hasta que juntes coraje para hacer preguntas.

Con lentitud, como si fueran turistas, vagaron por los muelles y saludaron con amabilidad a los hombres que trabajaban en la zona.

—¿Serías capaz de reconocerle? —susurró ella en un momento dado.

—Jamás le vi. Recibí la visita del hombre para quien Westbrook trabajaba. Me explicó la situación y me preguntó si me molestaría hacerle figurar en la lista de personal. Dije que no. Ése fue el principio y el fin de mi carrera como espía.

—¿De veras?

—Sí. ¿Y tú?

—Han pasado demasiados años y no le he visto desde que era una niña. No podría reconocerle.

—Bien, basta con encontrar a alguien que parezca un espía jubilado —bromeó él.

Estaban llegando al final del muelle cuando Talia, que iba leyendo los nombres de los botes para distraerse, se detuvo con brusquedad.

—¿Qué pasa, querida?

—Kane —murmuró con voz trémula—, ese nombre…

Él siguió la dirección de los ojos femeninos.

¿El Allison Lee? ¿Te recuerda algo?

Antes de que Talia respondiera, un hombre salió de la cabina principal del gran bote azul y blanco que, evidentemente, había sido diseñado para la pesca deportiva. Era un hombre de unos sesenta años; no obstante, había un toque de vigor en el cuerpo todavía ágil. El pelo plateado, que alguna vez había sido oscuro, estaba semioculto debajo de una gorra. Llevaba unos vaqueros gastados y una camisa de algodón. Un reloj de oro en la muñeca izquierda destellaba bajo el sol de la tarde como una nota de lujo.

Echó un vistazo a la silenciosa pareja que le miraba desde el muelle. Luego, los cansados ojos se llenaron de amabilidad y esperanza. Pero Talia había alcanzado a ver algo más de esa mirada. Por un instante, había habido una chispa de penetrante atención y alerta que, en dosis grandes, hubiera resultado inquietante.

—¿Buscan un bote para pescar? —preguntó el hombre con alegría mientras permanecía de pie en cubierta, en actitud de confianza. Talia había notado ese tipo de seguridad en Kane y sabía que provenía de un profundo sentido de autodominio.

Durante unos minutos, los tres permanecieron inmóviles. El pescador esperaba a que los visitantes hicieran la petición correspondiente.

Junto a ella, Kane aguardaba en silencio. El brazo masculino le sujetaba la cintura con tanta fuerza que demostraba que él se daba cuenta de sus turbulentas emociones. Talia observó el bronceado y arrugado rostro del hombre en un intento desesperado por recordar.

—¿La amó usted mucho? —susurró por fin. La brisa del océano mecía los mechones sueltos de pelo castaño que enmarcaban las facciones tensas.

Como si la pregunta hubiera hecho girar una llave mágica, la

natural amabilidad desapareció de los ojos grises que se clavaron en los de Talia con intensidad. Hubo un largo silencio.

—¿A Allison Lee?

—Sí —murmuró. Casi no se atrevía a hablar.

—Era —explicó con cuidado y lentitud— la esposa de mi mejor amigo. Me aseguré de que no se enterara jamás de lo que sentía. Sí, la amaba mucho —el anciano esperó.

—Soy Talia —dijo con naturalidad—. Allison Lee era mi madre —no era necesario decir nada más.

Vio que el hombre se ponía rígido. Los ojos la atravesaron con repentina profundidad.

Asintió, agradecida a Kane por sostenerla.

—La hija de Cameron —anunció Justin Westbrook sin poder creerlo. Extendió la mano para tocarla. Kane la soltó para que Talia se acercara al bote y se confundiera en un abrazo con el anciano pescador.

—Mi nombre es Kane Sebastian —dijo en voz baja cuando los ojos de Westbrook se fijaron en él por encima de la cabeza femenina—. Un ex jefe suyo. Lamento interrumpir este emocionante encuentro, pero me temo que traemos problemas. ¿Alguna vez oyó hablar de un hombre llamado Aaron Pomeroy?

# Capítulo 9

Pomeroy es muy torpe —anunció Justin Westbrook, mucho más tarde, sentado con Kane y Talia en el cálido comedor de la vieja mansión—. Pero aun los torpes tienen su utilidad. Es un espía doble de poco nivel con quien me crucé hace unos años. Es informador de una pequeña, pero emprendedora nación del Medio Oriente a la que le gusta pensar que está infiltrada en la seguridad, norteamericana. Se decidió no quitar a Pomeroy del medio y darle el tipo de información que el Departamento desee que llegue a ese país del Medio Oriente.

—¿Un espía doble? —exclamó Talia, extasiada.

—No le haga caso —aconsejó Kane al otro hombre—. Lee demasiadas novelas de espionaje.

Justin rió. Talia dirigió una mirada fulminante a Kane por encima de una cucharada de sopa casera de almejas preparada por la señora Stanton.

—Pomeroy sabe que sé todo acerca de él. Cree que soy el único, de modo que resultó conveniente hacerle creer que yo había muerto. En aquel entonces, había algunas personas repartidas por el mundo que yo sabía que quedarían más tranquilas si también me creían muerto. Así fue cómo decidí retirarme… —Se encogió de hombros, enfundado en la camisa y corbata que había logrado encontrar para la cena.

Kane extendió el brazo y recogió las fotos que había estado mostrando a Justin.

—Nadie me dijo nunca que destruyera los archivos de su trabajo —comentó Kane con tono pensativo—. ¿Quizás debería haberlo hecho?

—¡No, en absoluto! Mi empleo en su compañía tenía que parecer

legal —le aseguró Justin y sonrió con repentina reminiscencia—. Además, lo era. ¿Acaso no conseguí ese pedido de válvulas de aquella empresa perforadora?

—Tiene razón. Lo había olvidado. ¡Me reí mucho cuando apareció el pedido a través de la sección de Compras! Creo que nunca tuve la oportunidad de agradecérselo.

Justin descartó la gratitud con un gesto.

—Era lo menos que podía hacer. Le hizo usted un gran favor al Departamento al aceptarme como empleado. McCary había conectado con un par de empresas antes de dar con la suya y ninguna quiso arriesgarse a encubrir a un agente del gobierno en Sudamérica. No es bueno para la imagen de la empresa si se llega a saber públicamente, ¿comprende? —agregó con ironía.

—Lo sé —asintió Kane con la misma ironía. Alzó una ceja en dirección a Talia, pero ella no le prestó atención. Ya se había desquitado lo suficiente con ella por el intento de soborno. ¡No permitiría que la hiciera sentirse culpable!

—De modo que creíste que el informe sobre mi muerte era demasiado exagerado, ¿no es cierto? —Justin sonrió a Talia al tiempo que devoraba la langosta—. Te felicito por tu intuición. Me cuesta creer realmente que me hayáis encontrado. ¿Cuánto tiempo os llevó hacerlo, siguiendo todas esas pistas falsas?

—Hace años que se volvió un pasatiempo para mí —explicó ella—. En realidad, desde que papá murió —se apresuró a continuar al ver una nube momentánea que ensombreció aquellos ojos acerados. Ya habían tocado ese tema doloroso—. Supongo que empecé porque había algo del asunto que me fascinaba.

—No tienes que explicarlo —murmuró Justin—. Te entiendo.

—¿De veras?

—Claro. Seguir una pista hasta el final brinda una emoción muy especial. Se te mete en la sangre. ¿Qué pensaste ayer cuando Pomeroy comenzó a hacer preguntas?

—Al principio no supe qué pensar. Sólo presentía que algo no andaba bien.

—Tienes buenos instintos —acotó Justin con una sonrisa—. ¿Nunca se te ocurrió que él podía estar diciendo la verdad? ¿Qué quizá yo no fuera el bueno de la historia?

—¡Por supuesto que no! —replicó, escandalizada.

—¿Y usted, Kane? —preguntó Justin con interés.

Kane le miró a los ojos por un instante y luego sonrió.

—En cuanto Talia me habló de Pomeroy, me imaginé que no andaba en nada bueno —afirmó.

—¿Porque confía en sus instintos?

—Siento el mayor de los respetos por la intuición de Talia pero… —Se paró y la observó con pesar. Tenía algo más en qué basar mis sospechas. Cuando recibí la respuesta a mi telegrama, comencé a preocuparme.

—¿Sobre lo que sucedería si me encontraban? —sonrió Justin con expresión comprensiva.

—Exactamente. Así que hice algunas averiguaciones y al final llamé a McCary, su antiguo jefe.

—¡Ah!

—¡Kane! ¡No te creo! ¿Por qué diablos…? —Talia se volvió hacia él con fastidio.

—No te enojes, querida. Sólo quería asegurarme de que no ibas a meterte en un lío. No creí que encontraríamos a Justin, pero sabía que insistirías en registrar el pueblo enteró. ¿Qué hubiera pasado si le encontrábamos y luego nos enterábamos de que existían razones por las que debía permanecer oculto?

—¿Y qué te dijo… ese McCary? —quiso saber ella.

—Bueno, insistió en que Justin estaba muerto, pero cuando le hice una pregunta hipotética…

—¿Qué pregunta? —le interrumpió Talia, molesta por no haber sido informada de las andanzas de Kane.

—Algo acerca de lo que ocurriría si mi encantadora y perseverante prometida lograba encontrar a un Justin Westbrook no tan muerto…

—¡Prometida! —Talia le lanzó una mirada furiosa—, ¡prometida! —¡Kane y sus mentiras!

Kane le sonrió con dulzura y se volvió hacia Justin.

—En respuesta a mi pregunta hipotética, McCary me aseguró que el gobierno de Estados Unidos no ponía ninguna objeción a que usted estuviera vivo y despreocupado. Que había servido bien a su país y que merecía retirarse con tranquilidad. Por desgracia, yo todavía no sabía nada de Pomeroy, de modo que no pude preguntar nada de él.

—Justin, ¿qué hubiera sucedido si le hubiéramos guiado directamente hacia usted? —preguntó Talia con súbita preocupación.

—Tranquilízate, Talia. ¿Cómo podías saber que una de las numerosas cartas en las que solicitabas información terminaría sobre el escritorio de Pomeroy y despertaría su interés? —La reconfortó Justin—. En cualquier caso, me parece probable que la utilidad de Aaron Pomeroy se haya agotado. No creo que a McCary le afecte mucho tener que poner fin a su empleo en el Departamento.

—¡Poner fin! —repitió Talia con estupor.

—Tiene una imaginación activa, ¿verdad? —señaló Justin a Kane.

—Traté de advertírselo.

Justin se volvió de nuevo hacia Talia con un deje divertido en los ojos grises.

—No te preocupes, querida. La mayoría de los espías, como la mayoría de los hombres de negocios, mueren en sus camas a una edad muy avanzada. Descubrir los verdaderos servicios de Pomeroy será suficiente para neutralizarle.

—Comprendo —contestó Talia, sintiéndose como una tonta.

—Un asunto del que me ocuparé mañana con una llamada telefónica a McCary —dijo Kane—. No pasará mucho tiempo hasta que Pomeroy se de cuenta de que le convendría marcharse del país. ¡No quiero que se quede por aquí a molestarnos!

—Fue muy astuto por tu parte sospechar de él desde un principio. Por otra parte, no me extraña que una hija de Cameron y Allison sea sagaz. ¿En qué me dijiste que trabajabas?

—Imparte seminarios sobre administración a personas como yo —explicó Kane, extrayendo una almeja de la fuente que tenía delante—. Y es condenadamente buena. Pregúntele a sus alumnos.

—¿Es usted alumno de ella?

—Kane nunca necesitó clases. Posee habilidades naturales. Como yo no las tengo, las enseño. Pero quiero que hablemos de usted, Justin. ¿Por qué dejó de escribirnos? Mamá y papá creyeron que estaba muerto.

Por un largo instante, Justin la miró por encima de la mesa.

—Es algo difícil de explicar.

—¿Fue a causa de mamá?

—Como te dije, ella era la mujer de mi mejor amigo. Jamás les habría hecho daño a ninguno de los dos. Y tampoco hubiera podido ofrecer a Allison lo que ella deseaba y necesitaba.

—¿Una vida familiar estable y segura?

Él asintió.

—Me mantuve en contacto durante mucho tiempo porque no podía tolerar no hacerlo. Cuando naciste tú, te miraba, e imaginaba que podrías haber sido mi propia hija. Solía enviarte regalos.

—Los guarde todos, Justin —respondió con lágrimas en los ojos.

—Te lo agradezco —sonrió él—. De todos modos, un día sencillamente decidí que no le hacía bien a nadie al tratar de mantener el poco contacto que teníamos. Sabía que si seguía regresando a casa de tus padres entre trabajo y trabajo, algún día trataría de marcharme con Allison. ¿Cómo podía hacerle eso a tu padre? Así que dejé que el contacto se perdiera. Era más fácil así.

Talia extendió una mano y le rozó un brazo con un gesto cariñoso.

—Ella está sola ahora, Justin. ¿Quieres su dirección?

—¡No podría ir a verla! —exclamó con angustia—. ¡Han pasado muchos años! ¡He aquí el agente secreto confiado y seguro de sí mismo!

—¿Por qué no?

—Bueno… lo pensaré —susurró—. Ella nunca supo de mis sentimientos.

—No le será fácil dar con ella, eso lo reconozco —sonrió Talia con picardía—. Primero tendrá que encontrarla. Ya no es la mujercita de su casa que conoció. ¡La última vez que supe de ella estaba en Acapulco!

Justin la miró con incredulidad y luego rompió a reír a carcajadas.

—¡De modo que mi pequeña Allison por fin decidió conocer mundo!

—Me temo que sí.

—Podría ser interesante —comentó con un brillo cálido en los ojos —. Hay muchos lugares que podría mostrarle…

La conversación prosiguió durante un buen rato y Kane participó más y más a medida que el tema pasaba de lo personal a las fascinantes anécdotas del antiguo trabajo de Justin.

Al finalizar la velada, mientras los tres bebían coñac frente al hogar encendido del vestíbulo, apartados de los otros huéspedes, Talia descubrió que no estaba atenta a la conversación. Pero no le importó. Le alegraba ver que Kane estaba cautivado por el misterioso Justin. Quizá la nueva amistad ayudaría a calmar el carácter tempestuoso y el recelo que había estado demostrando su amante durante todo el día.

Su amante… Tal vez fuera mejor decirlo de otro modo: el hombre a quien amaba. Talia seguía sin saber lo profundo que era lo que él sentía por ella. Pero lo cierto era que la deseaba, se dijo mientras miraba el fuego. La deseaba y se lo había probado. ¿Qué hombre perseguiría a una mujer, ofreciendo, todo lo que tenía para atraerla, si no la deseaba con intensidad?

—¿Está claro entonces? —sonrió Justin poniéndose de pie y echando una mirada distraída al reloj de oro que llevaba en la muñeca —. ¿Os espero en el puerto alrededor del mediodía? Podremos pescar un poco, Kane, si a Talia no le molesta sentarse al sol y admirar nuestras hazañas —la observó con una ceja alzada y expresión cariñosa.

—¡Siempre y cuando no tenga que limpiar los peces! —exclamó ella, incorporándose para depositar un rápido beso sobre la mejilla de Justin—. Un paseo en bote me parece maravilloso.

—Bien. —Justin la miró por un momento y sacudió la cabeza con incredulidad—. Es difícil creer que después de todos estos años…

—Lo sé —sonrió ella con calidez—, lo sé.

Justin se despidió de Kane con un apretón de manos. Kane rodeó los hombros femeninos con un brazo mientras observaban a Westbrook perderse en la noche.

—¡Qué hombre! —exclamó Kane, guiándola hacia las escaleras que llevaban al segundo piso—. Fascinante. ¿Te das cuenta de lo que significa haberle encontrado? ¡Es increíble, Talia!

Abrió la puerta del dormitorio, ella rió y entró en la acogedora habitación. Se volvió hacia él con los ojos brillantes y el ribete dorado del vestido resplandeció bajo la luz.

—¡No podía creerlo cuando vi el bote! ¡Fue muy emocionante! ¡Resolver por fin el misterio después de tantos años! ¡Cuando me acuerdo de todas las agencias gubernamentales y los burócratas con los que tuve que trabajar…! ¡Todas las pistas que seguí…!

Lo vio acercarse al espejo del tocador y comenzar a aflojarse la corbata. Los ojos verdes y enigmáticos se toparon con los suyos en el espejo.

—Ninguna de esas pistas me hubiera servido si tú no hubieras decidido ayudarme, Kane —confesó de pronto—. El éxito final te lo debo a ti.

—¿Te sientes agradecida? —preguntó con sorna al tiempo que se

quitaba la corbata y la dejaba caer sobre el tocador.

Talia se ruborizó y fingió no entender lo que él quería decir. Se adelantó con las manos extendidas y una sonrisa amorosa.

—Sí —afirmó mientras él le cogía las manos y la atraía hacia sí.

Kane no le devolvió la sonrisa. Había una extraña intensidad en su mirada cuando la estrechó contra su pecho, llevándole los brazos alrededor de su cuello. La besó de forma lenta y deliberada, utilizando sus encantos para que la boca femenina se entregara con voluntaria sumisión. Talia no hizo intento alguno de resistirse. Estaba enamorada y el hombre que amaba acababa de hacerle un favor enorme. Sí, sentía gratitud y otros sentimientos mucho más poderosos…

Cuando Kane levantó la cabeza para contemplar los ojos suaves y soñadores de Talia, la intensidad de su mirada había dado paso a otra cosa. Ella comprendió que él había tomado una decisión. Le miró con ojos asombrados e interrogantes.

—Talia —comenzó, acariciándole los brazos con sutileza—. Talia, mi vida, escúchame. Hasta ahora lo único que quise hacer fue convencerte de que tuviéramos una aventura. ¿Comprendes? Desde aquel primer día en que apareciste en mi oficina supe que iba a vivir un romance contigo.

—Kane, por favor, no es necesario que hables de eso ahora.

Él pasó por alto la interrupción, descartándola con un movimiento de la cabeza.

—También estaba decidido a que aprendieras desde el principio que no podrías chantajearme a tu antojo.

Talia se sonrojó al recordar, pero antes de que pudiera decir nada, Kane prosiguió con voz tensa.

—Pero te subestimé. Pensé que una vez que te hubiera demostrado que no me iba a dejar intimidar por alguien dulce y suave como tú, podríamos llevar adelante la relación en la que yo llevaría la voz cantante. Realmente supuse que te tenía bajo control después de la noche en que hicimos el amor en mi casa —hizo una mueca irónica—. Me sorprendí cuando insististe en regresar al hotel, pero me dije que te calmarías al día siguiente. ¡Nunca se me ocurrió que te marcharías de la ciudad! Hablando de vanidad masculina… Y de juzgar mal la dinámica de poder de una situación… —añadió con sorna.

—¡Por favor —gruñó ella—, no hace falta que me repitas mis propios discursos!

—¡Pero si he aprendido mucho de ellos! —replicó él con un toque de humor que pronto desapareció—. De todas formas, te perseguí con lo único que me quedaba para ofrecerte. ¡Era obvio que no ibas a regresar a Sacramento porque yo te lo ordenara!

—Kane —susurró—, ¿qué estás tratando de decir?

—Dame un minuto y procuraré ser más claro —suspiró—. Te seguí a pesar de que sabía que no podía obligarte a tener una aventura. Mi brillante arte amatorio no había sido suficiente para convencerte y no quedaba otra alternativa más que negociar. Te di la información que deseabas y te propuse un trato. Anoche… —Respiró profundamente—. Anoche cuando aceptaste el acuerdo y pagaste la primera parte del trato…

Talia dio un suspiro ante la forma en que él descubría su amor, pero permaneció callada.

—… comprendí que no estaba obteniendo todo lo que quería —concluyó Kane con brusquedad—. ¡Y soy demasiado ambicioso como para conformarme con menos!

—¡Pero, Kane! —Talia le miró con angustia.

—¿Qué más quieres?

—Para empezar, deseo mucho más que gratitud —informó con vehemencia—. Quiero más que tu consentimiento al trato. Y estoy dispuesto a esperar hasta que puedas darme lo que quiero. Dios es testigo de que he aguardado mucho tiempo a que aparecieras en mi vida. Pero no puedo esperar si duermo en la misma cama que tú. Mi autocontrol tiene límites.

Se alejó como si la piel de ella le quemara y se dirigió al tocador. Con rapidez, extrajo sus pocas prendas del cajón y las metió en la pequeña maleta.

—¿Adónde vas, Kane? —preguntó, confundida—. ¿No… no me deseas?

Él le lanzó una mirada penetrante y reanudó su actividad.

—Claro que te deseo. Te deseo tanto que el marcharme de aquí me desgarra las entrañas. Voy a permanecer despierto en otra habitación que sin duda la señora Stanton se alegrará de darme, y pensaré en lo tonto que soy por dormir solo.

Talia se dio la vuelta cuando él pasó junto a ella en dirección a la puerta.

—¿Y qué hay de la relación que tanto querías? ¡No te comprendo,

Kane!

—Vamos a tener una relación —aseveró con tanta firmeza que ella le creyó—. Pero esta vez comenzará bien. La próxima vez que estés entre mis brazos no será porque estés pagando tu parte del trato o porque te sientas agradecida.

Se marchó del dormitorio hacia las escaleras antes de que ella pudiera reaccionar. Talia contempló la puerta cerrada con asombro, oyendo las pisadas que descendían. Entonces, se lanzó a la acción.

Abrió la puerta, corrió hasta el extremo del descansillo y miró por la barandilla.

—¡Kane!

Él levantó la vista.

—¡Kane Sebastian, no te atrevas a dejarme plantada! —le amenazó sin que le importara que la escucharan los otros huéspedes—. Si me dejas esta noche te… te demandaré por romper tu promesa. ¡Le diré a la prensa de Sacramento que trataste de obligarme a ser tu amante! ¡Me encargaré de que todos tus amigos y conocidos se enteren de que te rebajas a hacer tratos con mujeres! Te… te…

Forzó su mente con desesperación para hallar más amenazas mientras algunos curiosos comenzaban a congregarse en el vestíbulo y a mirar hacia arriba. Kane también miraba, como embelesado por lo que estaba observando en el piso superior.

—¿Más amenazas Talia? —murmuró con una mano sobre la barandilla—. ¿Vas a enfadarme para que suba?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—¡Porque… porque lo que siento no es gratitud, maldito sea! Deja de comportarte como una víctima mortificada. ¡No te sienta bien!

Una sonrisa lenta y traviesa se dibujó en el rostro varonil. De pronto, Kane corrió escaleras arriba con un paso felino que le hizo estremecerse con anticipación.

—No es uno de mis papeles preferidos —asintió él con tono de disculpa—. Dime, ¿son reales las amenazas?

—¿Vas a desafiarme para averiguarlo? —susurró Talia, aferrándose a la barandilla mientras le esperaba.

—No —admitió Kane, acercándose a ella con deliberada lentitud —. Sé reconocer cuando estoy vencido. Además, no me atrevería a enfrentarme con una experta chantajista como tú. Eres implacable,

¿verdad?

La cogió del brazo y la empujó con suavidad hacia la habitación. Cerró la puerta con una violencia que debió satisfacer a los curiosos que seguían mirando.

Depositó la maleta en el suelo y la abrazó con fuerza.

—Talia —dijo en voz baja y muy seriamente—. ¿Talia, mi vida, tanto me deseas?

—Sí —era la verdad. Se estrechó contra él y ocultó el rostro en su pecho. Con el tiempo, se juró, con el tiempo le contaría toda la verdad. La verdad sobre el amor que sentía por él.

—¿No es sólo gratitud? —insistió él, acariciándole la espalda con movimientos sensuales.

—Nunca lo fue. ¡Oh, Kane… te deseé desde el primer día!

Le sintió estremecerse ante la susurrante confesión. Las caricias se volvieron más cálidas y seductoras.

—Gracias, Talia —murmuró contra el pelo femenino—. Gracias por esas palabras. Esta tarde, me di cuenta de que no toleraría que estuvieras conmigo por gratitud o por cumplir tu parte del trato. Sabía que podía hacerte admitir que me deseabas cuando te tomara en mis brazos, pero no era lo mismo que oírte pronunciar esto fuera de la cama. Bajo el fuego de la pasión, la gente dice muchas cosas. Pero quiero algo más que una relación de alcoba contigo. Mucho más, Talia. ¡Te amo!

Si no hubiera estado, sujetándola con fuerza, Talia se habría desvanecido.

—Oh, Kane. ¿Es cierto? Creo que te amé desde el primer momento.

—Mi amor —dijo él con dulzura y consumiéndola con la mirada—. ¿Estás segura? ¿No es sólo gratitud…?

—Por cierto que no es gratitud —declaró con vehemencia—. En realidad, Kane Sebastian, hay cosas que tal vez jamás te perdone. Tiene que ser amor. ¡No hay otra explicación para mi conducta!

—Cuando decidí seguirte en esta aventura, comprendí que no era una simple atracción física lo que sentía por ti —sonrió encantado.

—¿Acaso supones que siempre permito que las mujeres me manipulen con tanta facilidad?

—¡No te he manipulado! ¡Dejaste bien claro desde el comienzo que todo, todo se haría siguiendo tus condiciones!

—¡Y fracasé cada vez que intenté imponerlas! ¡Me has intimidado

hasta el punto de hacerme sucumbir públicamente a tus amenazas y obedecer tus órdenes con toda docilidad! ¿Qué crees que deben pensar de mí los otros huéspedes? —rió mientras sus dedos se deslizaron por el vestido negro—. ¡Allí estaba yo, subiendo las escaleras como un cordero camino al matadero!

—¡Qué cosas espantosas dices!

—Ten piedad de tu víctima, mi amor, que ha sufrido mucho.

El vestido cayó a los pies de Talia cuando los inquietos dedos masculinos le bajaron la cremallera. Un instante después, siguió la camisa de Kane.

Al cabo de unos minutos, estaban desnudos y él se alejó para observar el delicado cuerpo.

—Eres tan hermosa, tan cálida, suave y seductora… ¿Sabes lo que significa para mí cada vez que respondes a mis caricias? —Le rozó los senos hasta hacer erguirse los pezones. Talia se estremeció y le echó los brazos al cuello.

—¿Un bálsamo para tu ego? —sonrió ella—. ¿Te hace sentirte poderoso saber que despiertas en mí una gran pasión?

—Es un arma de doble filo —replicó con el rostro encendido por el deseo—. Por un lado, me siento como el comandante de un ejército victorioso —la cogió en brazos y la llevó hacia la cama—. Pero por otra parte, tomo conciencia de lo vulnerable que soy. No soporto la idea de que algún día puedas cansarte de mí. O peor aún, de que encuentres otro hombre. Quiero ser tu único dueño. ¡Dios, cómo te amo, mi vida!

La depositó sobre la cama y se quedó contemplándola por un instante.

—Pídeme que te ame —le ordenó con suavidad—. ¡Quiero saber que me necesitas!

¿Cómo podía ella negarse?

—Por favor, hazme el amor, Kane querido. Déjame mostrarte cuánto te amo —abrió los brazos con la mirada teñida de amor.

—Te daré todo lo que desees, Talia —susurró, aproximándose con un ardor embriagante—. Cualquier cosa. ¡Sólo ámame durante toda la eternidad!

La besó con pasión mientras le recorría el cuerpo con las manos.

—Eres lo único que quiero —logró murmurar ella.

Liberó sus sentidos para recibirle y se sintió plena. No había

hablado de matrimonio, ella sabía que podía confiar en su amor. ¿No era eso lo más importante? Quizá con el tiempo él querría comprometerse más formalmente. Por el momento, Talia estaba satisfecha.

—Talia, mi dama de seda y fuego —susurró él contra la curva de uno de sus senos. Ella se arqueaba bajo cada caricia, temblando de placer en cada nueva invitación.

Hundió los dedos en la firme piel masculina. Kane dejó escapar un gemido de incontenible gozo.

—¡Oh, Kane! ¡Kane, mi amor!

Le oyó contener, el aliento. Los sonidos ahogados que brotaban de su garganta parecían excitarle de una forma desbordante.

—Háblame —suplicó él con intensidad—. Háblame de amor. Dime cuánto me necesitas…

—¡Creo que ya lo he dicho todo! —suspiró Talia, enredando los dedos en el pelo castaño rojizo—. ¡Me conviertes en una mujer cuya existencia desconocía!

—Yo no la desconocía —aseguró, deslizando la lengua por el abdomen—. Supe que existía desde el día en que entraste en mi oficina y te atreviste a amenazarme. Tenía que estar seguro de que era a mí a quien esa deliciosa mujer necesitaba. Tenía que encadenarte a mí, Talia. Fue por eso por lo que te mentí para retenerte en Sacramento. Necesitaba más tiempo.

Ella gimió al sentir los dientes de él moviéndose con suma delicadeza sobre sus muslos. La cabeza le daba vueltas de forma vertiginosa.

Los minutos transcurrieron sin medida. Kane encendió el cuerpo de Talia hasta que ella creyó que estallara de placer.

—Por favor, Kane. No soporto más. Ven a mí, ahora.

—Creo que yo tampoco podría aguardar ni un segundo más confesó, acomodándose entre las esbeltas piernas. —Hazme parte de ti, Talia. ¡Te necesito mucho!

Se aferraron con ansiedad casi animal, meciéndose a un ritmo erótico establecido por Kane. Cada movimiento de él sobre el cuerpo femenino alimentaba la energía deliciosa que amenazaba con consumirlos a ambos.

Y así sucedió. La exclamación sorda de Talia recibió como respuesta un grito ahogado y profundo. Hubo conquista y victoria,

entrega y súplica, pero hubiera sido imposible separar las emociones y atribuírselas a alguno de los dos. Estaban entrelazados, formando una parte integral de la magia del momento. La vulnerabilidad iba de la mano del deseo apasionado.

Un arma de doble filo.

# Capítulo 10

Un hombre satisfecho y complacido era algo maravilloso y divertido, pensó Talia a la mañana siguiente mientras escogía un paquete de patatas fritas y lo dejaba caer dentro del carrito de la compra.

Sonrió al recordar el excelente y contagioso buen humor con que Kane había partido esa mañana rumbo al puerto, llevando varios aparatos fotográficos colgados del cuello. Se había despertado prácticamente ronroneando. Le recordaba el ronronear de un dragón, decidió mientras compraba unas latas de cerveza.

Pero, ella también se había levantado de buen ánimo y había aceptado hacer las compras necesarias para el paseo en bote que Justin les había prometido. Y allí estaba, recorriendo los estantes de comestibles, mientras los hombres holgazaneaban alrededor del bote y preparaban el cebo para la pesca. Kane se había mostrado ansioso por tomar algunas fotografías pintorescas del puerto que seguramente después exhibiría con orgullo. ¡Fotógrafos! Ah, bien. Existían pasatiempos peores.

Se dirigió a la caja para pagar y, de pronto, se dio cuenta de que tendría que buscarse otro pasatiempo. El enigma de Justin Westbrook ya estaba resuelto. ¡Si no tenía cuidado, Kane la convencería para aprender fotografía y terminaría yendo a todos lados envuelta con cámaras y equipos!

Aún pensaba en la noche anterior y en la calidez de los ojos de Kane aquella mañana cuando aparcó el Lotus en el puerto. Lo había hecho feliz y esa certeza le producía una sensación de bienestar

indescriptible. Por supuesto, se dijo mientras retiraba los comestibles del carrito, la sensación era mutua. Hasta podía detectar un brillo nuevo en sus propios ojos. Y su cuerpo se sentía maravilloso, acariciado y amado.

Dirigió la mirada de forma automática hacia el bote de Justin en la distancia y casi dejó caer los paquetes al reconocer la figura que había delante de ella.

—¡Aaron Pomeroy!

Por un momento, se quedó paralizada. Su primer e inútil pensamiento fue el de lanzar un grito de advertencia. Jamás lo oirían. Una ola de culpabilidad la invadió. ¡Había guiado a Pomeroy hasta allí, le había proporcionado las pistas que llevaban a Justin!

¡Kane estaba en el bote! Eso la impulsó a la acción. Tenía que hacer algo, y rápido.

Apresuró el paso y cogió unas latas de cerveza que lanzó hacia los ocupantes del bote más cercano mientras les hacía señas.

—¡Ey! Hay una fiesta a bordo del Allison Lee. ¡Vamos!

No fue necesaria una segunda invitación. Entre risas y exclamaciones, los que habían estado descansando o trabajando en sus botes saltaron al muelle. Muy pronto, Talia se vio rodeada de un grupo alegre y bullicioso.

—¡Ey! Te vi ayer, cariño. Supongo que el hombre que te rodeaba los hombros con su brazo es tu dueño, ¿no es cierto?

Talia se ahorró la respuesta cuando otra voz interrumpió para preguntar si hacía falta más cerveza.

—Tengo varias latas —respondió Talia.

—¡Aquí está el hielo!

Talia creyó ver a Pomeroy que se acercaba con rapidez al Allison Lee. Se dio prisa, instando al divertido gentío de su alrededor a que se apresuraran. Lo hicieron con gusto, empujándose para, subir al bote.

Llegaron al Allison Lee en una masa humana alborotada.

Lo que sucedió después fue muy rápido.

Talia estaba en el borde del muelle, a punto de saltar al bote, cuando Aaron Pomeroy comprendió el dilema en que se hallaba. Había sido devorado y arrastrado por los excitados invitados a la fiesta. Retrocedió para alejarse de la multitud y deslizó una mano dentro de su chaqueta.

En ese momento, Justin emergió de la cabina y observó con

estupor a las personas que subían al bote.

Talia agitó una mano con desesperación, señalando a Pomeroy. En ese instante, Pomeroy se dio la vuelta y la vio. La ira reemplazó el pánico que había empezado a reflejarse en sus ojos de mármol. Empujó al espectador inocente más cercano y se encaminó al borde del muelle. Llevaba un arma en la mano.

Talia no tuvo tiempo de evaluar la furia y el miedo. Un grito furioso resonó a sus espaldas.

—¡Talia! ¡Salta!

Era la voz de Kane. No titubeó. Sin pensarlo, saltó. Cayó al agua con fuerza, los comestibles volaron a su alrededor. Un tiro atravesó el aire en el lugar donde ella había estado de pie.

Su primer pensamiento cuando el agua verde cubrió su cabeza fue el de cerrar los ojos para no perder las lentes de contacto. Era un hábito instintivo y de pronto pareció más importante que preocuparse por haber sido casi alcanzada por el tiro de Aaron Pomeroy.

¡Hasta que recordó que la voz de Kane había sonado a sus espaldas! ¡Debía haber sido el próximo en la línea de tiro de Pomeroy!

Salió a la superficie con movimientos desesperados. Alejó unos mechones de pelo de su rostro y abrió los ojos. Kane estaba inclinado sobre el borde del muelle. Aaron Pomeroy se encontraba a sus pies y varios pescadores le estaban atando con cuerdas.

Talia creyó vislumbrar preocupación en los ojos verdes, pero en cuanto Kane vio que ella se encontraba bien, un deje pícaro centelleó en su mirada mientras se descolgaba la cámara fotográfica del cuello.

—Quédate quieta. ¡Será una fotografía memorable!

—¡Tonto! ¿Qué ha pasado con Pomeroy?

—Le golpeé, naturalmente. Estaba tan ocupado disparándote que no me vio hasta que fue muy tarde. ¡Ahora, sonríe! —comenzó a enfocar la cámara.

—Formáis un buen equipo —anunció Justin, inclinándose sobre la barandilla del Allison Lee—. Talia crea la acción y Kane la inmortaliza en una foto. ¿Practicáis mucho juntos?

—No tenía ni idea de que ella podría ser una modelo tan buena. De veras sabe dar vida a una fotografía, ¿no crees? No me mires con tanta furia, querida. ¡Se supone que las mujeres que se van a casar son felices!

—Kane Sebastian, te advertí una vez que no me gustan las

mentiras —le acusó, pero su corazón se llenó de alegría.

—Es un hábito muy feo que tengo y que seguramente sabrás remediar con facilidad, mi amor —sonrió, fotografiándola mientras nadaba hacia el muelle. Varias manos dispuestas se extendieron para asirla.

—¿Estás sugiriendo que te convierta en un hombre honesto? —preguntó al tiempo que la levantaban para depositarla sobre el muelle. Se volvió para mirarle tratando en vano de quitar el agua de sus ropas. Una multitud encantada aguardaba la respuesta de Kane con impaciencia.

—Piensa en todas las incomodidades futuras que nos ahorraríamos —alzó la cámara una vez más para tomar la última fotografía.

—Si me estás pidiendo que me case contigo, podrías muy bien salir de detrás de esa máquina y hacerlo como corresponde.

—Tal vez deba utilizar algunas de estas fotos como soborno para obligarte a casarte conmigo. Imagina lo que dirían tus alumnos si vieran a su profesora en estas condiciones. Fatal para tu imagen, ¿sabes?…

—¡Kane!

Acomodó la cámara en su hombro y pasó con descuido por encima del cuerpo de Pomeroy para cogerla en sus brazos.

—Por supuesto que te estoy pidiendo que te cases conmigo, tontita —murmuró amorosamente—. Supe que me casaría contigo desde aquella noche en que se lo dije a Fairfax.

—¿La noche que se lo dijiste a Richard? —repitió por encima de las risas y los comentarios afables de la multitud—. ¿Lo sabías entonces?

—Cariño, no me extraña que tengas problemas para manejar ciertas cosas como el poder y el chantaje. Parece que no te das cuenta de cuándo logras dominar a tu víctima.

Talia le sonrió con rubor.

—¿De veras he logrado dominarte, Kane?

—Desde el día en que pusiste el pie en mi oficina —el hecho no parecía preocuparle—. ¿Vas a contestarme para que todas estas agradables personas sean testigos de un final feliz?

La sonrisa femenina se amplió divertida. Talia rodeó el cuello de Kane con sus brazos y ciñó su cuerpo húmedo contra el de él.

—¿Y si no lo hago? ¿Si decido tomarme tiempo para pensarlo?

—Entonces te arrojaré al agua y te obligaré a permanecer allí hasta que des la respuesta que deseo —le prometió.

—Como he dicho en más de una oportunidad —suspiró ella— no necesitas dar clases sobre técnicas administrativas. Son innatas en ti. Acepto.

Le besó con ardor mientras Westbrook y la muchedumbre aplaudían.

Horas después, esa misma tarde, Talia estiro las piernas, enfundadas en unos vaqueros nuevos y cogió el vaso de cerveza helada que Kane le ofrecía. El Allison Lee todavía se mecía junto al muelle. La pesca se había postergado para el día siguiente. Justin había estado muy ocupado haciendo los preparativos necesarios para que Aaron Pomeroy fuera discretamente recogido por un par de verdaderos miembros de

F. B. I.

Parecía ser que el

F. B. I.

debía unos cuantos favores al Departamento y estaba dispuesto a retener a Pomeroy hasta que McCary llegara a la costa oeste. El

F. B. I.

no estaba particularmente impresionado con la identificación falsa de Pomeroy. Se había contentado a la muchedumbre en el puerto con una historia razonable sobre un intento de robo desbaratado por la oportuna llegada de Talia. Nadie exigió más información que la proporcionada. Los habitantes de pueblitos pesqueros tenían un arraigado sentido de respeto hacia la vida privada de los demás.

—Tú sí que derrochas ropa, mujer —se quejó Kane con alegría mientras se dejaba caer en el asiento junto a Talia y cogía el plato de patatas fritas que Justin había estado monopolizando—. Después de que nos casemos, tendrás que reducir los gastos. ¡Me niego a comprarte unos vaqueros nuevos todos los días!

Talia frunció los labios con mal humor.

—¿Ya estás estableciendo leyes y reglas?

—Sólo tomo precauciones. Y no te equivoques, fijaré ciertos límites que deberás respetar. Por lo pronto, no habrá más despliegues de destreza como el de hoy, ¿comprendido? ¡Debí envejecer diez años cuando vi a Pomeroy apuntándote con su arma!

—En realidad —interrumpió Justin con gesto pensativo—, fue una

maniobra muy inteligente, Talia. Creo que has heredado el talento de tu padre para pensar y decidir con rapidez. Cameron era muy ágil en ese sentido. Te dije anoche que eres muy intuitiva. Hoy demostraste que sabes actuar en un momento de apuro…

—Justin —interrumpió Kane, observándole, con ojos entrecerrados —, si está a punto de sugerir lo que pienso…

—¿Qué quieres sugerir, Justin? —preguntó Talia, complacida por el elogio. Dirigió una mirada significativa a Kane para que permaneciera callado.

—Bien querida, comentaste que no estabas muy contenta con tu actual trabajo…

—¡No! —explotó Kane, enderezándose con brusquedad.

—Tengo la impresión de que mi idea no será bien recibida —murmuró Justin con aire de disculpa.

—Quiero escucharla. ¡No interrumpas, Kane!

—Sólo iba a decir que lo único que Inteligencia siempre necesita es exactamente eso… inteligencia. Existen demasiados hombres como Pomeroy. Es un milagro que os haya podido seguir hasta aquí… —Se detuvo al ver que Kane se disponía a interrumpirle una vez más—. Cálmate, Kane. Sólo iba a sugerir un agradable y seguro trabajo de oficina. Estoy convencido de que McCary se mostraría interesado y ya que Talia no está satisfecha con su trabajo…

—¡Olvídelo! —Gruñó Kane, ignorando la expresión entusiasmada de Talia—. Me considero un hombre razonable, liberado…

—¡Bah! —La expresiva exclamación femenina no le inmutó.

—¡Pero no permitiré que mi esposa trabaje como agente secreto! Tiene una profesión muy buena y está preparada para dar el próximo paso —declaró.

—¿De veras? ¿A qué te refieres? —Talia le miró con sorpresa.

—Claro que sí —confirmó con un movimiento de cabeza—. Es obvio que ha llegado el momento de que abras tu propia escuela de administración. Tal vez a tu jefe le interese venderte los derechos del Instituto de Capacitación Administrativa. Podrías instalar uno en Sacramento —añadió.

—¿En serio? —dijo ella muy animada.

—Naturalmente. Tienes todo lo necesario para convertir el proyecto en un éxito, cariño. Eres inteligente, perseverante y conoces el tema. Como serás tu propio jefe, no tendrás problemas de la

competitividad. Además te vas a sentir mucho más satisfecha siendo tu propio jefe.

—Oh, Kane… —Talia estaba fascinada. Jamás había pensado en montar algo por sí misma. Su educación, su modo de pensar y su ambiente habían apuntado siempre a sobrevivir en enormes empresas. ¿Por qué no se le había ocurrido probar un camino independiente?

—No sé cómo se encontraba tu nivel de confianza hace tres años —continuó Kane— pero créeme, hoy es excelente. No lo pensaste dos veces antes de demoler a Richard Fairfax aquella noche en el restaurante. Estabas bastante dispuesta a chantajearme y desbarataste el intento de Pomeroy con una increíble agilidad física y mental. Además, confiaste en tu intuición cuando la suerte estaba echada. Desconfiaste de Pomeroy y creíste en Justin y en mí. Es evidente que durante los últimos tres años has aprendido a juzgar la naturaleza humana con una exactitud asombrosa, cualidad muy útil en el mundo de los negocios. Puedes hacerlo, cariño —concluyó con vehemencia—. ¡Puedes establecer tu propio negocio y alcanzar el éxito por ti misma!

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Talia mientras se ponía de pie, para coger otra cerveza. Por sí misma. Era una idea tentadora. Sería la presidenta de su propia compañía y podría vender lo que realmente conocía bien: técnicas de capacitación administrativa. Era una decisión estupenda. Entró en la cabina y se dirigió a la cocina con la mente convulsionada de planes y pensamientos. Unos minutos después, emergió en silencio, con una lata de cerveza en la mano y justo a tiempo de escuchar el final de un comentario que Justin estaba haciendo a Kane con voz suave y divertida.

—… una buena jugada de tu parte. Por lo pronto, solucionas el problema de tener que pedirle que se mude a Sacramento. Creo que tendrá éxito. Después de todo, es la hija de Cameron.

—Ni qué decir —dijo Kane con decisión— si alguien se atreve a perturbar su camino esta vez, lo destruiré con mis propias manos.

Talia se acercó, con una mano en la cadera en actitud agresiva.

—Por haber hecho ese comentario machista, Kane Sebastian, tendrás que invitarme a cenar esta noche.

—Pero ya lo hice anoche —protestó, lanzándole una mirada tierna.

—Mala suerte.

—¿Lo ves? —dijo Kane a Justin en tono acongojado—. Me domina por completo.

Justin rió.

—¡En honor a la boda a la que asistiré en breve, yo os invitaré a cenar esta noche!

Talia sonrió, Kane la cogió de la mano y la atrajo hacia él.

—¿Y qué hará luego, Justin?

—¿Después de la boda? Bien, creo que iré a Acapulco y veré si puedo interceptar el crucero en el que se halla tu madre…

—¿Aún tienes pasaporte? —preguntó Kane con interés.

—Varios —aseguró—. Ése es uno de los beneficios adicionales de mi profesión.

Cuatro días más tarde, Talia abrió los ojos con lentitud mientras despertaba en los cálidos brazos de su marido. Por un momento, se quedó quieta, disfrutando de esa maravillosa felicidad. Pero no pudo soportarlo. Tenía que desperezarse.

—¡Auch! —Kane movió una rodilla—. Tiendes a moverte bastante por las mañanas, ¿verdad, querida? —Bostezó contra la despeinada cabeza femenina y la abrazó con firmeza.

Talia se agitó con agrado cuando la palma varonil rozó sus pezones. Kane murmuró algo ininteligible contra el rosado cuello.

—¿Qué has dicho?

—Que es una suerte que no juegues al golf. Un jugador serio estaría en la pista desde temprano y no en la cama con su flamante esposa.

Giró la cabeza en dirección a la pista de golf que se extendía detrás del enorme ventanal del dormitorio.

—En cambio, un fotógrafo serio…

—En cambio, un marido y amante serio —la corrigió—, se complace en disfrutar de pasatiempos de interiores —la mano cálida se detuvo en un seno y el sentido del humor dejó paso a la pasión—. Te amo, Talia.

Talia deslizó sus dedos por el vello rojizo.

—Y yo también te amo. Más de lo que nunca podré expresar, Kane.

—Pero podrás demostrármelo —dijo con la mirada teñida de deseo. La mano se extendió por la suave piel y se detuvo en una cadera—. Durante el resto de tu vida…

El cuerpo de Talia comenzaba a responder a las seductoras caricias.

—Dime —prosiguió él—, ¿te entusiasma la idea de tu carrera

futura, señora Sebastian?

—¿Te refieres a la presidencia del nuevo centro de capacitación administrativa de Sacramento? —murmuró, temblando a causa del sensual contacto.

—Me refiero a tu otra carrera más importante —rozó los labios a lo largo de la garganta mientras los dedos de Talia se hundían en sus hombros.

—Ah, ¿a la de manejar a Kane Sebastian? Por supuesto que me entusiasma. Pretendo llegar a la cima de mi profesión.

—¿Te interesan algunos datos útiles?

—Desde luego. Siempre estoy dispuesta a aprender.

—Para empezar, no es necesaria una posición vertical para obtener el éxito en tu nueva carrera.

—¿No?

—No. De hecho, tu posición actual será muy efectiva para lograr un control total.

—Escucho.

—Una buena táctica es brindar una agradable sensación de seguridad a la pobre alma desamparada sobre la que ejercerás el control.

—¿Y cómo sugieres que lo haga?

—Diciéndole una y otra vez que le amas.

—Por fortuna —susurró con voz ronca—, poseo un verdadero talento para eso. Te amo, Kane.

La estrechó entre sus brazos con amor y desesperada necesidad. Un amor y una necesidad que Talia intuyó perduraría toda la vida.

FIN



Jayne Ann Castle Krentz es uno de los seudónimos utilizados por la autora estadounidense Jayne Ann Krentz.

Jayne Ann Castle Krentz (Borrego Springs, California, EE. UU., 1948) es una escritora estadounidense, autora superventas dentro del género de la novela romántica. J. A. C. K. (abreviatura que usan sus seguidores) ha llegado a utilizar hasta siete seudónimos distintos, Jayne explica que usa diversos nombres de manera que los lectores puedan rápidamente advertir qué clase de libro leerán. Actualmente ha decidido usar solamente tres de ellos: firma las novelas contemporáneas con su nombre de casada Jayne Ann Krentz, las novelas históricas con el afamado seudónimo de Amanda Quick, y las futuristas con el nombre de soltera, Jayne Castle. Los seudónimos que ya no utiliza son: Jayne Taylor, Jayne Bentley, Stephanie James y Amanda Glass, aunque la mayoría de esos libros han sido reeditados bajo su nombre de casada:

Jayne Ann Krentz.

Sus novelas han sido *best-sellers* en más de 30 ocasiones, 20 de ellas

consecutivas, según la prestigiosa lista del New York Times.

Prolífica autora, tiene publicados en total más de 140 libros, de los cuales están traducidos al español más de 75.